

CLARA EISMAN PATÓN
AUTORA-LIBRO-TITULO
MISTERIO EN EL MONT SANT
MICHEL—2009.

Está prohibida la copia de éste libro.

CAPITULO -1 -

En 1974 fue caluroso en Paris. El aire acondicionado de casas y apartamentos dejaron de funcionar. La calor era sofocante.

El matrimonio compuesto por el señor y la señora Recamier, por fin vieron con alegría llegar el mes de agosto. Tenían una hija de cinco años de nombre, Marta. La niña era la felicidad de ellos dos y Rita, una perrita de seis meses de raza labrador qué los colmaban de juegos y encanto.

El matrimonio compuesto por Mario y Clarisa cogió 15 días de vacaciones en el Mont Sant Michel, en un hotel que admitían animales domésticos. Todo estaba preparado para la marcha. Marta iba en el asiento de atrás bien sujeta por el cinturón de seguridad, a su lado Rita contenta y feliz porque se iban de viaje. Mario conducía y Clarisa su lado mirando el plano de carreteras.

Madre e hija sé parecían mucho físicamente. Morenitas de piel, ojos castaños cabellos negros. Siempre iba Marta bien vestida, era ella quién elegía sus vestidos. Era lo más preciado que el matrimonio tenía, su hija. Mario alto y atractivo y muy enamorado de su mujer.

Marta se había quedado dormida, Rita también en su asiento. Mario conducía silbando una melodía moderna.

Era sábado 17 de Agosto, media Francia dejaban sus casas para irse de vacaciones, las carreteras estaban llenas de coches a las 8 de la mañana.

Mario tenía previsto llegar al Mont- Sant Michel a la hora de la comida pero un accidente imprevisto había más delante de la carretera y, de inmediato la sirena de la policía y la ambulancia se oyó. Todos los coches estaban parados y en fila.

Marta con el ruido se despertó y, preguntó.

-¿Qué ocurre mamá?.

-Hay un accidente más adelante, pronto saldremos de aquí.

-¡Tengo pis!- dijo Marta.

-Cariño, sácala fuera y que haga en el arcén y, también a Rita para que se estire un poco-dijo Mario.

Una hora tardó la caravana de coches en circular.

La habitación del hotel era sencilla y acogedora, con terraza dando al mar. Restaurante no tenía pero, les daba igual, comieron en uno pequeño del pueblo.

CAPITULO-2-

Mario y Clarisa deshacían maletas colocando la ropa de ellos y de Marta en el armario. La niña jugaba en la terraza con Rita que era la que cuidaba de ella.

Ese día, a Mario le faltaba el periódico. Clarisa que estaba en todo, le dijo.

-Cariño, ya termino yo de ponerlo todo en el lugar que le corresponde, ve y compra el periódico y lo lees.

-No sé qué haría yo sin ti, siempre estás pensando en lo que me falta, bajo y subo rápido.

Los dos se besaron en la boca. El amor que sentía uno hacía el otro era grande. Desde que se casaron nunca se había separado y, para ellos lo más grande que les había sucedido era su hija Marta. Los colmaban cada día de cariño y de amor, eran totalmente felices.

Clarisa entró en cuarto de baño para colocar los neceseres de cada uno en su lugar. Marta seguía jugando con Rita en la terraza. Las olas del mar rompían en la pared de atrás del hotel, que era donde ellos tenían la habitación. Para la niña era la primera vez que veía el mar, colocó una silla de la terraza junto a la barandilla de hierro y, se subió, para ver mejor las olas romperse en el muro.

Rita empezó a ladrar y fue corriendo al cuarto de baño para prevenir a Clarisa de lo que pronto iba a suceder. Ella miró al animal de la manera que estaba agitada y nerviosa y, trató tranquilizarla.

-¡Rita, no hagas ruido y deja de ladrar!.

El animal corrió a la terraza. Clarisa se dio cuenta que algo grave estaba pasando y, la siguió. El cuerpo de Marta estaba casi fuera de la baranda. Clarisa corría todo lo que podía y, cuando llegó a los hierros, Marta había caído al vacío. Ella y la perrita saltaron con la intención de recuperar el cuerpo de la niña. Clarisa la tenía cogida por los brazos, la perrita hacía todo lo que podía estirando de ellas dos. Una ola inmensamente grande envolvió a los tres, de tal manera que se separaron. Clarisa luchaba con el agua tratando de subir a la superficie pero , otra ola, la arrastró hacía dentro. EN esos instantes de desesperación, pensó que ahí terminaba su vida en la tierra y, lo más importante para ella era que, su hija se salvara y también la perrita.

La gente se aglomeró en el lugar del hecho. Marta estaba en la orilla y la pudieron sacar, la perrita salió sola. Dentro del mar quedaba Clarisa y, cuando la rescataron ya había muerto. Marta se había recuperado, Rita sentada a su

Lado, le hacía compañía con la mirada triste. Todo fue cuestión de pocos minutos.

Mario regresaba con el periódico en la mano. No esperaba ver tanta gente al lado del hotel y, lo primero que hizo fue preguntar qué pasaba.

El recepcionista que había estado presente cuando sacaron el cuerpo sin vida de Clarisa le dijo.

-Señor, se trata de su esposa y de su hija.

Mario tiró el periódico, fue corriendo y desesperado al lugar del hecho. La policía y ambulancia estaban llegando. Rápidamente pusieron orden echando a la gente que estaba delante impidiendo el trabajo de ellos. Mario se abrió paso, dos policías le impidieron que se acercara él, gritaba cómo un loco.

-¡Es mi mujer y mi hija!.

Uno de los policías trataba calmarlo y, le dijo.

-Por su esposa no se puede hacer nada, pero su hija y la perrita que la acompaña, viven.

-¡Por favor, quiero estar con mi mujer!-decía llorando.

Mario veía de lejos el cuerpo de Clarisa tendida en la arena.

Él, comisario sintió mucha pena por esa familia que era el primer día de vacaciones en el Mont Sant Michel.

Trataba tranquilizarlo y, le dijo.

-Su hija será ahora trasladada al hospital para que la examinen, usted puede venir en la ambulancia.

-Déjeme coger la perrita por favor. Voy a dejarla con el recepcionista hasta que volvamos.

En la ambulancia Mario abrazó a su hija. Lloraba con mucha pena la pérdida de su mujer.

CAPITULO-3-

El espíritu de Clarisa salió del cuerpo. Era ella misma vestida de la manera antes de morir. Miraba confusa lo que estaba sucediendo. Veía su cuerpo tendido y tapado en una camilla. Se acercó y trató destaparle pero era difícil conseguirlo. Habló con dos camilleros que se la llevaban pero ninguno la oía, ellos iban a lo suyo. Ella gritaba diciendo.

-¿Qué está pasando que nadie me responde?.

-Vio que se quedó sola y la noche había llegado. Andaba desconcertada por el borde de arena. No sabía qué hacía sola y perdida en ese lugar desconocido para ella. Miró

Hacía atrás, el hotel dónde habían llegado ese día estaba iluminado. Necesitaba encontrarse con su marido y su hija y, preguntarles qué era lo que estaba sucediendo. De un salto llegó hasta la terraza de la habitación que ocupaban. No había luz y tampoco la necesitaba, todo lo veía con claridad. No había nadie, miró en los armarios esperar encontrar algo que la hiciera recordar. La ropa de su marido, la de ella y la de su hija estaba colgada en los percheros. La estuvo tocando y acariciando como si estuvieran ellos allí. Salió a la terraza, se dio cuenta que podía volar sin pisar suelo. El monasterio estaba en frente del hotel, voló y entró en el claustro. En una de las columnas había una joven vestida de blanco con un libro en las manos que estaba leyendo. Clarisa se paró delante de ella. No sabía de quién se trataba, era delicada como una flor en primavera, su mirada dulce y transparente. Ella cerró el libro, y con una sonrisa agradable preguntó.

-¿Qué te ha sucedido?.

-¿Por qué me preguntas eso?- respondió Clarisa algo compleja.

-No hace mucho tiempo que has desencarnado ¿No sabes de qué manera te ha ocurrido?.

-No sé qué quieres decir ¿Por qué me lo preguntas?.

La joven no paraba de sonreír y, respondió.

-¡Qué cuanto tiempo hace que estás muerta!.

Clarisa creía que le estaba gastando una broma. Ella se sentía muy viva, era cierto que le estaban sucediendo cosas raras pero, no atribuía el porqué de no saber dónde estaba su marido, su hija y la perrita, era posible que fuera ella que se había perdido. De pronto recordó su cuerpo tendido en una camilla y tapado.

-Sólo hace unas horas que dejé de pisar tierra.

-Yo un siglo-dijo la joven con la mirada puesta en el cielo.

-¿Tanto tiempo llevas muerta viviendo aquí?.

-Sí. El monasterio me gusta, por la noche hay mucha tranquilidad y paz.

-¿Fuiste alguien importante en la vida de los vivos?.

-¡Todos somos pobres a los ojos de dios. Ésta frase es de Francisco de Asís. Él, no quería que lo llamaran santo, puesto que había sido un gran pecador. Decía que sólo santo es dios.

Clarisa la admiraba, era radiante como el sol, seguro que había sido alguien importante en la vida de los vivos pero, sé sentía pequeña como un granito de arena.

-¿Qué estás leyendo?-preguntó Clarisa.

-Mira el título-dijo la joven mostrándole la portada.

-Lo que está escrito en el cielo con letras de oro ¿A sí se llama el libro?.

-Sí.

-Me gustaría leerlo yo.

-No lo ibas a entender, por dentro está escrito en lengua universal.

-Antes no respondiste a la pregunta, si fuiste alguien importante en la vida de los vivos ¿Lo fuiste?.

-Me llamaba María Francisca Teresa.

-¿Todos esos nombres utilizabas?.

-Sólo Teresa. Y cuando desencarné me llamaron, Teresita del niño Jesús.

-¿Eres Teresa de Lisieux?-dijo Clarisa inclinándose ante ella.

-Levántate, sólo hay que hacer reverencia a dios. Yo fui humana y, estoy segura que pequé aunque no lo recuerde ahora.

-¿Te has inclinado ante dios?-preguntó Clarisa.

-Todavía no he llegado a él. Dios es la luz que ilumina todo el universo, todo lo que se ve y lo que no. Él, nos alimentan con enseñanzas de luz y amor.

-¿Te gustaría volver al mundo de los vivos?.

-He decidido no volver, aquí tengo mi vida eterna, el monasterio es mi casa. Cada día me paseo por el claustro entre los miles de visitantes que vienen para ver la belleza interna. No deseo parecerme a ninguno de ellos, en sus mentes llevan los problemas que se han dejado atrás. Yo no tengo ninguno, soy feliz. Trabajo en el mundo de los maestros.

-¿Qué mundo es ese?-preguntó Clarisa.

- Hay muchos, en el que yo trabajo, transmitimos enseñanzas a trabe del pensamiento y del espíritu.

Clarisa iba de sorpresa en sorpresa, tenía muchas cosas que preguntarle pero sería en otra ocasión. Ahora se tenía que despedir para saber cómo estaban Mario y Marta

-¡Hasta pronto Teresa!-dijo despidiéndose- Me ha encantado tener una amiga.

-¿Cómo es tu nombre?.

-Clarisa me llamaban en el mundo de los vivos en la tierra.

-¡Nos vemos Clarisa, cada noche me encontrarás aquí leyendo! ¡Ten cuidado!.

-¿De qué tengo que tener cuidado?.

-De otros desencarnados que vigilan, de los nocturnos.

Clarisa se quedó preocupada, sintió temor. No podía marcharse sin saber qué era y preguntó.

-¿Qué ocurre con los desencarnados nocturnos?.

-Igual que es arriba es abajo- dijo.

-No te entiendo ¿ Me lo puedes explicar?.

-Los nocturnos son almas sin luz y salen sólo de noche. Igual que ocurre en el mundo de los vivos en la tierra. Éstas almas oscuras, asesinaron, violaron robaron y muchas cosas más. Ahora en el mundo que viven siguen haciendo lo mismo, van buscando victimas.

Clarisa sintió un pánico tremendo y preguntó.

-¿Puedes protegerme tú de esas almas errantes?.

-En el mundo de los desencarnados no hay protección para nadie es, una lucha que cada alma tiene que llevar para no ser derrotada.

-Tengo que irme- dijo Clarisa muy asustada.

CAPITULO -4 –

En menos de un rayo Clarisa se puso en la terraza del hotel, su preocupación era mucha. Necesitaba saber qué era de Mario y de su hija. Los dos dormían abrazados en la misma cama, la perrita sobre la alfombra descansaba y al mismo tiempo vigilaba que nada les ocurrieran. Marta no sabía nada de lo ocurrido a su madre, Mario no se lo había dicho.

Rita empezó a oler en el aire y dio dos ladridos.

Mario se despertó, vio que las puertas de la terraza estaban abiertas, se levantó y fue a cerrarlas, entraba fresco de la brisa del mar. Marta se sentó en la cama, vio que en la otra no había nadie y empezó a llorar pidiendo.

-¡Quiero que mamá venga pronto! ¿Por qué no está aquí?.

Mario la rodeó con sus brazos, trataba retener sus lagrimas para tranquilizar a su hija.

Rita hacía rato que se había puesto nerviosa, estaba de pie oliendo todo lo que pasaba por el aire.

Clarisa se acercó a la cama dónde seguía su hija llorando. Le acarició la cabeza con sumo amor y, le dijo con voz suave.

-Siempre estaré a vuestro lado velando por vosotros y mis recuerdos serán compañeros que os iluminarán en la noche y a lo largo de vuestras vidas aquí en la tierra.

Marta sintió que alguien la estaba acariciando. Llamó a su padre y dijo llorando.

-¡Quiero que venga mamá!.

Él, tenía que decirle la verdad de lo ocurrido, era imposible esconderlo por más tiempo. Se sentó en la cama y con las manos de su hija cogidas dijo.

-Cariño, mamá no volverá más, se ha ido al cielo, pero siempre estará con nosotros.

Rita seguía ladrando y dando vueltas alrededor de la cama, Mario trató calmarla, era de madrugada y pronto subiría el recepcionista para decirles que no eran horas para que la perrita formara escándalo. La quiso coger en brazos y en el momento de hacerlo, intentó morderlo. Él, se espantó ante tal reacción del animal, era la primera vez que lo hacía. Seguía ladrando dando vueltas en la habitación y oliendo. Clarisa quiso tranquilizarla y se

aproximó a ella para acariciarla. Rita estaba viendo a Clarisa y cómo los animales usan el sexto sentido, sabía que no estaba en carne y hueso y, que siendo a sí tenía que irse, ese no era su lugar. Marta estaba muy Conectada con su perrita adorable que cuidaba de ella. Fue la niña a cogerla, sabía que de esa manera se iba acallar, en el momento de cogerle la cabeza y ver en qué dirección ladraba, vio a su madre que la miraba con lágrimas en los ojos. La niña gritó diciendo.

-¡Mamá está aquí, la estoy viendo, quiero abrazarla!.

Mario miraba por toda la habitación buscando una pequeña pesquisa para poder entender a su hija y a la perrita Él, no veía nada, solo las cuatro paredes y la terraza. Se acercó a su hija pensando que solo era el deseo de ver a su madre que le hacía decir eso.

-Hija mía, ya te he dicho antes que mamá está en el cielo, no es posible que la puedas ver.

-¡Sí papá, está aquí de pie, nos mira llorando!.

Mario se abrazó a su hija, no podía retener las lagrimas y dijo entre sollozos.

-¡Yo también quisiera que estuviera aquí pero, no es posible, está muerta!.

Clarisa no podía soportar la situación tan dolorosa que Mario y su hija estaban pasando y, también ella de no poderlos abrazar. Abrió la puerta de la terraza y salió dispuesta a marcharse. Mario se horrorizó al ver que la puerta se abría sola, entonces fue cuando creyó a su hija y a la perrita que seguía ladrando en dirección a la terraza. Cogió a su hija en brazos y le pidió como una súplica diciéndole.

-¡Cariño, dime ahora dónde está mamá!.

-Se ha ido por la terraza, no nos quiere.

-¡No digas eso, nos quiere mucho, vamos a la terraza y le decimos que venga otra vez!.

-¡La he visto cómo se ha ido volando y Rita a saltado con ella, no está, las dos se han marchado juntas!.

Era verdad lo que Marta decía, la perrita no estaba en la terraza ni en la habitación.

CAPITULO-5-

Iba Clarisa por el bosque, la perrita corría tras de ella no ladraba, buscaba estar a su lado, en la habitación del hotel se comportó de diferente manera porque era la

guardiana de Marta y, la tenía que proteger de todo lo extraño que se acercara a ella. Clarisa esperó a que la perrita la alcanzara. La estuvo acariciando y besando su cabecita, entendía el por qué le había ladrado y, se lo agradecía por cuidar de su hija.

En medio del bosque se veía una casita construida con troncos de árbol. Clarisa sentía curiosidad por saber quién vivía en ese lugar tan apartado de la civilización y, fue acercándose seguida de la perrita. La casita estaba iluminada por dentro, dos ventanas sin cristales abiertas, por dónde salía la luz del interior pero no eléctrica.

Clarisa se quedó delante de la puerta que estaba abierta, la perrita a su lado esperando la decisión de su ama. Ella decidió entrar, por dentro era pequeño el espacio pero según iban avanzando, se hacía cada vez más y más grande, la galería parecía no terminarse por lo larga que era. El final daba a una gran mansión, entraron dentro, el interior estaba decorado de tapices de colores haciendo bonitas formas de soles y lunas plateadas. La luz que salía al exterior, procedía de los tapices iluminados. Allí todo era mágico, no había otra explicación.

Una bella silueta de mujer venía hacia ellas, vestía con túnica blanca, cabellos largos y oscuros reposaban sobre

sus hombros. La joven se quedó frente a Clarisa sonriéndole y, con la misma gracia y bondad dijo.

-¿Cómo has encontrado éste lugar tan apartado?.

Clarisa tardó en responder, la belleza de la joven la deslumbraba y, pasados unos instantes dijo.

-La perrita en el hotel ladraba mucho pero quiso venirse conmigo.

La joven sonreía con dulzura y preguntó.

-¿Cuánto tiempo hace que has desencarnado?.

-Sólo unas horas, no me adapto a ésta nueva vida, todo lo veo complejo y difícil para mí ¿También tú estás desencarnada?.

-Sí, puesto que las dos estamos viéndonos y hablando.

-¿Ésta cabaña existe realmente en el corazón del bosque?.

-Para los desencarnados sí, para los que viven en la tierra no. Son muchos los que hacen senderismo, pasan cruzándola, yo los bendigo desde mi lugar.

-¿Ningún humano puede ver ésta mansión?.

-Sólo los que ven con los ojos del alma. Les abro mi corazón, la luz del interior se enciende y pueden ver mi morada.

Era maravilloso todo lo que estaba aprendiendo de esa delicada y hermosa joven que también vivía en espíritu.

-¿De qué manera has desencarnado-preguntó la joven.

Dos lágrimas aparecieron en los ojos de Clarisa.

-Quise salvar a mi hija que se estaba ahogando, la sacaron viva, la perrita que está a mi lado también pero, por mí no pudieron hacer nada.

-¡Ya entiendo! Querían a tu hija es, ella la que tendría que estar desencarnada.

Clarisa miraba desconcertada a la joven y comprendía lo que le estaba diciendo. Se dio cuenta que el mundo de los vivos y el de los muertos era igual. Dos gruesas lagrimas resbalaban por sus mejillas y entre sollozos dijo.

-¡Mi hija sólo tiene cinco! ¿Por qué tenía que marcharse tan pronto?. Yo hubiera muerto de dolor.

-De nada sirve lamentarse-dijo la joven- Ha sido de esa manera y nada lo va a cambiar.

-Sigo queriendo a mi hija aunque no la pueda tener en mis brazos, besarla y mimarla sería mi gran deseo.

La joven asentía escuchando el relato de Clarisa la entendía perfectamente y dijo.

-Las madres que han sido en el mundo de los vivos en la tierra y, que después desencarnan, en el momento que vuelan al mundo astral, el cordón umbilical plateado se corta dejando libres de todo orden a sus hijos. No tengas miedo por tu hija, ella sola se sabe proteger.

-Su padre cuida de ella, tiene sólo cinco años, los dos están muy unidos, uno velará por el otro-dijo Clarisa.

-Cuando esto ocurre, la familia queda unida y se ayudan mutuamente-dijo la joven.

Hacía rato que Clarisa hablaban con esa joven aún desconocida para ella y le dijo.

-Eres tan bella y deslumbrante que todavía no sé quién eres. Mi nombre era Clarisa ¿Cómo era el tuyo?.

-Me conocían por el nombre de Bernadett.

Clarisa quedó impresionada, tenía que hacerle más preguntas y saber si era la misma que ella creía.

-¿Eres la que se le apareció la virgen?.

-Nunca dije que fuera la virgen porque no lo sabía y aún no lo sé. Lo que dije y comenté fue que vi a una señora bella y bien vestida que me hablaba y me sonreía.

Clarisa estaba más emocionada que antes, quería saber todo sobre ella y le preguntó.

-¿Después de dejar el mundo terrenal has vuelto a ver a esa señora aquí?.

-No, ella vive en dimensiones superiores a ésta.

-¿Quieres decir que dónde estamos no es alta?.

-Sí lo es, pertenece a los maestros y maestras, yo soy una de ellas. Dejo entrar en mi morada a personas y espíritus limpios de toda culpa.

-¿Por qué te has quedado en el bosque de el Mont Sant Michel y no en Lourdes?.

-La dimensión de aquí es la perfecta para maestros y maestras, éste lugar es el ideal para dirigir a mentes que nos buscan.

-¿Quieres volver a nacer en el mundo terrenal?.

-Esa decisión tengo que pensarla-dijo Bernadett.

-¿Los maestros y maestras podéis reencarnaros cuando deseéis?-preguntó Clarisa.

-Por supuesto que sí. Los que se reencarnan por su propio deseo, siguen siendo maestros y lo ejercen en la vida terrenal.

-¿Aquí dónde estamos es el cielo?.

-El cielo está en todas partes y se puede encontrar cuando el espíritu trabaja para la paz y el amor de todo ser viviente, tanto si está en el mundo astral o terrenal, en los dos se puede hacer-dijo Bernadett.

-¿Existe la otra parte contraria que puede reprimir al que hace que todo vaya bien?-preguntó Clarisa.

-El universo se formó de luchas, entre seres de luz y otros de oscuridad. Los de luz luchaban para que reinara el amor y hermosos colores que brillaran en el infinito. Los contrarios no lo aceptaban, porque la luz los cegaban y los dejaban sin visión. Ésta lucha duró millones y millones de tiempos indefinidos, aún siguen luchando unos seres a favor de la luz, y los otros en defensa de la oscuridad.

Clarisa quedó sin saber qué decir, en todos los mundos habían luchas para conseguir cada especie lo que se proponía y, preguntó.

-¿Tú luchaste en el mundo terrenal con tus visiones?.

-No, pero hice todo lo que pude, era yo una niña y me encaré yo sola con los que no me creían.

-¿Por qué te encerraste en un convento sin querer saber nada y no diste la cara?.

-No era fácil luchar sola contra toda esa gente de la iglesia, si querían derribar a alguien lo hacían. Ese fue el motivo de que entrara en el convento para callar muchas lenguas que hablaban mal de mí, el clero me obligó hacerlo. En mí encontraron una fuente de riqueza, había mucha gente que creían y estaban convencidos de mis Visiones, daban limosnas para poder verme y que yo los tocara para curar sus males del cuerpo y también del alma.

-¿Cómo fue tu vida en el convento?-preguntó Clarisa.

-Nada buena, cada día me hacían la vida imposible algunas de mis compañeras me tenían envidia, querían ser como yo y se burlaban de mí, había una que me ponía la zancadilla y caía yo al suelo.

Clarisa no podía con la indignación que tenía y dijo muy enfadada.

-¡Cómo es posible que en un convento haya tanta maldad!.

Bernadett echó mirada al cielo en señal de resignación y luego respondió.

-Es por eso qué te digo que en todos los mundos del universo hay luchas.

Se había hecho de día, Rita buscaba la salida para volver con Mario y Marta que la estarían buscando y llorando su ausencia.

Bernadett dio por terminada la visita y se despidió de Clarisa hasta cuando ella quisiera volver.

Rita corría a galope cruzando el bosque. Clarisa la observaba sonriendo porque iba al encuentro de sus amos.

Mario se había pasado toda la noche buscando a Rita, miró en el mar y preguntó a gente que paseaban por la arena, si habían visto una perrita labrador, todos respondían no haberla visto.

Rita volvió al hotel, el conserje al verla llamó a la habitación, Mario bajó y se hizo cargo de ella.

CAPITULO -6 -

Clarisa no sabía dónde dirigirse, estaba perdida en aquel laberinto sin encontrar salida, pensó volver al hotel y ver cómo iba su familia. Se quedó en la entrada de la puerta de la terraza, Mario y su hija jugaban acariciando la perrita el regreso de ella, estaban convencidos que Clarisa no estaba lejos. Fuera de esa manera o de otra, ya nada tenía solución, la fatalidad del destino los habían separado. Clarisa les echó un beso con la mano y se fue volando a otro lugar.

Iba por un campo repleto de flores, se paraba en cada una y la acariciaba, parecía una niña juguetona y traviesa. Pensó en Teresa el consejo que le dio diciéndole, que tuviera cuidado con los espíritus errantes. Sólo llevaba un día desencarnada y en éste corto tiempo, no vio a ninguno, también ella iba perdida sin saber dónde dirigirse. Recordó cuando vivía en el mundo terrenal decir a médium que, cuando alguien moría estaba tres días cerca de su familia. Ella no podía quedarse todo ese tiempo viendo cómo lloraban y sufrían, los quería mucho.

Al instante oyó el galopar de un caballo que se aproximaba, cuando estuvo delante vio que lo montaba una joven, vestía con armadura de guerra, en su mano derecha empuñaba una espada levantada, la hoja brillaba con los reflejos del sol. Ella era de gran belleza, sus

cabellos negros, de ojos oscuros y rasgados. La joven seguía sentada sobre el lomo de su caballo blanco. Miraba a Clarisa lo asustada que había quedado al verla, creía que se encontraba de una divinidad, quería esconderse detrás de unos matorrales pero, la voz autoritaria de la joven hizo que la mirara.

-¿Cómo era tu nombre cuando vivías en el mundo terrenal?.

-Señora, me llamaban Clarisa-dijo asustada.

-¿Por qué me has llamado señora?.

-No sé cómo dirigirme a usted, es la primera vez que veo a una joven vestida de guerrera.

-Tutéame, no me gusta asustar a los espíritus que me voy encontrando ¿Te asusta mi presencia?.

-Me impresiona la grandeza de tu espíritu.

-¿Qué te ocurrió?-preguntó la joven.

-Fue a causa del agua, me tiré al mar para salvar la vida de mi hija.

-Seguro que ella vive porque no va contigo-dijo enfundando la espada y bajando del caballo.

La joven la miraba de arriba abajo pasando revista. Se detuvo en el tobillo izquierdo de Clarisa y le preguntó.

-¿Qué es eso brillante que llevas ahí?.

-Es un obsequio que mi esposo me hizo en nuestro septo año de casados.

-¿Por qué razón lo has traído contigo?.

-Para tenerlo a él, más cerca.

-¿Sabías que haciendo éste gesto te conviertes en ladrona en el mundo de los desencarnados?.

Un escalofrió corrió el ser de Clarisa. Bajó la vista hasta su tobillo, miró la esclava de oro y preguntó.

-¿Qué puede sucederme llevándola puesta?.

-Te perseguirán hasta darte captura y, en la lucha puedes caer en el abismo por llevar un objeto que pertenece al mundo terrenal.

-¡Es mío!-respondió enfadada.

-En el mundo de los desencarnados nadie tiene nada, las pertenencias se quedan en el terrenal.

Clarisa miró la espada que la joven sujetaba en la parte derecha de su cintura y, le preguntó.

-¿Por qué llevas tú esa espada que pertenece al mundo terrenal?.

La joven sonrió mirando el arma de lucha y dijo.

-Es un merito que el universo me ha otorgado.

-Seguro que no me dirás por qué razón la has ganado.

-¿Oíste hablar de la doncella de Orleans-dijo la joven.

-¿La doncella de Orleans?-repitió Clarisa buscando quién podría ser-¿Tengo delante de mí a santa Juana de Arco?.

La joven asintió y rápidamente rectificó.

-Santo sólo es el creador de todo ser viviente.

En ese instante pensó en Teresa, ella le dijo lo mismo y también Bernadett. Preguntó para estar segura.

-¿Qué debo hacer con la esclava que rodea mi tobillo?.

-Tienes que dejarlo en el mundo terrenal y, dárselo a la persona que te lo regaló.

-Ahora vengo de allí, es mucho dolor para mí ver a mis seres queridos sufriendo mi ausencia.

-Todo causa dolor y sufrimiento ¿Crees que en el mundo de los desencarnados no sufren?.

Clarisa fue sincera y dijo con lagrimas.

-¡Estoy muy asustada, tengo miedo de volar a algún lugar desconocido y encontrarme con una sorpresa desagradable.

-Es normal que al principio te sientas a sí.

Clarisa le hizo una pregunta qué incluía un favor.

-¿Puedo ir contigo? ¡No quiero quedarme sola!

-No puede ser, tienes que encontrar tu camino, el mío es otro. Cuando oigas el sonido de la campana, síguelo.

-¿De qué campana?-preguntó confusa y aturdida.

- La campana de la alegría-respondió Juana de Arco.

-Dime algo más sobre esa dulce campana.

-La has llamado dulce campana, la irás descubriendo según vallas avanzando ¡Y recuerda, cuando la oigas por la primera vez, tus deseos serán grandes y darás amor!.

-No entiendo nada de lo que me dices ¿Te estás refiriendo a la campana del monasterio del Mont Sant Michel?.

-No, esa pertenece al mundo terrenal y, a la que yo me estoy refiriendo es, al mundo de los desencarnados, qué pertenece al astral, ésta es para guiar a las almas y no se pierdan.

-Teresa no me habló de ésta campana, lo único que me dijo fue que, tuviera cuidado con las almas errantes.

-¿Quién es Teresa?-preguntó Juana.

Clarisa quedó desplazada ante ésta pregunta ¿Cómo era posible que no la conociera? Y respondió.

-¿No sabes de quién te estoy hablando?.

-Por ese nombre no la conozco.

Clarisa la miraba con absoluta confusión.

-¿Por qué me miras de ese modo?-preguntó Juana-
¿Teresa no te ha dado otro nombre por el que se le conociera?.

-Me dijo que era Teresa de Lisieux.

Juana sonrió y luego dijo.

-¡Te estás refiriendo a la florecilla!.

-¿Por qué la llamas a sí?.

-Hace un rato cuando nos hemos conocido te dije que, me conocen por el nombre de la doncella de Orleans.

-¿Por qué a Teresa la llaman florecilla?.

Juana hizo una pausa y, luego propuso.

-Vamos a sentarnos por encima de la hierba.

Las dos sé sentaron en efecto astral, sin tocar lo verde.

-Teresa tenía el sobre nombre de florecilla, por la intensidad interna qué tenía de buscar a Jesús en la naturaleza. Los árboles, las plantas, las flores y todo lo que crece a dónde hay tierra, decía que era Jesús, el amado de todas las almas buenas. No entendía la religión y tampoco la admitía sin poner a la madre naturaleza por delante de todo en la tierra. Amaba las flores, plantaba rosales en el jardín del convento dónde se encerró.

Esto último que dijo Juana que Teresa se encerró en el convento, le chocó mucho por ser amante de la naturaleza y, preguntó.

-¿Teresa sé encerró en un convento siendo de esa manera de pensar?.

-Sí. Nunca pude entenderlo y, tampoco comprendo a todos esos hombres y mujeres que entran en conventos para servir a dios ¿Cómo pueden servirlo metidos en cuatro paredes? ¡Yo los llamo parásitos!.

Clarisa quiso decir algo éste tema.

-Oí decir en el mundo terrenal, que lo hacen para ayudar a las personas con la oración.

Juana negó, y luego dijo.

- Nunca lo he visto de esa manera. Es cierto que hacen oración, también yo la hacía centenares de veces, e iba a la iglesia todos los días a oír misa. Veía muchas veces al arcángel Miguel, nunca me dijo que hiciera oración, sólo que amara a dios y a todo lo creado, porque en todas las cosas qué miramos y adoramos por su belleza, estamos orando.

Clarisa encontró la necesidad de preguntarle.

-¿Puedo saber lo que te decía el arcángel Miguel?.

-¡Por supuesto que sí! Me decía que utilizara mi inteligencia y mi fuerza interna para derrotar a mis enemigos pero, que no me prometía nada.

Clarisa se perdió en éste relato y le preguntó.

-¡Te pido perdón por lo que voy a preguntarte! Sí el arcángel Miguel te dijo que no te prometía nada ¿Por qué te metiste en guerra para terminar en la hoguera?.

Juana asintió tristemente y, respondió.

-Mirándolo como tú lo dices tienes razón pero, mi interior ardía por querer liberar mi país de los Ingleses. Nací para defender al más desvalido, al que se caía y no se podía levantar yo lo ayudaba a seguir. Era yo fuerte cómo

un roble, cómo el hierro de las herraduras que les ponen a los caballos.

-¡Eres muy valiente! ¿Te arrepientes de haberlo hecho?.

-No. Respondió Juana muy tajante.

-¿Si nacieras de nuevo lo volverías hacer?.

-¡Todas las veces que fueran necesarias!.

Clarisa iba hacerle una pregunta que la incomodaría.

-¿Sentiste dolor en el momento que te quemabas?.

-No, morí por asfixia del humo de la madera.

-¿Te gustaría reencarnarte otra vez?.

Juana meneó la cabeza en señal de no estar segura y luego respondió.

-¡No lo he pensado! Aquí soy libre voy con mi caballo recorriendo el mundo terrenal, veo la gente cómo lloran y sufren, sigue siendo cómo antes.

Clarisa asintió, y luego dijo.

-Todavía se sigue matando gente en el nombre de dios y, también ellos matan en el mismo nombre, es una guerra sin cuartel qué se mata por fanatismo religioso.

-Lo sé por lo mucho que viajo sobre mi caballo blanco. Quisiera ayudarlos pero no puedo, soy un espíritu. Las religiones no son buenas, los mandatarios vacían las mentes de los millones de seguidores con palabras que parecen haber salido de la boca de dios pero, que sólo son palabras inútiles que no llevan a ningún lugar. El ser humano para servir a dios, no le hace falta ninguna religión, se basta sólo con él, amando y ayudando al prójimo.

-¡Exacto! –respondió Clarisa.

-¿Sabes por qué la iglesia católica me condeno a la hoguera?.

-No.

-Yo les causaba un miedo horrendo.

-¿Siendo una mujer te tenían miedo? ¿Por qué?.

-Mí misión hubiera cambiado las normas y las leyes de la iglesia católica. La inquisición junto a los políticos se habían apoderado de las tres partes del mundo. Ellos sabían que yo no iba a parar hasta conseguir mi objetivo que era liberar a Francia de los tiranos y, cuando lo hubiese conseguido, habría puesto orden en la política y en la religión católica que iban juntas. Tanto Francia como

Inglaterra deseaban mi muerte, yo era un estorbo para los que mandaban en la inquisición del mundo.

CAPITULO -7 –

Había llegado la noche pero dónde Juana y Clarisa se encontraban, brillaba la luz. Por la bahía que era dónde ellas estaban, paseaban turistas relajados y tranquilos por la brisa que dejaba el mar. Era un mes de Agosto caluroso pero en el Mont Sant Miguel no se notaba, el aire corría por los cuatro lados. Decidieron irse a un cerrillo alejadas del bullicio de la gente. El caballo las seguía dócil y bueno como un ángel.

-¿A parte de la florecilla has conocido a alguien más?.

Clarisa asintió. Admiraba de Juana su gran valor y respondió.

-He entrado en otra dimensión distinta a ésta.

-¿Has sabido entrar?.

-Fue algo parecido como con lo tuyo. Yo iba por el bosque y vi de lejos una casita, me dirigí a ella y entré con Rita.

-¿Quién es Rita?-preguntó Juana.

-Nuestra perrita ¡bueno, ahora ya no me pertenece!.

-¿Qué fue lo que pasó?.

-Salió a mi encuentro una joven, que más que una mujer parecía una virgen.

-¡Esplendido! ¡Extraordinario!-dijo Juana como si fuera ella que la estaba viendo-¿De quién se trataba?.

-Era Bernadett-respondió Clarisa con alegría.

-¿Bernadett dices?-preguntó Juana extrañada-No conozco a nadie con ese nombre.

-Era la niña que veía a la virgen o señora.

- ¿Estás refiriéndote a la niña pobre de Lourdes?.

-Sí, la misma. No sabía que la conocías por ese nombre.

-¡Es maravillosa, encantadora!-dijo Juana.

-He pródigo a ella y a Teresa volver a verlas.

Juana sonreía afirmando, luego dijo advirtiéndolo.

-Tienes qué continuar tu camino.

-Sí, - dijo con tristeza- Deseo con toda mi alma volver a verte ¿Será posible?.

-Sí. Estoy cabalgando de aquí para allá y nos veremos en otra ocasión, también me ha gustado conversar contigo.

Juana se dispuso montar en su caballo blanco y haciéndole un saludo con la mano, se fue a galope.

Clarisa se quedó sola, pensó ir a la habitación del hotel y dejar allí la esclava de oro que Mario le regaló. Juana le anunció que tendría problemas con el mundo de los desencarnados si la llevaba.

En un vuelo llegó a la terraza del hotel. Mario estaba echado sobre la cama hablando con su hija Marta. Rita se levantó de la alfombra y fue hasta la entrada de la terraza moviendo la cola. Clarisa lloraba al verlos solos. No se habían marchado todavía a Paris, tenían que hacer trámites de papeles para el traslado del cadáver de Clarisa y enterrarla en el cementerio de la localidad que eran.

Clarisa entró en el dormitorio seguida de Rita que no le quitaba ojo de encima. Mario decía a su hija.

-Cariño, hay que recordar a mamá como lo que fue, una madre y esposa ejemplar.

Marta por lo pequeña que era, respondió diciendo.

-¡Papá, tengo el corazón roto, me llora sin parar!

-Qué sabes tú de esto si sólo tienes cinco años. Toda la culpa es mía si no me hubiera ido dejándoos solas.

-¡No, es mía. No pensé en ninguno de los dos cuando me asomé a la baranda de la terraza!

-Cariño, tienes que olvidar todo eso-dijo abrazándola-Sólo eres una niña, pensaste en jugar cómo hacen todos los niños de tú edad.

Clarisa se había quedado cerca de ellos con las manos cruzadas por encima de la barbilla implorando por Mario y su hija, los querría hasta el final de los tiempos. Él, necesitaba un pañuelo para secarse las lagrimas. Marta no cesaba de llorar recordando a su madre. La niña advirtió que muy cerca del suelo se movía una cosa dorada, se puso de pie y fue para ver qué era y la cogió.

-¡Papá, mira lo que había flotando en el aire! ¿Ésta esclava no era la que mamá llevaba en su tobillo?.

Mario se quedó blanco, no era posible lo que estaban viendo sus ojos, cogió la esclava y la estuvo mirando detenidamente, luego dijo.

-Se la regalé a mamá hace pocas semanas ¿Cómo es que está aquí? Cuando se la llevaron en la camilla no la llevaba, me fijé y, pensé que la debía haber dejado aquí en la habitación.

-Háblame de mamá-pidió en suplica Marta.

-Ahora no puedo cariño, el dolor me invade. No lo entenderías.

-Aunque soy pequeña entiendo muchas cosas.

-Es que la congoja no me deja hablar, entiéndelo cariño.

Marta se quedó dormida en los brazos de su padre él, la miraba y le dio un beso en la frente. La dejó despacio en la cama para no despertarla, seguidamente salió a la terraza y respiró profundamente el aire que venía del mar. El cielo estaba lleno de estrellas, meneó la cabeza pensando en Clarisa y dijo en voz alta.

-¡Cuánto te echo de menos amor mío, no esperaba que me dejaras tan pronto!

Clarisa rodeaba con sus manos el cuello de Mario, lo besó repetidas veces en los labios, y dijo.

-Los espíritus también sufrimos y amamos a los que ya no están con nosotros-decía llorando.

Mario también lloraba por la pérdida de su bien amada. No podía ver ni sentir que los dos estaban llorando juntos. Clarisa lo besaba repetidas veces y le decía con palabras cariñosas.

-¡Amor mío, no me he ido, estoy aquí y si es posible para la evolución de mi espíritu, siempre estaré con vosotros.

Sigo estando viva, siento mi cuerpo y mi mente como piensa.

Mario llevó las manos sus ojos y con las yemas de los dedos los estuvo restregando y secando las lagrimas. En ese instante sintió un bienestar que corría por todo su cuerpo y lo dejaba tranquilo, respiró profundamente con la mirada puesta en las estrellas que brillaban en el cielo.

-¡Papá ven!-se oyó la voz de Marta llamándolo.

La niña estaba tocando con los pies en el suelo cuando Mario se acercó a la cama él, le puso las zapatillas en los pies y, le preguntó.

-¿Tienes gana de hacer pis?.

-Sí. ¿Cuándo nos vamos a casa?.

-Lo más tarde será pasado mañana, cuando todos los Papeles del fallecimiento de mamá estén arreglados.

-¿Mamá dónde se queda?.

-Viene a Paris con nosotros, la tendremos cerca y la podremos ir a ver todas las veces que queramos.

-¡Sí, pero no está, quiero que venga!.

Clarisa entró en la habitación, se acercó a los dos y con pena dijo.

-¡Cariño, estoy a vuestro lado!.

Rita empezó a gruñir, aunque quería a Clarisa sabía que estaba en espíritu, no le gustaba que se acercara a la niña, ella era su guardiana y se lo tenía prohibido. En un intento de Clarisa querer acariciar la perrita para tranquilizarla, se volvió hacía ella para morderla. Tanto Mario como su hija se quedaron perplejos y, se dieron cuenta que ella estaba en la habitación y, el por qué de la esclava se encontró allí. Marta era la que podía verla y Rita también.

-¡Hija cariño, mira ver si mamá deja que la veas!.

En ese instante llamaron a la puerta de la habitación. Mario abrió, delante estaba el recepcionista del hotel, le preguntó.

-¿Señor recamier están ustedes bien? Los huéspedes del Hotel están muy afectados con lo ocurrido a su esposa, un señor me ha llamado diciendo que se oían llantos es, normal después de lo sucedido. Me ha dicho qué le diga si necesitan algo.

Mario con su hija en brazos trataba reponerse minutos antes del encuentro con Clarisa, y dijo.

-Gracias, no necesitamos nada, ya íbamos a dormir.

En ese tiempo, Clarisa salió por la terraza y se fue lejos.

CAPITULO -8 -

Iba volando por el aire y oyó el galopar de muchos caballos que venían de frente. Vio que eran caballos de color negro, los jinetes que los montaban iban vestidos de negro con capas largas y anchas, sus rostros los llevaban cubiertos con velos espesos, de manera que el rostro no se reconocía. El miedo y el terror se apoderó de Clarisa en esos instantes recordó los consejos de Teresa. Ya era demasiado tarde para retroceder, los tenía encima, era una tropa de diez jinetes. Rodearon a Clarisa de manera que no podía escapar. Uno, el que parecía que era el jefe, se quedó altivo mirándola, entre otros dos más la cogieron en volandas subiéndola hacia arriba muy alto. El jefe gritó dando una orden para que la dejaran, ellos obedecieron y la soltaron. Clarisa iba bajando al igual que una pluma en el aire, sin saber dónde iba ir a parar. De pronto y sin que ella lo esperara, una mano fuerte cómo el hierro agarró la suya. Se quedó suspendida balanceándose, su respiración era muy agitada y, al instante sintió que subía hacía arriba, de la manera en que estaba no podía apercibir quién era su rescatador o rescatadora. Todo era cuestión de dejarse llevar hasta que la dejaran en algún lugar. La oscuridad era absoluta, ella

no distinguía ver dónde estaba, pudiera ser que fuera un túnel.

Una voz varonil la puso al corriente diciéndole.

-¡Ya estás a salvo de todo peligro!

Clarisa respiró tranquila de todo el sosiego que había pasado en tan poco tiempo. Llegó a una superficie sin poder ver el rostro de su salvador. En un instante y sin que lo esperara, pasaron dos jinetes de negro y arrebataron a Clarisa de la mano fuerte que la agarraba. Iba como loca y decepcionada por ese cambio tan brusco que no se esperaba. Según la iban llevando vio de lejos un monasterio de arquitectura rústica y primitiva, ella estaba convencida que la dejaban allí. El terror que sintió hizo que se desvaneciera. Pronto llegaron al monasterio que estaba encima de una montaña tenebrosa. Uno de los jinetes con voz gruesa y áspera gritó diciendo.

-¡Abrir pronto la puerta!

Un estrepito de cadenas viejas se oyeron deslizarse lentamente y, la puerta se fue abriendo muy despacio. Los jinetes entraron a la velocidad del rayo llevando con ellos a Clarisa. Pronto acudieron más hombres vestidos de

negro con el rostro descubierto aunque no se les podía ver, era cómo si los tuvieran vacíos.

Uno de los jinetes dirigiéndose a todos dijo entre risas.

-¡Mirar qué regalo os traigo!.

Todos se burlaban y reían. Uno de los presentes dijo.

-¡Ésta no hace mucho que ha desencarnado! ¿A dónde la habéis encontrado?.

-¡En el túnel del siniestro!.

-¿Es ella la que se ha quitado la vida en el mundo terrenal?-preguntó otro de los presentes.

-¡No lo sabemos, pero parece un ángel del cielo!.

Los jinetes soltaron a Clarisa se quedó suspendida en el astral sin tocar suelo, cómo se quedan los espíritus.

-¡Es joven y guapa!-dijo otro hombre de negro-Seréis Recompensados por éste regalo tan valioso.

-Gracias señor pero hay una inconveniencia. Berset está en la búsqueda de ella. La arrebatamos de su mano grande y fuerte, su cólera será terrible si sabe que la robamos nosotros.

-¡Rápido, llevarla a la sala de sacrificio!-y dirigiéndose a todo su pelotón, les ordenó-¡Vestíos con armaduras, preparar los caballos y empuñar las espadas!.

Todo lo hicieron con rapidez, sabían que Berset pronto daría con el espíritu de Clarisa y su cólera sería terrible. Nada dejaba pasar ni olvidaba.

Llevaron a Clarisa a la sala de sacrificio, todo estaba preparado para la fiesta. El espacio era grande con columnas que sostenían todo aquel gran pilar siniestro. En medio de la sala había un altar y en cada extremo cuatro velones ardiendo, también cuatro monjes de negro y capucha cubriéndoles la cabeza. En el altar de piedra oscura pusieron a Clarisa todo estaba en silencio a pesar de haber muchos hombres encapuchados parecidos a monjes. Clarisa había recobrado el desmallo que sufrió, no esperaba encontrarse en esa situación y se desesperó gritando y diciendo.

-¡Por el amor de dios! ¿Qué vais hacer conmigo?.

Ninguno respondía nada. El calor de las velas la estaba quemando y sentía un dolor espantoso.

-¡Quiero salir de éste infierno!-gritaba.

-¡Dinos por qué te quitaste la vida en el mundo terrenal!- preguntó uno de los mandatarios.

-¡Fue un accidente!-gritaba Clarisa.

-¡Te vamos a castigar por mentir, todos decís lo mismo cuando os traemos a la sala de sacrificio!.

-¡No estoy mintiendo, digo la verdad!.

-¡Aquí no menciones palabras porque no sirven!.

Clarisa lloraba desesperadamente. Lo más probable era qué, quemaran su espíritus y lo hicieran desaparecer para la eternidad.

-¡Empieza desde un principio-dijo el mismo de antes!-
¿Cómo te llamas?.

-Me llamaban Clarisa.

-¿De qué manera desencarnaste?.

-Ahogada, por salvar a mi hija que quiero y, que sólo tiene cinco años.

-¡Aquí no traigas recuerdos del mundo terrenal, límitate
A responder lo que te pregunto!.

El llanto y lamentos de Clarisa hacían eco en la sala de sacrificio. Pensaba en su alma, tenía que serenarse para

responder a las preguntas de aquellos inquisidores que sólo buscaban su perdición, no la dejaban responder a la verdad del suceso.

-¡Tengo que castigarte por no decir la verdad!-dijo el mandatario.

-¡No dejáis que me defienda, me cortáis en todo lo que digo, he suplicado mi inocencia y no la aceptáis! ¿Qué puedo hacer más?.

-¡Queremos la verdad de todo y tú no la estás diciendo!.

-¡Os aseguro qué quise salvar a mi hija! ¿Es malo que eso lo haga una madre?.

-Sí, cuando has querido ocupar una des encarnación que no es la tuya ni te pertenecía. Tu vida en el mundo terrenal era larga y, la de tu hija sólo era para cinco años. En la reencarnación anterior que ella tuvo, murió de accidente cinco años antes de llegar a su fin en el mundo terrenal, en ésta reencarnación venía para cumplir ese plazo de tiempo y tú lo has impedido.

Clarisa vio aceptable la respuesta del jefe que la estaba juzgando pero, no se arrepentía de lo que había hecho y, si volviera a nacer en el mundo terrenal y viviera esa situación, lo haría otra vez.

-¡Perdone señor!-interrumpió uno de los jinetes-Berset está muy cerca de aquí, viene armado con sus guerreros.

-¡Tapar el altar y cerrarlo!-gritó el jefe.

-¡Por el amor de dios, sacarme de aquí!-decía Clarisa entre sollozos.

Berset y sus guerreros habían llegado a las puertas gruesas y encadenadas del monasterio oscuro y frío. Los guerreros del interior armados y con espadas en la mano gritaban amenazando para que se fueran. Berset era más poderoso que todos los jefes y guerreros del monasterio de puertas y muros fuertes y gruesos. Le dio fuerza y valentía a sus caballos para saltar con los guerreros los muros del monasterio él, iba en cabeza. En el gran claustro, empezó la batalla a muerte, muchos jinetes del monasterio se rindieron por no poder seguir la lucha. Berset y su escuadrón entraron en los grandes y oscuros salones revestidos de negro. El jefe salió a su encuentro y se vieron cara a cara. Berset le gritó diciendo.

-¡Dónde está la joven desencarnada!.

-¡Eso no es cosa tuya!-gritó también el jefe.

-¡Registrarlo todo, muro por muro y sala por sala-gritó Berset dando órdenes a sus guerreros.

-¡No tienes derecho de hacer algo que no te pertenece!-
dijo el jefe enfurecido.

-¡Es cierto lo que dices, pero menos cierto es, que te
pertenezca a ti!.

-¡Sí me pertenece, es una suicida!-gritaba el jefe.

-¡No fue un suicidio si no un accidente, es por esa razón
que tienes que devolvérmela!.

-¿Y si no es cómo estás diciendo?.

-¡No voy a discutir más contigo, dame el espíritu de la
desencarnada!.

-¡Es posible que su alma ya no exista!-respondió el jefe
con una carcajada.

-¡Qué has hecho traidor, demasiado sabes que fue un
accidente!-dijo gritando Berset.

-¡Me gusta oír a los desencarnados pedir clemencia-dijo
el jefe mofándose.

Berset se enfadó y gritó a su escuadrón diciendo.

-¡Buscar en la sala de sacrificios, la tiene encerrada allí!.

-¡En ese lugar no se puede entrar, está prohibido!-dijo el
jefe con los brazos en cruz cortando el paso.

-¡Daos prisa a sacar la desencarnada de ahí!-gritó Berset.

Todo fue cuestión de minutos. El altar permanecía tapado con una gruesa losa negruzca. Entre varios guerreros la destaparon. Dentro luchaba Clarisa para salvar su alma. Un joven guerreros la sacó desvanecida.

El jefe del monasterio se metió en cólera y amenazó a Berset diciendo.

-¡No vuelvas más por aquí, porque te vamos a recibir con fuego y, arderás tú y tus guerreros!.

Berset y su escuadrón marcharon del monasterio oscuro llevándose con ellos el espíritu de Clarisa. La dejaron en un lugar dónde la luz brillaba, en la cima del Mont Sant Michel.

CAPITULO -9 –

Era de día, el sol resplandecía majestuoso, los turistas se bañaban en las aguas color turquesa recreándose en ese mes de agosto disfrutando de sus vacaciones.

Clarisa ya restablecida de todo el proceso y sufrimiento Llevado a causa de los hombres vestidos de negro. Decidió volver al hotel y verificar que Mario y su hija seguían bien. Ese día abandonaban el Mont Sant Michel para regresar a Paris, para ellos era empezar una vida

nueva llena de tristeza sin Clarisa. Llegó a la terraza y su sorpresa fue grande al descubrir que la habitación estaba ocupada por otros clientes, la traspasó y también la puerta que estaba cerrada, salió al pasillo y bajó las escaleras, se iba encontrando con clientes que las subían, al llegar a la recepción fue a preguntar por su marido, su hija y la perrita y, al dirigirse al joven, se dio cuenta que estaba desencarnada y que él, no la podía ver ni oír. No sabía qué hacer, estaba hecha un lio, pero de todas maneras los iba a encontrar, lo necesitaba para su tranquilidad y el bien de su alma. Tenía que llevar cuidado dónde se metía para dar con ellos, todavía no tenía experiencia en ir de un lado a otro, podría meterse otra vez en un callejón sin salida.

El recepcionista estaba atendiendo a un matrimonio. Clarisa necesitaba saber el día que Mario y su hija se habían marchado del hotel. El libro de entradas y salidas de los clientes estaba detrás del mostrador, Clarisa se plantó allí, lo encontró a la derecha del joven, lo abrió y empezó a mirarlo, las hojas iban pasando ante la mirada sorprendente del joven recepcionista que clavó su mirada en lo que estaba sucediendo y cerró el libro de un golpe sin saber lo que pasaba. Clarisa había leído lo que iba buscando. Salió del hotel, sabía que Mario su hija y la

perita ya estaban en Paris. Si ella se lo proponía se trasladaba rápidamente al domicilio de ellos pero, lo mejor era esperar para no encontrarse con tanto dolor, el tiempo lo cura todo pensó. Salió del hotel y paseó por las calles estrechas y empinadas llenas de tiendas de souvenir. La cantidad de turistas que subían y bajaban era enorme con postales y revistas en mano de ese lugar tan misterioso.

CAPITULO -10 –

Clarisa se trasladó a la bahía con el pensamiento en su familia que no la olvidaba.

-¡Hola! -Escuchó la voz de hombre que la saludaba.

Miró en todas direcciones buscando esa voz varonil que llamaba su atención.

-¡Hola! Estoy aquí-volvió de nuevo a insinuarse.

Clarisa se fijó en el agua del mar, en medio vio una barca de estructura antigua y un hombre dentro remando. Ella gritó preguntando.

-¿Quién eres? ¿Qué quieres?.

Él, le hizo un gesto con la mano para que se acercara.

-¿Quieres que valla?-preguntó ella.

-¡Eso es!-respondió él.

Clarisa sólo tenía que volar para desplazarse allí, y eso fue lo que hizo. Él representaba treinta y cinco años, era guapo y seductor con la mirada dulce y rostro angelical. Se puso a un lado del asiento de madera, dejando sitio a Clarisa.

-¿Cómo sabías que estoy desencarnada?-preguntó ella.

-Sólo los desencarnados podemos volar y hace rato que te estoy observando cómo vuelas de un lado a otro.

-Todavía no te enteras de muchas cosas ¿Hace poco que has desencarnado?.

-No estoy muy segura del tiempo, porque me secuestraron los hombres de negro y estuve en el monasterio de ellos hasta que me rescataron.

-No creo que haya pasado mucho, quizá diez días, te lo digo por la poca experiencia que tienes y, lo aturdida que estás. ¿Quién son esos hombres de negro?.

-Pertenece a las tinieblas.

-¿Qué sucedió para que te raptaran?.

-Entré en un túnel oscuro.

-¿Sabes quién es Berset?.

-¡Por supuesto! He trabajado con su legión durante un tiempo.

-Has tenido que ser alguien importante en el mundo terrenal. ¿Quién eras?.

-Todos somos importantes y pobres a los ojos de dios.

Clarisa sonrió, era la segunda vez que oía esa frase. Fue Teresa quién la dijo.

-¿Conoces a Teresa?.

-¿Te estás refiriendo a la florecilla de Jesús?.

-¿Cómo sabías que se trataba de ella?.

-Porque se lo he oído decir. Aquí en el Mont Sant Michel somos diez que estamos al servicio de dios y con la mente de las personas que captan nuestras enseñanzas.

A Clarisa le encantaba la belleza varonil de él, y su sencillez. Ella todavía no se había presentado, tampoco le importaba, no había sido importante en el mundo terrenal, sólo esposa y madre. Ellos si eran importantes aunque no lo pareciera por lo sencillos y atentos que se Mostraban con ella y quizá con muchos más espíritus que encontrarían a lo largo de sus vidas desencarnadas. Tenía la necesidad de saber quién había sido en el mundo

terrenal, el tiempo que hacía que se estaban conociendo, no hablaba nada de él, todo era sobre el trabajo maravilloso que los demás había hecho y, le preguntó.

-¿Cómo es tu nombre?. Perdona mi atrevimiento. ¿Qué nombre tenías en el mundo terrenal?.

Él, sonrió mirándola con curiosidad y, luego dijo.

-Me llamaba José.

-No sé a quién te refieres.

-¡Ya sé que no!. Cuando entré en la congregación de los Sagrados corazones, elegí el nombre de Damián pero todos me conocían, por el apóstol de los leprosos.

-Sí, lo recuerdo, algo ley en mi adolescencia. Te fuiste a una isla para cuidar enfermos de ésta enfermedad.

-¡A si es!. ¿Tu nombre cómo era?-preguntó él.

Clarisa puso cara de aburrimiento. ¿A quién podría interesarle cómo se llamaba en el mundo terrenal?.

-Clarisa-dijo.

-¿Crees que tú eras menos importante que nosotros?.

-¡Estoy segura que sí!-dijo dándole igual.

-No debes creerlo, si todos somos pobres a los ojos de dios, también para sus ojos somos todos ricos e iguales. Sí te crees pequeña como un granito de arena, también tienes qué sentirte alta y fuerte como una montaña de oro y Rubíes.

Clarisa se sentía mejor después de haber oído las palabras de Damián, le gustaba más ese nombre que el de José. Deseaba saber cómo fue su vida en el mundo terrenal y, también sentía aunque estaba en espíritu, una atracción hacía él, era joven y muy guapo. Aunque el espíritu no tiene sexo si tiene sentimientos.

Damián seguía remando en alta mar, se habían alejado del bullicio de la gente que se bañaba. Clarisa preguntó.

-¿A dónde vamos?.

-Todos los días doy un paseo en barca. Me gusta el mar y aún más cuando está en calma, mi alma está tranquila.

-¿Puedo hacerte una pregunta?-dijo Clarisa.

-Hazme todas las que quieras-respondió sin dejar de remar.

-¿Por qué elegiste irte de misionero?.

-No lo elegí y tampoco quise salir de mi país natal pero me obligaron. Era un hermano mío quién había pedido el

traslado a la isla de Molokai pero, enfermó gravemente y me pidieron que fuera yo en su lugar. La idea no me gustaba pero, la orden a la que yo pertenecía, me obligó a ir, yo tenía voto de obediencia.

-¿Qué ocurrió cuando llegaste a la isla de Molokai?.

-Iba asustado sin saber con lo que me en contraria. El barco dónde viajaba tardó quince días en llegar, desde entonces el mar me atrae mucho.

-¿Por qué dices que te conocen por el apóstol de los leprosos?.

-Porque eso es lo que había en la isla de Molokai, leprosos muy avanzados en la enfermedad. También había mucha hambre y necesidad de cariño. Eran muchas personas que estaban apartadas del mundo ,y las recluían en ese lugar alejados de todos.

Clarisa estaba sorprendida por el valor que tuvo Damián de irse a ese lugar desértico y, aún sabiendo la enfermedad contagiosa que padecían los que vivían allí.

-¿Cómo fueron tus comienzos con los enfermos? -preguntó Clarisa -Muy duros. Al principio sentía ganas de vomitar por la olor que desprendían y, de verles la carne como se les caía a trozos.

-Fuiste muy valiente. Yo no hubiera podido servir para esa labor tan importante y misericordiosa. ¿Qué hacías en los momentos más desesperados, cuando ya no podías más?.

-Lloraba y rezaba. Los enfermos me veían y creían que yo era muy fuerte y de carácter duro, todo era fachada para no hacer ver que me derrumbaba ante aquella situación que obligatoriamente tenía que vivir. Me desesperaba porque casi nunca había medicamentos para los enfermos, llegaba un barco una vez al mes, se paraban allí un instante y, sin bajar del barco, los entregaban a la persona que se ocupaba de recogerlos y, seguidamente se iban.

Clarisa lo admiraba, era increíble que un hombre como él, se hubiese adaptado a esa clase de vida tan pobre y, alrededor de tantos enfermos, ancianos, mujeres y niños que pedían consuelo y alguna caricia.

-¿Les enseñaste mucho?-preguntó Clarisa.

-Fueron ellos los que me enseñaron a mí. Aprendí compartir el amor hacía los demás.

-¿Tuviste luchas o peleas con alguno de los nativos?.

Damián sonrió recordando, meneó la cabeza diciendo.

-¡Tuve muchas, me tacharon de tener mal genio y de usar la violencia en algunos momentos que llegaban a desesperarme pidiéndome lo que no había, porque del otro lado no traían los pedidos que yo les hacía. Fueron éstos los que se olvidaron de los pobres leprosos y, también de los pocos que estábamos allí al servicio de dios.

-¿Qué ocurrió?-preguntó Clarisa.

-Recibí en dos o tres ocasiones carta de la orden dónde se me ponía al corriente de hechos graves de los que me acusaban y, mandaron a dos sacerdotes para que me vigilaran.

-¿Te pudieron tachar de algo?.

-En dos ocasiones pudieron presenciar los malos tratos que ellos decían que yo les daba.

-¿Qué fue lo que pasó?.

-Los leprosos tenían la entra prohibida en los establecimientos públicos, si alguno entraba, iban a cárgaselo por no respetar las normas y por el contagio que podían provocar. Rápidamente el dueño del local iba para decirme que fuera a sacarlos de su establecimiento, siempre eran tabernas y enloquecían por

querer beber alcohol. Yo iba pero no me hacían caso, incluso me provocaban para enfadarme poniéndose a los bordes conmigo, los tenía que sacar a la fuerza. Los dos sacerdotes me acompañaban y, al ver lo que sucedía se santiguaron viendo el horror por el que yo estaba pasando.

Clarisa estaba totalmente sorprendida del mal comportamiento de los enfermos y, el poco agradecimiento que tenían hacía la persona que cuidaba de ellos, y dijo.

-¡Qué batalla llevaste con los enfermos leproso!

-Sí, sólo eran unos pocos los que se comportaban de esa manera pero todo no era así, los niños me daban mucha satisfacción jugaba con ellos, me contaban historias que sus padres y abuelos les habían contado, me reía por las ocurrencias que tenían.

-¿Cómo se portaron contigo los sacerdotes de la misión?

-¡Mal, muy mal!. Todo lo que son conventos y misiones, hay envidia entre la hermandad, eso ninguno de ellos pueden evitarlo, son humanos. Fuera parecen una cosa pero dentro es otra.

Damián seguía remando. En alta mar podían verse los peces flotando en aguas transparentes. Al instante recordó una pregunta para hacerle.

-¿Has conocido a Esteban al joven soldado?.

Ella se quedó pensando, y luego dijo.

-No. ¿De quién se trata?.

-De un verdadero santo que renunció a matar gente inocente porque Italia estaba en guerra.

-¿Era de ese país?.

-Nació en Narbona pero sus deseos eran vivir en Milán.

-¿Por qué se fue de soldado si no quería matar?.

-Necesitaba una razón para poder salir de Francia. No tenía familia, sus padres y hermanos murieron de hambre y de miseria. Sólo quedó él, y para no terminar de la misma manera, se apuntó al ejercito de Italia y lo destinaron a Milán. Sus superiores en los campos de batalla hacía un tiempo que lo iban vigilando, no atacaba al enemigo y, si encontraba un camino libre, se escondía entre matorrales para no ser visto. No lo hacía por no ser valiente, si no por amor a su prójimo. También aquí en Francia había vivido otra guerra miserable como son todas

las guerras que los mandatarios de países llevan a cabo siempre para beneficio de ellos.

Clarisa sentía necesidad de conocer a tan valeroso joven que según Damián vestía de soldado, y le preguntó.

-¿Por qué viste de uniforme si no le gustaba la guerra?.

-Eso mismo he pensado yo. Nunca se lo he preguntado las veces que nos hemos visto es, posible que lo haga por resaltar su figura, es joven y apuesto.

-¿Quieres decir que es un espíritu coqueto?.

-Puede que lo sea. Los desencarnados vestimos de la mejor manera que nos gustaba llevar en el mundo terrenal. En éste en el que estamos no se permite llevar joyas por la reacción de los espíritus que vagabundean de un lado a otro.

Clarisa recordó los consejos que Juana le dio, le dijo lo mismo y, también vestía de uniforme de guerra.

-Dime algo más del joven Esteban-pidió Clarisa.

-Su vida en el mundo terrenal fue corta. Lo llevaron ante un tribunal de guerra para que declarara quién era realmente y, por qué se alistó al ejercito sin deseos de combatir contra el enemigo. Entonces, se declaró

cristiano y estar al servicio de Jesucristo. Le dieron una oportunidad para seguir con vida y renunciar al cristianismo. No lo aceptó y lo condenaron a muerte. Lo dejaron en manos de otros soldados para que fueran ellos quién lo ejecutaran. Lo ataron a un árbol y lo acibillaron a flechazos, seguidamente los cristianos que llevaban el caso de cerca, pidieron que se les entregaran para enterrarlo al rito de ellos.

-Es estremecedora la historia de Esteban-dijo Clarisa.

-Es lo que ocurría todavía en el segundo siglo del cristianismo-dijo Damián.

-¿Todavía sigue desencarnado?-preguntó Clarisa.

-Creo que sí. Le gusta más éste mundo dónde puede instruir con enseñanzas a mentes de personas para que escriban temas espirituales y los muestren al mundo terrenal para que el alma de muchas personas vuelen como palomas por el universo y, descubran lugares dónde muchos otros no pueden llegar.

Damián advirtió la tristeza de Clarisa. Había estado muy atenta al relato que hizo sobre la vida terrenal de Esteban y, le preguntó.

-¿Te ha entristecido lo que te he contado?.

-Mi preocupación está en otro lugar, en que fue mi marido y mi hija. No estaré tranquila hasta saber como están y como le irán de aquí en adelante.

-Recuerda que tienes que encontrar tu mundo espiritual dentro de las esferas y, cuanto más altas sean mejor para tu alma inquieta.

-Es cierto, ahora vivo en un mundo sin fin ni principio. Estoy asustada y confusa.

-Todos los desencarnados hemos pasado por lo mismo.

-¿Qué son esferas altas? ¿Te estás refiriendo al cielo y todo su conjunto de espíritus?-preguntó Clarisa.

-Al cielo y a la tierra, todo está en el lugar dónde nacemos y desencarnamos-dijo Damián.

-¿Quieres decir que no nos movemos del lugar dónde nacemos?.

-Es difícil explicarlo pero es así. ¿Dónde crees que estamos ahora tu y yo?.

-Creo que en el mundo terrenal, pero es posible que se debe a que aún yo no he alcanzado el espiritual. Entonces

los hombres de negro que me capturaron ¿A qué lugar pertenecen?

-A las bajas esferas, al lugar dónde reciben a los que se suicidan.

-No lo entiendo muy bien, si es allí donde tienen su lugar ¿cómo es que viven en un monasterio aunque es viejo y oscuro, hay jefe y un regimiento de hombres.

Damián asintió conforme y luego respondió.

-El universo es perfecto y ley, a cada una le pusieron un derecho para que todo se cumpla. El mundo que en estos instantes estamos viendo, no es el único. Antes te he hablado de que hay muchas puertas y hay qué saber elegir cuál de ellas es la que corresponde a cada entidad de persona o espíritu, si se elige la no adecuada, la fatalidad puede surgir en cualquier momento. Eso fue lo que te ocurrió a ti. Dentro de éste mundo global hay muchos, lo mismo ocurre en los demás planetas, no son diferente a este.

Clarisa quedó pasmada ante todo ese relato de leyes universales que Damián le decía, a la que cada entidad está sometida. Y le preguntó.

-¿Es verdad lo que las religiones del mundo terrenal

Dicen que cuando desencarnamos según hayamos sido de buenos o malos vamos al paraíso o bajamos a los infiernos?.

-Para darte una prueba de esa existencia, tú has estado en uno de esos mundos infernales.

-¡Yo fui buena en el mundo terrenal!. Mi confusión aumenta como si me encontrara en un laberinto.

-Es que todo se trata de eso, de conocer todas las entradas y salidas y, de no dejarse engañar.

-Si por equivocación se entra en el mundo de las tinieblas, se apoderan de nuestra alma y la destruyen ¿ya no vuelve otra vez a nacer?-preguntó Clarisa.

-El universo es divino y siempre está dando oportunidades. No dejará a una sola alma sin amor para volver a empezar de nuevo.

Clarisa quedó alertada de todos los riesgos por los que podía pasar antes de que encontrara la luz de las altas esferas. Se despidió de Damián prometiéndole verse pronto otra vez y agradeciéndole las enseñanzas del mundo espiritual que le había hecho ver y, que ella ignoraba por completo.

Su meta ahora estaba en poder encontrar a su familia.

CAPITULO -11 –

En el vuelo astral que Clarisa había emprendido hacía Paris, sus ilusiones las llevaba puestas en encontrarse con Mario, Marta y Rita. La perrita era la que más le preocupaba en concepto al acercarse a su hija, no lo aceptaba. Sabía que ella estaba en espíritu, no era como los demás y en su cabecita de animalito, pensaba que venía para hacerle daño. Se conformaría en quedarse alejada y ver que estaban bien. Rápidamente y a la velocidad de la luz se quedó en el balcón. A la derecha de la estancia y sentada en un sillón estaba Marta mirando una película de dibujos animados. Rita como de costumbre se hallaba sentada junto a la niña. Por las mejillas de Clarisa resbalaron dos gruesas lagrimas.

¡Cuánto hubiera ella dado por tener a su hija en sus brazos y besarla hasta hartarse!. Se conformaba sólo con verla y saber que estaba bien. Rita se levantó del suelo y empezó a olfatear en el airé, había sentido la presencia de Clarisa, fue hacía el balcón y cuando vio que se trataba de ella, empezó a gruñir diciéndole que se fuera. Mario entraba en ese instante en el solón y en lo primero que se fijó fue en Rita, la posición que había cogido de intentar morder a alguien que él, no veía pero, qué sabía de quién se trataba. Marta miró hacía el balcón, los ladridos de la

Perrita la sacaron de la historia que estaba viendo de dibujos. Miró a su padre él, también le decía con la mirada la misma cosa. La cogió en brazos para protegerla de lo que pudiese pasar. Rita iba retrocediendo sin dejar de ladrar y mirando de frente. Marta no podía más y gritó.

-¡Mamá! ¿dónde estás?. ¡Deja que mamá se acerque!- le decía a la perrita.

Mario no podía dominar la situación, seguía con su hija en brazos y abrazados, esperando qué iba a suceder.

Clarisa sintió la repudia que Mario sentía en esos momentos hacía ella, no quería que se acercara por miedo a lo que le pudiera suceder a la niña que, estaba muy excitada llamándola para que se acercara a ellos.

-¡Lo que estoy haciendo es por amor!-dijo Clarisa llorando.

-¡Mamá llora, la estoy oyendo!-dijo Marta secándose las lagrimas con el puño.

-¡No oigas lo que dice, lo hace para que te vayas con ella!. ¡Está muerta, dile que se vaya de aquí!-decía Mario muy enfadado.

Clarisa no insistió y entendió la postura de Mario y el miedo qué sentía de que le ocurriera algo a Marta. Antes

de irse envió un beso a su hija, diciéndole.

-Cariño mío, que tengas felices sueños y que alguno sea conmigo.

Rita volvió a sentarse dónde estaba. Mario dio por terminada la visita de Clarisa. Se puso a cenar con su hija.

CAPITULO -12 -

Clarisa volvió al Mont Sant Michel. Era en ese lugar dónde quería vivir en el mundo de los desencarnados aunque allí no tenía sitio, solo estaba reservado para maestros y maestras. Al menos si pudiera quedarse cerca de los cuatro santos que había conocido, aunque ellos no querían que los llamaran santos, decían, que santo sólo es dios y nadie más.

Iba por la bahía, le gustaba ese lugar, ahí se encontraba a salvo de todos los espíritus desencaminados que andaban sin rumbo y haciendo fechorías a quién se dejaba. Ella no era así, necesitaba encontrar una esfera de luz y alcanzar la espiritualidad y volver a nacer, puesto que su vida en el mundo terrenal había sido interrumpida por un accidente.

Una nube venía en dirección a ella a gran velocidad.

Según se iba aproximando, sintió un miedo espantoso. Miraba al cielo, estaba de azul, esa masa de nube ya estaba encima de ella. Oyó una voz ronca de hombre que le ordenó diciéndole.

-¡Sube arriba!.

Ella corría en todas direcciones sin saber dónde esconderse y, aunque lo hiciera la encontrarían de todas maneras.

-¡Hay que darle caza es una suicida!-decía otra voz.

-¡No lo soy!-gritaba Clarisa al tiempo que no dejaba de correr aterrorizada.

La nube la perseguía sin darle opción a que mirara por dónde iba. Subió a un monte y de pronto cayó al vacío, había un sauco en flor y se quedó agazapada para que no la vieran los ocupantes de la gran nube oscura.

-¡Sabemos que estás debajo del viejo sauce!-dijo la misma voz de antes-¡tarde o temprano tienes que salir, no vas a quedarte ahí toda la eternidad!.

Clarisa miraba entre las gruesas ramas del viejo árbol, la nube negruzca seguía encima resistiéndose a marcharse si ella. Descubrió un río que pasaba por de bajo con agua limpia y cristalina. Quizá fuera su salida por ese lugar. Se

dio cuenta que la nube no podía llegar hasta el sauce en flor y saltó al río. Se quedó por encima del agua, ahí nada le podían hacer solo conversar y preguntó.

-¿Qué queréis de mí? ¡marchaos!.

-¡Saber cómo desencarnaste es, para juzgarte de una manera o de otra!-dijo la voz de antes.

-¡Lo he dicho muchas veces, fue para salvar a mi hija!.

-¡Estás mintiendo!.

-¡Digo la verdad, yo nunca hubiera llevado a cabo un acto tan violento para mi alma!.

-¡No es de la manera que tú lo dices!-dijo la voz de antes.

Clarisa se quedó callada, no tenía nada más que decir.

-¡No te oímos!-gritó la misma voz de antes.

-¡Os he dicho todo!-contestó Clarisa con desesperación.

-¡Estás acabando con nuestra paciencia, te escondes como una rata sucia!.

Clarisa se dio cuenta que si no respondía a las preguntas impertinentes que le estaban haciendo era mejor y, era posible que se cansaran y se fueran. Iba siguiendo la corriente del agua, bajaba sin saber dónde llegaría pero eso era mejor que ser secuestrada por la segunda vez por

Espíritus superiores en maldad, venganza y aprovechados de situaciones humildes y sencillas de otros espíritus desencarnados por accidente.

-¡Nos ha despistado, hay que encontrarla!-dijo la voz de antes con rabia.

Clarisa llevaba un miedo espantoso, sobre todo por su alma callada, frágil y humilde. De un golpe todo se había acabado. Se quedó suspendida sin poderse mover, gritó.

-¡Necesito que me ayuden! ¡que alguien se apiade de mi alma!.

Estaba atrapada entre el astral y la nube que la llevaba a gran velocidad, se iba moviendo como hoja en árbol en un día de tempestad. Una voz femenina seca y ruda le habló preguntándole.

-¿Cómo te llamas?.

-Clarisa- respondió con mucho temor.

-¡No te estoy preguntando el nombre que tenías antes de desencarnar! ¿Cómo te llamas ahora?.

Clarisa no respondía, no sabía qué quería de ella ni a qué nombre se refería, solo había tenido uno. Estaba desesperada, gritaba con fuerza los nombres de los cuatro santos que había conocido, también el de Esteban

Aunque no lo hubiera visto pero, necesitaba que alguien que vivía en las altas esferas fuera a recatarla de esas fuerzas sin piedad y malignas que la llevaban sepa dios dónde y que intenciones tenían.

-¡Responde a lo que te he preguntado!-dijo la voz femenina con rabia y sequedad.

-No he tenido otro nombre que el de Clarisa. ¡Por qué me estáis haciendo esto, yo solo quiero llegar a las altas esferas!.

-¡Eso tienes que ganártelo pero antes, tenemos que examinarte con nosotros respondiendo a nuestras preguntas!.

Clarisa hizo un movimiento y se vio cara a cara con el espíritu que estaba sosteniéndola. Su mirada era rojiza, su boca deformada y llena de venganza hacía los desencarnados de accidentes o suicidas.

-¿Qué tiempo hace que desencarnaste?-siguió preguntando la voz femenina.

-He perdido la noción del tiempo, no lo recuerdo.

La guardiana asintió comprendiendo la respuesta diciendo.

-Es justo lo que dices. Yo te voy a dar un nombre, pronto

Vendrán los jefes superiores para hacerte preguntas, te van a preguntar por el nombre que tienes aquí. Sin nombre no podemos ser reconocidos.

Clarisa esperaba impaciente el nombre que la guardiana le iba a dar, le serviría para el momento de encontrarse con el jefe cómo dijo ella.

- Ahora te llamarás, Engracia.

La guardiana parecía ser más amable con ella. La voz de hombre de antes ya no la oía, no sabía si es que se había retirado por darle el turno a la guardiana, era posible que fuera eso. A ella le daba igual llamarse Engracia o de otra manera, lo que quería era salir de esa encrucijada en la que estaba metida, estaba segura que era otra dimensión pero no acertaba saber cual era. Damián le dijo que había muchas puertas y, que había que saber elegir la mejor. Era posible que fuera culpa de ella por haberse quedado debajo de la nube oscura, seguro que era una puerta dónde ella no tenía que haber entrado.

-¡Señor, aquí está la rescatada!-dijo la guardiana.

Él era fuerte y alto con aspecto de ogro, se quedó mirando a Clarisa y le preguntó.

-¿Cómo te llamas?.

Clarisa se quedó callada, la presencia de él, la intimidaba. Seguía temblando de terror que sentía en poder de ellos.

-¿No sabes cómo te llamas?-volvió a repetir.

-¡Señor, se llama Engracia!-dijo la guardiana.

-¿Ese es tu nombre?-preguntó él.

-Sí. Respondió con la voz apagada.

-¿Sabes por qué estás aquí?.

-No.

-Tienes que responder a una serie de preguntas que voy acerté. Depende si lo que respondes es verdadero y sincero, si es de esa manera podrás marcharte, de lo contrario te quedará aquí trabajando para desenmascarar a los desencarnados de accidente o suicidio.

-Diré la verdad-dijo Clarisa-Quiero irme y alcanzar la luz.

-¿Estás segura de que vas a alcanzar la luz?.

-Ese es mi propósito, espero encontrarla.

-¡Sígueme!-dijo él.

Clarisa iba detrás, y al lado de la guardiana, era un pasillo largo y oscuro, ella no podía ver lo que había pero

ellos sí, tenían la niña de los ojos rojizas y transparentes para poder ver en la oscuridad. De pronto vio que estaban en una gran galería reforzada de paredes gruesas, en el centro había una camilla vestida con una sábana blanca y en los dos laterales, dos guardianas de uniforme azul marino, el cabello recogido atrás por un moño. Hizo su presencia un hombre alto y delgado de unos sesenta años, de pelo blanco, vestía bata blanca como de doctor.

Una de las guardianas dirigiéndose a Clarisa le dijo.

-Acuéstate en la camilla.

Ella las miraba con miedo, no decía nada ni tampoco pensaba, si lo hacía, ellos sabían en lo que estaba pensando, sabían todo de ella, incluso de la manera que había desencarnado, se dio cuenta más tarde. La habían captado para ver si no mentía y podía seguir su camino espiritual hacia la luz.

El hombre que la iba a interrogar se quedó en la cabecera de ella, y pasó a preguntarle.

-¿Fue el dolor y el sufrimiento el que hizo que te suicidaras?.

Ella negó, y después respondió diciendo y temblando.

-No me suicidé, fue un accidente por querer salvar a mi

Hija que se estaba ahogando.

-¡Ya entiendo!-dijo él.

Hubo una pausa. Clarisa miraba a las dos guardianas con mucho miedo, ellas permanecían calladas observando el interrogatorio.

-¿Hechas de menos algo?-preguntó él.

-Sí, a mi hija, nunca más podré tenerla conmigo.

-¿Deseas con todas tus fuerzas que esté a tu lado?.

Clarisa no respondió, pensaba en la pregunta, era difícil responderla.

-¿Por qué te cayas y no respondes?-dijo él.

-No quiero separarla de su padre, sería para él, un golpe muy duro y me acosaría toda la existencia de habérmela traído.

-Eso ocurre mucho en los humanos, cuando dos almas están muy unidas en el mundo terrenal y una desencarna, esta tira de la otra hasta llevarla consigo.

-No quiero hacerlo, amo a los dos, por parte mía sería demasiado egoísta y no lo soy.

-Por ahora estás diciendo la verdad-dijo él.-¿Sabes lo que hacemos con los espíritus que mienten?.

-Supongo que los meteréis en prisión como yo estoy.

-¡Exacto!. ¿ Por qué sabes que estás en una prisión?.

-Creo que por las guardianas que me custodian y, por el uniforme que visten.

-Vamos a dejarte libre, has sido sincera y, en todo momento has dicho la verdad.

Clarisa respiró aliviada, el agotamiento que tenía ya se le había ido de solo saber que estaba en libertad.

-Levántate de la camilla y vete-dijo él,-¿A dónde te diriges ahora?.

-Al Mont Sant Michel, es a ese lugar que quiero regresar.

-Es hermoso y misterioso como hay pocos en el mundo terrenal-dijo él, despidiéndose.

Clarisa antes de irse necesitaba hacerle una pregunta.

-¿Cuánto tiempo llevo prisionera aquí?.

-El tiempo en éste lugar no se cuenta porque no existe de la manera que se cree en el mundo terrenal pero, lo que sí puedo decirte es que, empieza y acaba en la verdad y sinceridad del espíritu que hayamos cogido prisionero, antes sé sincere, antes se va.

Las guardianas enseñaron el camino a Clarisa. El

Regreso no fue el mismo que para ir, salió a un descampado soleado. Se dio la vuelta para saber dónde había estado, no había señales en ningún lugar de algo que hubiera como puerta o otra cosa.

CAPITULO -13 –

Se iba desplazando por encima del suelo de aquel lugar que no tenía principio ni fin. Sólo había encima el cielo y debajo de sus pies la tierra, pero no la tocarla, no podía acceder a ella. Se echó a volar por el espacio inmenso que había, no sabía el tiempo que llevaba a si y, de pronto se encontró con un gran edificio de blanco mármol, se quedó en la puerta observando que era lo que había dentro. Subió por unas escaleras anchas que daban a un ascensor de cristal, entró, y empezó a subir solo, se paró en una plataforma amplia de mármol blanco. Se oía mormullos de gente que hablaban en un idioma que ella no entendía.

-¿Hay alguien?-preguntó en voz alta.

Nadie respondía a su llamada. Los mormullos seguían como si no la oyeran.

-¿Quién sois?-preguntó gritando .

En ese instante quedó todo en silencio, nadie respondía

A su voz. Sólo se oía el silbido del viento que pasaba cerca.

-¡Necesito ayuda!-gritó- ¿Dónde estoy?.

De pronto salió sin saber de dónde un hombre alto y delgado, los ojos los tenía hundidos, parecía que no tuviera, nariz larga y boca pequeña. Se dirigió a ella diciéndole de mala manera.

-¿Qué buscas aquí?.

Clarisa tenía miedo a responder, su incertidumbre se lo prohibía por la reacción de él.

-¿Qué haces aquí?-volvió a preguntar de nuevo.

-Me he perdido-contestó con voz tímida.

-¡Has venido al lugar equivocado, no hay sitio para ti.

-Quiero ir al Mont Sant Michel pero no encuentro el camino.

-¿Dónde has dicho?-preguntó él.

-Mont Sant Michel.

-¡No sé dónde está ni lo que es!.

-¿Este edificio como se llama?-preguntó ella.

-¿Para qué quieres saberlo?.

-Solo para saber dónde me encuentro.

-¡Da igual que te lo diga, norte, sur, éste o, oeste, tu lugar no está aquí!.

Clarisa sabía que no estaba solo y preguntó.

-¿Cuántos sois?.

En ese instante se formó un revuelo de voces que cuchicheaban alarmadas. Se hacían unas y otras preguntas que Clarisa no entendía las palabras.

-¡Qué se valla de aquí!-se oyó una voz de mujer.

Clarisa buscaba el espíritu que la había echado de allí, al no verla dijo en voz alta.

-No pretendo quedarme ni molestaros, sólo quiero que me ayudéis a encontrar lo que busco.

-¡No podemos hacerlo!-contestó la misma voz.

-¿Hace mucho tiempo que estáis aquí?-preguntó Clarisa.

-¡Ya te he dicho antes que te vayas!.

-¿Por qué me echas?.

-¡Estás hablando de tiempo y aquí eso no existe!.

-Ya me lo han dicho-dijo Clarisa.

-¿Cuándo desencarnaste?-preguntó la misma voz.

-No lo recuerdo.

-¿Te das cuenta de lo que dices?. ¡Todos sabemos cuándo fue el momento que desencarnamos!.

-¿Por qué no dices tiempo?-preguntó Clarisa.

-¡Porque no existe!-dijo gritando muy tajante.

-Sí existe. ¿Por qué eres tan afirmativa?. ¿Sabes lo que dices?.

-¡Totalmente!-respondió la misma voz.

Entre tanto el hombre alto y delgado seguía en medio de Clarisa y de la voz que hablaba, daba la impresión de no entender lo que decían, estaba de pie como si durmiera.

-¿Por qué estás tan segura de que el tiempo no existe aquí?-preguntó Clarisa.

-¡No digas nada y guarda silencio!-dijo otra voz que venía de otro lugar.

El hombre alto y delgado entró por una puerta. Clarisa se quedó sola. Tenía que encontrar su camino pero antes necesitaba saber qué lugar era ese y, dónde se escondían los espíritus que hablaban en silencio para no ser oídos. Una puerta formando arco le llamó la atención, se acercó,

estuvo unos instantes indecisa sin saber qué hacer, decidió entrar. Salió a un terreno inmensamente grande con muchos árboles, matorrales y flores de diversos colores. El canto de los pájaros alegraba y el vuelo de las mariposas distraía el espíritu. Clarisa iba jugando escondiéndose de árbol en árbol imitando a las mariposas y también su vuelo. Hacía éste juego para descubrir el escondite de los espíritus que se escondían, no iba a irse de allí sin descubrirlo y pronto lo sabría. No lejos de ella oyó el mormullo de antes, de espíritus que hablaban sin decir nada en concreto, se iban aproximando. Clarisa miraba en todas direcciones, incluso dentro de los árboles pero fue inútil, era como si se hubieran quedado invisibles. Ella misma había entrado en su propia trampa. Esos espíritus errantes la tenían a corralada sin que tuviera escapatoria, se dio cuenta cuando vio que las ramas de los árboles se movían, no lo hacía el viento porque allí no había. Se horrorizó al descubrir que se iban deslizado cómo serpentina grises oscuras por entre las ramas de los árboles, eran tantos que no los podía contar y tampoco le daba tiempo, necesitaba irse a prisa de allí. Al querer volar para huir, rápidamente le cortaron el vuelo, eran un regimiento oscuro y sin rostro. Otra vez estaba atrapada y, ahora por su curiosidad de querer saber la entidad de esas voces que se escondían.

Clarisa temblaba de miedo, el pánico podía verse en su espíritu. Los otros se burlaban de ella imitándola, la tenían a su alcance para hacer lo que quisieran. Ella se armó de valor y ante tanta burla preguntó.

-¿Quién manda aquí?.

Al instante todos pararon la burla y quedaron rígidos.

-¿Nadie manda aquí?-volvió a preguntar de nuevo.

Dos hombres altos y delgados salieron de la fila y dijeron.

-Mandamos nosotros.

Clarisa se puso al nivel de ellos y les preguntó.

-¿Por qué habéis ocupado éste lugar?.

Todos se miraron ante esa pregunta que no esperaban.

Clarisa otra vez sintió miedo, echarse a volar no podía, eran muchos contra ella. Tenía que serenarse y hacer ver que tenía valor para enfrentarse a ellos.

-¿Quién crees que eres para hacernos preguntas?-dijo uno de los jefes.

-Me llamo Clarisa-dijo para darles confianza.

-¿Ese nombre era el que tenías antes de desencarnar.

-Sí. Mis padres me lo pusieron en el mundo terrenal.

-¡Queremos saber que nombre tienes en el mundo de los desencarnados! ¿Lo sabes?.

Clarisa no se acordaba del nombre que le puso la guardiana y le dijo que, sin nombre no era nada.

-¡Tengo uno!-dijo poniéndose nerviosa-¡Lo estoy buscando!.

-¡Está mintiendo, no tiene nombre, podemos hacer con ella lo que queramos!-dijo uno de los jefes.

-¿Cómo te llamas tú?-preguntó Clarisa.

Al momento de preguntar por el nombre de uno de los jefes, se armó un estrepito de voces criticándola.

-¡Si no tienes nombre, te quedas aquí para servirnos-dijo el jefe.

Clarisa temblaba cómo la llama de una vela puesta en el aire. Trataba recordar el nombre puesto por la guardiana y cuando parecía que lo tenía, se le olvidaba y, de pronto gritó diciendo de alegría.

-¡En el mundo de los desencarnados me llamo Engracia!.

Al instante todo mormullo quedó en silencio, estaban decepcionados de que hubiera encontrado su nombre.

-¿Cómo dices que te llamas?-preguntó uno de los jefes para ver si ahora decía otro nombre.

-¡Engracia!-contestó muy segura.

-¡No es cierto lo que dice!-dijo la voz de una mujer.

-¡Sí, me llamo Engracia!-repitió de nuevo.

-¿Quién te dio ese nombre?-preguntó la misma voz.

Clarisa quedó parada ante esa pregunta, no sabía que responder y qué decirles sobre el modo que la capturó la nube negruzca. Como no decía nada, uno de los jefes insistió preguntando.

-¡Dinos quién te ha dado ese nombre!.

Clarisa no quería contar el proceso que tuvo en la prisión y, todo lo que vivió hasta que la dejaron absuelta.

El mormullo de críticas empezaron a oírse. El jefe había perdido la paciencia y con decisión dijo.

-¡En vista que no quieres decirlo, yo te condeno a que nos sirvas!.

-¡No, por favor!-gritó Clarisa.

-¡Entonces, di lo que te preguntamos-dijo el jefe.

Ella no tenía más remedio que decir la verdad de su

Detención si quería salir de ese lugar que a pesar de ser hermoso, había mucha trampa.

-El nombre me lo dio la guardiana de la prisión .

-¿Has estado encarcelada?-preguntó el jefe.

-¡Me cogieron por sorpresa, iban en una nube oscura, no pude escapar!.

La mujer que hablaba y que no tenía rostro igual que todos los demás espíritus, le preguntó.

-¿Viste el rostro de quién te captó?.

-No, sólo vi la guardiana que me dio el nombre, luego me llevaron por un pasillo oscuro a una gran galería, allí habían dos guardianas más y un jefe vestido con bata blanca.

-¡No sigas, el resto lo conocemos!-dijo cortándola la mujer.

Clarisa apercibió que ellos también habían estado en ese lugar y, que por mentir sobre su des encarnación, los habían castigado a no poderse ver los rostros y a estar escondidos aunque hubiera luz en el lugar dónde los desterraron.

-¡Sabemos lo que estás pensando!-dijo la mujer.

-¿Vosotros también desencarnasteis por accidente o, por suicidio?-preguntó Clarisa.

-¡No dijimos la verdad a ellos, tampoco te la vamos a decir a ti!-dijo la mujer.

-Me da igual, no pretendo saber el por qué os desterraron y, con esa forma que no se os reconocen, creo que es porque aquí en el mundo de los desencarnados, no os dieron un nombre y es, por esa razón que ninguno sabéis quién sois.

Todos se miraban pero ninguno se veía. El jefe dio por terminada la conversación y dirigiéndose Clarisa le dijo.

-Puedes marcharte o quedarte si lo prefieres. A nadie de nosotros vas a conocer por que ninguno tenemos rostro.

-Antes y si me lo permites me gustaría saber si éste valle o jardín siempre estuvo en el mismo lugar.

-Aquí estaban construidas las viviendas de los negros esclavos hace centenares de años. El sufrimiento y dolor que vivíamos a causa de los amos blancos, no se podía soportar, a todo teníamos que obedecer y callarnos cuando ellos decían que algo no habíamos hecho bien, nos castigaban con el látigo, nos encerraban atados de pies y manos. Nos quitaban a nuestros hijos más

Pequeños para hacernos el mayor daño posible. Nos trataban peor que a sus animales. Ya no podíamos más resistir el dolor físico y el peor, el síquico. Llorábamos de noche cuando ellos no nos oían porque estaban en sus mansiones durmiendo. Eran muchos años que estábamos sufriendo en silencio. Una noche nos reunimos todos y decidimos acabar con nuestras vidas miserables que no llevaban a ninguna parte. Nuestro destino y el de nuestros hijos sabíamos cual era.

Clarisa estaba espantada de oír tanto sufrimiento, ¿A caso el ser humano podía resistir tanto dolor?.

-¿Por qué no lo denunciasteis?-dijo Clarisa.

-¡Qué ingenua eres!. Eran los blancos los que mandaban, los negros no teníamos derechos, nuestro deber era callar y obedecer.

-¿Qué ocurrió con todos ustedes?-preguntó Clarisa interesada por saber el final de todos.

Fue la mujer quién cogió el relevo y siguió diciendo.

-Habían madres recién paridas, al día siguiente de dar a luz, tenían que incorporarse al trabajo. Iban en sangrado y con sus hijitos agarrados a sus espaldas, muchas morían y dejaban al bebé a cargo de las otras madres para que los

Criaran. Un día se presentaron varios amos para decirnos que teníamos que deshacernos de los niños que se habían quedado sin madre, porque eran muchos y no dejaban trabajar a las demás mujeres. Por la noche nos reunimos hombres mujeres y niños y, decidimos acabar con todo. Esa noche era luna llena. A eso de la una de la madrugada cuando todos los blancos dormían, subimos al monte, nos despedimos todos, e injerimos un veneno eficaz. A la mañana siguiente cuando nadie de nosotros estábamos en el trabajo, nos buscaron por todas partes, a visaron a las autoridades, fueron ellos que nos encontraron muertos y tendidos en el monte. Después de lo ocurrido, los blancos se fueron y dejaron éste lugar que ve ahora. Sé creó solo éste jardín y arboleda con luz propia pero qué nosotros no podemos apreciar por falta de identidad.

Clarisa no salía de su a sombro. Cuando vivía en el mundo terrenal había leído en algún libro historias de esclavos, de la manera que los trataban los blancos y de los trabajos forzados que los obligaban hacer pero, como ésta que le estaban contando, no tenía términos para desclasificar, a los blancos de hacía centenares de años.

-¿Por qué no digitéis la verdad, la manera que desencarnasteis al jefe de la nube oscura?-dijo Clarisa.

Nadie respondió a esa pregunta. Ella insistió.

-¿No hubiera si mejor no haber mentido?.

-Todos nos pusimos de acuerdo para decir lo que dijimos-dijo la mujer.

Clarisa tenía que marcharse, le esperaba un largo y difícil camino hasta encontrar la luz. Se despidió y voló por encima de ellos buscando su lugar.

CAPITULO -14 –

Lejos de aquel paraíso que acababa de dejar, volaba a gran velocidad. Había perdido la noción del tiempo, no podía saber si hacía meses o años que había desencarnado. Era necesario que encontrara un espíritu bondadoso que le indicara la dirección que tenía que coger para llegar al Mont Sant Michel, mientras tanto volaba sin rumbo fijo. Recordó lo que le dijo la guardiana cuando se iba de la prisión, qué por muchos caminos que fuera para encontrar la salida de algún lugar, sólo era uno el bueno, el que creía que no era. Paró el vuelo y miró a izquierda, luego a la derecha, de frente y atrás, era de ahí de dónde venía, de ese lugar que había dejado de espíritus dolorosamente heridos, su impulso le decía que tenía que volver hacia atrás, ese camino era para ella el más perdido, le iba hacer caso al consejo que le dio la

guardiana. Dio la vuelta, volaba a gran velocidad, pasaba por montaña por ríos y valles, aquellos hermosos parajes no tenían final. De pronto un camino largo y ancho había frente a ella, respiró aliviada, era seguro que podría encontrar por allí lo que buscaba. A lo lejos del camino venía un anciano andando y sin pisar suelo apoyado en su bastón, según iban aproximándose uno al otro se miraron, ella sabía que él, no hacía mucho que había desencarnado, lo saludó diciéndole.

-¡Hola!.

El anciano hizo un alto y se paró frente a ella para responderle al saludo.

-¡Buen día tengas hija!. ¿Falta mucho para llegar hasta el final de éste camino?.

Ella quedó confusa, no sabía por qué se lo preguntaba, y le dijo.

-¡No losé!. ¿Dónde quieres ir?.

El anciano posó las manos sobre su bastón para descansar, seguidamente respondió.

-Hace rato salí de mi casa para dar mi paseo cotidiano, cuando iba cruzando la calle un coche me atropelló pero todo quedó en un susto, no me ha sucedido nada y, de

golpe me encuentro en éste camino que no sé hasta dónde llega.

-¿Qué edad tienes?-preguntó Clarisa.

-Ochenta y cinco. ¿Por qué me lo preguntas?.

-¿Dices que has tenido un percance con un coche?.

-Sí, pero como antes te he dicho, no me ha sucedido nada, sólo fue un golpe sin importancia.

Ella se quedó callada, no quería decirle la verdad de dónde se encontraba.

Él, anciano la miraba con curiosidad esperando a que ella dijera algo.

-Voy a darte una noticia-dijo ella.

-¿A mí?-respondió sorprendido el anciano.

-Ya no vives en el mundo de los desencarnados.

-¿Qué mundo es ese?. No sé a qué te refieres.

Clarisa estaba triste, recordó el día que ella desencarno, le costaba mucho decirle la verdad pero se la tenía que decir aunque él, lo viera extraño.

-Has muerto en el accidente de coche.

-¡No es posible, debo estar soñando!.

Ella negó, y luego dijo.

-Te estoy diciendo la verdad, estás muerto.

-¿Cómo lo sabes?-preguntó incrédulo-Si eso fuera verdad habrían venido mi esposa y mis dos hijos a recibirme. ¿Por qué no están aquí?.

-Has desencarnado de un accidente, cuando se trata de esta clase de muerte, eres tú quién tiene que ir en busca de ellos, porque el proceso ahora es largo hasta encontrarlos.

El anciano seguía mirándola con desconfianza, y dijo.

-¿Por qué debo creerte que estoy muerto?.

-Mira hacia abajo y verás que tus pies no tocan el suelo.

El anciano hizo lo que ella le dijo y, comprobó que no sólo sus pies tocaban el suelo, también su bastón.

-¿También tú estás muerta?-preguntó al verla a ella suspendida en el aire.

-¡No estoy muerta, ni tú tampoco!.

-¡No entiendo nada!-dijo él, anciano.

-Nadie muere-dijo Clarisa-Cuando nos vamos del mundo terrenal, venimos al mundo de los desencarnados. La vida

no se para, la rueda sigue girando hasta el final de los tiempos y, tampoco estos tiempos tienen fin.

Él, anciano se quedó encandilado y sin palabra qué decir, pero le preguntó.

-¿A dónde has aprendido todas esas cosas?.

-He conocido a cuatro hermosos y bellos espíritus, ellos me han puesto al corriente de lo que es el mundo terrenal y el mundo de los desencarnados. Lo que es arriba y lo que es abajo, todo es lo mismo.

El anciano no entendía nada, y preguntó.

-¿Qué es arriba y abajo?.

-El cielo y la tierra es lo mismo, a eso me refiero.

El anciano sin dejar de sorprenderse preguntó.

-¿Es verdad que estoy muerto?.

-No has muerto, ahora vives en otro lugar. Antes te he dicho que estamos en el mundo de los desencarnados.

-¡Estoy perdido, no sé dónde ir!-dijo con tristeza-Poco antes de morir mi pobre esposa, le prometí que, cuando yo me fuera, me reuniría con ella. No podré cumplir mi palabra.

-¿La amaste mucho?-preguntó ella recordando el amor

que sentía por Mario cuando estaban casados.

-Nos amamos mucho los dos. Éramos un matrimonio sencillo y sin muchos recursos para afrontar los incobenientes que la vida nos ponía por delante día a día. Mi esposa era más nerviosa que yo, y se preocupaba para que a nuestros dos hijos no les faltaran de nada.

Por las mejillas de Clarisa dos lagrimas caían sin que lo pudiese remediar. Pensaba en lo que el anciano contaba de su vida terrenal con su esposa, y le dijo.

-¡LLámala, repite su nombre!.

-¿Estás hablando en serio?-dijo el anciano llorando.

-Sí. Ella escuchará tu voz y vendrá a tu encuentro.

El anciano la miraba cada vez más sorprendido.

-¿Tampoco tú has encontrado a tus familiares?.

-Me he perdido-dijo ella con tristeza.

-¿Te has perdido?.

-Sí. Estaba muy pegada al mundo terrenal, eso hace que los espíritus desencarnados no encuentren la luz y vayan vagando y perdidos.

-¿Cuánto hace que desencarnaste?.

-No lo recuerdo, he perdido la noción del tiempo. Me han tenido en prisión y lo he olvidado.

-¿Lo tuyo fue también un accidente?-preguntó él.

-Sí, pero aquí hay que demostrarlo. Ellos saben cómo fue pero quieren que el espíritu no mienta y diga la verdad.

-¿Quién son ellos?-preguntó el anciano.

-Un regimiento que nos vigilan tanto en el mundo terrenal cómo en el mundo de los desencarnados. Viajan en una nube gris oscura para no ser reconocidos, son justicieros de la verdad, el espíritu que trata engañarlos, lo encarcelan y luego lo destierran.

-En el cielo hay muchas nubes, ¿cómo puede saberse que tal nube es la justiciera?-preguntó el anciano preocupado.

-Eso es lo difícil, porque se camuflan entre tantas y tantas. Éstas nubes justicieras van por muchos lugares de la tierra, no es una la que hay, son muchas. La que a mí me capturó iba sola, era inmensamente grande.

El anciano sintió miedo, lo suyo había sido un accidente, si lo capturaban diría la verdad. Decidió dejar ese tema para preguntar algo que le corría más prisa.

-¿Es cierto que si llamo a mi esposa vendrá?.

-No lo dudes y llámala-respondió Clarisa.

El anciano recordó hechos ocurridos la noche que su esposa desencarno, y dijo.

-La noche que mi esposa falleció en nuestra casa, yo la llamaba llorando, le decía que me quería ir con ella, estoy seguro que no me oía, estaba muerta. Le gritaba diciendo que no me dejara solo, que yo sin ella no podría vivir. Nos necesitábamos el uno al otro, tenía una enfermedad grave pero a mí no me importaba haber cuidado de ella y de habernos ido los dos juntos. Sufrí mucho cuando me quedé sólo, lloré lo que no sé sabe. Los dos hijos que teníamos murieron antes, esto fue lo hizo que ella se fuera detrás. ¿Por qué no vino cuando yo la llamaba? Y ¿Por qué va a venir ahora?.

-Por la razón que los dos estáis desencarnados, eso fue lo que me enseñaron los cuatro hermosos y bellos espíritus que conocí y, que con muchos deseos quiero volver a reencontrarme otra vez con ellos-dijo Clarisa.

-Es posible que sea como dices, quiero imaginármela que viene corriendo y los dos nos fundimos en un abrazo. Dijo el anciano-Yo voy a seguir por éste camino y cuando llague al final es posible que mi esposa me esté esperando.

-Te aferraste mucho al mundo terrenal, lo mismo me pasó a mí. Eso tiene sus consecuencias en el mundo de los desencarnados. Tu obsesión es grande, la nube justiciera sabe todo sobre ti y sobre todos los espíritus, si la ve, escóndete en un lugar seguro, aunque si su misión es rescatarte, lo conseguirá y se enfadarán.

El anciano temblaba de miedo, quería seguir pero el pensamiento se lo impedía y, preguntó.

-¿Cómo son los justicieros de esa nube?.

-Si se trata de escapar y de esconderse como yo hice por todos los medios posibles. Se enfadan mucho, se ponen feos y agresivos, hay hombres altos y fuertes igual que ogros, también mujeres que enfadadas son horribles, dan miedo pero los que hacen preguntas y sentencian, son otros diferentes, menos agresivos, más compasivos.

-¿Si un día hay nubes, cómo puedo saber que la justiciera está entre ellas?-dijo el anciano bastante preocupado.

-No puedo decírtelo no lo sé, es lo que antes te decía, trata esconderte pero, si su misión es cogerte, lo harán.

-¡No me voy a esconder y, asumiré mi responsabilidad-dijo el anciano con decisión.

-¡Te deseo suerte y que encuentres pronto la luz!-dijo

Clarisa despidiéndose.

-Gracias, lo mismo te digo. Seguiré hasta el final de éste camino y si no está mi esposa la llamaré, aré caso a tu consejo-dijo el anciano continuando apoyado en su bastó.

CAPITULO -15 –

Por el largo y ancho camino siguió Clarisa hasta ver dónde llegaba. Su pensamiento estaba en su hija marta, había estado advertida por Mario para que la dejara en paz y no volviera más. Ella no quería hacerle daño, sólo verla para sentirse mejor. Entendía el miedo de él, de que le ocurriera algo irreparable a Marta y quedarse sólo. Ésta vez si llegaba a encontrarlos, se mantendría lejos de ellos y de Rita que era la que la veía e impedía que se acercara a la niña. Antes de nada tenía que encontrar el Mont Sant Michel, desde allí sabía llegar hasta Paris, el tiempo había transcurrido sin que se diera cuenta.

La noche había llegado, en la oscuridad de ese camino, la soledad irrumpía en su mente sola y desamparada, sólo la mantenía con fuerza sus recuerdos de niñez, de adolescencia cuando Mario y ella se conocieron en la universidad y después cuando se casaron. Recordaba el momento que nació su hija y lo felices que fueron los tres.

El camino se hacía oscuro, era noche sin luna. Su asombro fue enorme al ver que de lejos se iban acercando unas figuras oscuras con forma humana. Al llegar junto a ella, le cortaron el paso, eran espíritus errantes, desarmónicos y viejos, arrastraban los pies al caminar. Uno de ellos plantó cara a Clarisa diciéndole con malos modales.

-¡Mira por dónde vas, nos estás cortando el camino!.

Clarisa se quedó callada, era lo mejor que podía hacer en esa situación tan desesperada y desagradable, se quedó a un lado para darles paso.

Otro de la hilera que apenas podía moverse y que le gustaba las camorras, provocó a los demás diciendo.

-¡Ésta no es un espíritu errante! ¿Os habéis fijado como viste y la clase de peinado que lleva?.

-¿Quién eres? ¡Tu camino no éste!. Dijo otro de la fila.

Clarisa se dio cuenta que ese no era el camino que tenía que haber cogido, el anciano iba en buena dirección, lo tenía que haber seguido. Era obligatorio volver atrás, tenía que hacerlo con gran rapidez antes que esos espíritus lo advirtieran y la retuvieran allí.

-¿Qué te ocurre que no respondes a lo que te hemos

preguntado?-dijo otro que apenas podía ver.

La intención de Clarisa era no responder a unas preguntas tontas e insulsas . Ella estaba ágil y podía volar, ellos no, rápidamente se elevó subió por encima de ellos, dio la vuelta y voló en la otra dirección contraria.

Los espíritus errantes al descubrir el engaño por parte de Clarisa empezaron a discutirse unos con otros, reprochándose lo distraídos que habían estado para que se les escaparan y no haber podido divertirse con ella.

Iban pobremente vestidos y harapientos por todo el daño que habían cometido en el mundo terrenal juntos. Uno a otro se insultaba diciéndose las peores cosas, ¡cómo!. ¡Tú me quitaste a mi mujer y me quedé sólo!.

Otro empezó a golpes con el que tenía al lado, diciéndole.

-¡Me mataste en el mundo terrenal, ahora quiero vengarme de lo que hiciste. Los dos formaron una lucha y cayeron dándose puñetazos. Se quedaron todos insultándose. Clarisa ya estaba lejos y respirando tranquila. Sentía miedo y terror si ésta pandilla de delincuentes la hubieran hecho prisionera, dejó de pensar en esto y siguió su vuelo. Uno de sus deseos era volver a ver a su hija y, el más fuerte deseo de todos era encontrar

El gran templo sagrado, era allí dónde estaba la luz. Necesitaba cruzarse con espíritus buenos, que hubieran dejado el mundo terrenal con paz y sin rencores. El afán de ella era encontrar el camino correcto. Estaba adquiriendo mucha experiencia con todo lo desagradable que había encontrado de espíritus que no habían sido felices en el mundo terrenal y tampoco en ese que ella se encontraba. A partir de ese momento tendría cuidado con los que se acercaran, ya los iba conociendo.

Llegó a un lugar dónde la vegetación era abundante, árboles, matorrales y flores de diversos colores hacían su presencia. Sobre el tronco de un grueso árbol dos siluetas vestidas de blanco esperaban que se acercara. Clarisa antes de llegar se detuvo y las miró. No parecían dos espíritus que estuvieran sufriendo. Cuando estuvo delante vio que se trataba de dos niñas vestidas con el traje de la primera comunión, eran dos gemelas con los vestidos idénticos. Las dos niñas comían de un fruto pequeño y rojizo que daba el árbol dónde estaban apoyadas. Clarisa se alegró de haber encontrado a dos espíritus infantiles y sin maldad. Su alegría tampoco era completa al tratarse de dos hermanas gemelas que habían desencarnado a la edad aproximada de doce años.

Ellas estaban sonrientes esperando a que Clarisa se

Acercara, sin dejar de comer ese fruto color rojo.

-¿Qué estáis comiendo?-preguntó Clarisa.

Las dos niñas se pusieron a reír, una de ellas llevándose un fruto rojo a la boca, dijo.

-No sabemos cómo se llama éste fruto pero está bueno ¿quieres probarlo?.

-No me apetece-respondió Clarisa-¿Es a causa de éste fruto que dejasteis el mundo terrenal?.

-¿Cómo lo sabes?-dijo la misma niña sonriendo.

-No es difícil adivinarlo viendo lo que estáis comiendo.

-Puedes comerlo tu también, aquí no hace efecto porque estamos en el más allá.

Clarisa sonrió, era verdad lo que decía y pasó a preguntarle.

-¿Por qué vais vestidas de primera comunión?.

-¡Te fijas en todo!-protestó una de ellas.

-¿Te ha molestado que lo pregunte?.

Las dos niñas se quedaron calladas con la mirada baja.

-¿Os ha molestado que lo pregunte?-insistió Clarisa.

Una de las niñas levantó la mirada y dijo.

-Hicimos la comunión con éstos trajes y, cuando comimos de éste fruto, mi madre nos encontró dormidas a los pies del árbol. Nos vistió de ésta manera porque decía que éramos dos ángeles.

-¡Qué dolor para una madre descubrir a sus dos hijas de esa manera!.

Las dos hermanas se encogieron de hombros cómo si les daría igual.

-¿No os importa lo que vuestra madre sufriera?.

-Estábamos siempre solas y, cómo éramos traviesas, comimos el fruto de éste árbol que estaba en la carretera.

-¿Recordáis el tiempo de vuestra des encarnación?.

-¿Para qué quieres saberlo?-preguntó una hermana.

-A mí no me importa, sólo era por saberlo.

-¿Cuánto tiempo hace de lo tuyo?.

-No lo sé-respondió Clarisa.

-¡Igual nos ocurre a nosotras!.

-¿No os habéis movido de éste lugar?.

Las dos gemelas se miraron tratando esconder algo que no querían decir.

Clarisa las observaba con sonrisa, esperaba que alguna de las dos dijera algo.

-Antes hemos estado en otros lugares-dijo una de ellas.

La otra hermana la interrumpió diciéndole.

-¡No tienes que darle explicaciones de ninguna clase, ella acaba de llegar!.

-¡Ah! Entiendo-dijo Clarisa-¿Esperáis que sea yo la primera que empiece con lo mío?.

-Eres la ultima que ha llegado, lo normal es que te presentes.

-Desconozco el tiempo que llevo desencarnada y, os puedo asegurar que me han ocurrido cosas desagradables que me da horror contarlas.

Una de las gemelas dijo para ser solidaría.

-¡Nosotras estuvimos durante un tiempo dentro de un pozo oscuro y lleno de tinieblas!.

-¿De qué manera os ocurrió?-preguntó Clarisa.

-No lo sabemos, eso fue después de comer ésta fruta.

-¿Cómo salisteis?.

-Tampoco lo sabemos. Todo fue cómo un abrir y cerrar

de ojos, sería la misma fuerza que nos metió y nos sacó.

Clarisa necesitaba preguntarles algo importante.

-¿Sabeis donde os dirigir o donde quereis ir?.

-No. Tampoco nos importa mucho-dijo una de las gemelas.

-¿No tenéis miedo de caer en otro pozo oscuro?.

-Aquí estamos en la luz, no puede sucedernos nada.

-Andan espíritus errantes no lejos de aquí, hace poco me los he encontrado.

Una de las gemelas fue sincera, aunque bajo la vigilancia de su hermana dijo.

-No sabemos dónde ir, encontramos éste lugar que es un edén y nos quedamos pero, sabemos que hay que llegar hasta el templo sagrado si queremos volver al mundo terrenal.

-Sí, hay que seguir el sonido de la campana hasta encontrarlo-dijo Clarisa-Eso es lo que yo voy buscando pero, antes tengo que terminar una misión para que mi alma quede en paz.

Las dos gemelas la miraban como queriendo saber de qué misión se trataba. Ella quiso sincerarse y dijo.

-He dejado en el mundo terrenal una hija que yo adoraba, mi deseo es poder verla por última vez. Era ella quien tenía que haber estado en mi puesto, la salvé de ahogarse y, aquí estoy yo.

-¿Te arrepientes de haberlo hecho?.

-No. Ahora me doy cuenta lo que ella hubiese pasado y sufrido en éste mundo desconocido del más allá.

Clarisa se despidió de las gemelas diciendo.

-Tengo que seguir mi camino, aún me queda mucho hasta encontrar el templo sagrado.

-Te deseamos suerte-le desearon las dos gemelas.

CAPITULO -16 –

El camino que seguía era el mismo que había empezado. Sus deseos eran grandes por encontrar una señal que le indicara que estaba en el lugar adecuado.

Clarisa volaba confiada esperando ver el Mont Sant Michel, y de pronto vio otro camino a la derecha, largo, ancho y de tierra rojiza, se paró sin saber qué hacer, de nuevo la duda la envolvió. Ahora estaba más perdida que antes, la indecisión era terrible. Miraba cual de los

caminos era el mejor, todo le había cambiado en un instante y tenía que ser ágil para elegir lo que iba buscando, decidió coger el de la derecha.

La noche había llegado, estaba agotada sobre todo de haberse perdido la cantidad de veces que le ocurrió. Sentía que el tiempo iba pasando para ella en todos esos caminos que no llevaban a ningún lugar. Necesitaba tener ahora suerte, seguro que la iba a tener, tenía esas esperanzas. Se quedó a descansar echada encima del camino de tierra, sólo llevaba unos instantes y, oyó una voz de mujer pidiendo ayuda desesperadamente, con rapidez se incorporó y miró hacia el lugar dónde se oían los gritos, vio a una mujer de aproximadamente cuarenta años, vestida de oscuro que corría pidiendo auxilio, cuando estuvo cerca d Clarisa, le dijo con desespero.

-¡Señora, ayúdeme por favor!.

-¿Qué le ocurre?-le preguntó Clarisa con ánimos de tranquilizarla.

La mujer lloraba, la pena no la dejaba seguir hablando.

-¿Por qué llora?.

Cuando estuvo más tranquila dijo la mujer.

-¡He tenido un pensamiento horrible!.

Clarisa la observaba con detenimiento, se dio cuenta que hacía poco que había desencarnado, Y Le preguntó.

-¿Qué pensamiento es ese?.

La mujer respiraba con dificultad, quería hablar pero no podía, cuando se calmó dijo.

-¡Me ha venido a la cabeza ahorcarme!.¡Tengo dos hijos, uno con doce años y el otro con diez!.¡Se quedarían solos con mi marido, necesito que me aconseje!.

Clarisa estaba metida en un gran lío. Ese pobre espíritu en pena, aún no sabía que había dejado el mundo terrenal. El mismo hecho horrible y macabro que había llevado a cabo, la tenía desesperada.

-¿Cuándo has tenido ese pensamiento?.

-¡Una hora aproximadamente!-dijo la mujer.

-¿Cómo te llamas?.

La mujer quedó sorprendida por la pregunta y, luego dijo más tranquila.

-Mi nombre es Joaquina. ¿Me vas ayudar?.

-Desde luego que sí, estoy mirando la mejor manera de hacerlo. ¿Recuerdas donde vives?.

La mujer se dio la vuelta y miró en dirección a una

gran estaría de olivos que había más lejos, y dijo.

-Vivo en un cortijo que hay al otro lado del camino.
¿Puedes ayudarme?.

-Quiero hacerlo de manera que no te asuste.

-¡Dime ya lo que me tengas que decir!-dijo algo enfadada la mujer.

-Has desencarnado-dijo Clarisa-Ya no vives dónde tú dices. Tu sitio está en otro lugar del más allá.

-¡No es cierto lo que dices! ¡Sí eso fuera verdad! ¿Por qué estamos tú y yo hablando?.

-Porque yo también estoy desencarnada y voy buscando la luz, para el mundo terrenal estamos muertas pero, no para éste.

La mujer miraba de frente a Clarisa queriendo creer lo que le estaba diciendo y, de pronto se llevó las manos a la cabeza exclamando.

-¡Pobres hijos míos! ¿Qué va a ser de ellos?.

-¿No te preocupa tu marido?.

-Nos casamos jóvenes, yo no lo quería aunque nos conocíamos desde que éramos niños. Es un hombre rudo y distante conmigo. Nada más casarnos nos vinimos a vivir

al cortijo, me trajo para que trabajara en la tierra de los olivos, de esa manera me hice yo también ruda y áspera con el mundo que me rodeaba. Desde hace quince años que nos casamos, mi vida ha sido un infierno a su lado.

-¡Pobre Joaquina!-dijo Clarisa compadeciéndose de ella.

-¿Por qué te compadeces de mí?-preguntó Joaquina muy asustada.

-Ahora te espera un camino difícil y lleno de espinas.

-¿Cómo sabes eso?.

-Todos los que se quitan la vida en el mundo terrenal, son perseguidos en éste en el que estamos y, sometidos a juicios por diferentes entidades. Se entiende que la vida terrenal es un regalo que nos hace el universo y la madre naturaleza, son ellos que pusieron un principio y un fin a nuestros días en el mundo terrenal. Nosotros no somos quién para quitarla.

-¿Me estás hablando a nivel de religión-preguntó Joaquina.

-Nunca creí en las religiones pero, si en el universo y en la madre naturaleza, la verdadera religión está ahí.

Joaquina se quedó pensativa sin dejar de mirar a Clarisa.

-¿A dónde has aprendido todo eso?-preguntó.

-Nadie me lo enseñó, cuando alguien es feliz en la vida terrenal como yo lo era, las religiones sobran para darse cuenta que sólo cogen a gente que necesitan creer en algo porque su vida no tiene sentido.

Joaquina estaba más interesada en saber lo que podría ocurrirle a partir de ese momento, y preguntó.

-¿Podrán encontrarme esas entidades que dices para llevarme a juicio?.

-Es posible que ya estén en tu búsqueda, pero empiezan a partir del tercer día que se ha desencarnado. No vale mentirles, ellos saben la verdad, incluso lo que se piensa.

-¿Tan malos son?-dijo Joaquina llena de terror-Sí saben la verdad de por qué he desencarnado, pueden perdonarme. Era una situación en la que ya no podía más estar viviendo, con malos tratos por parte de mí marido y por palizas que me daba si no hacía lo que él, quería.

En ese instante se escuchó un gran griterío que procedía del cortijo, eran gritos de niños llorando y lamentándose por la pérdida de la madre. Joaquina también lloraba de pena por sus dos hijos. No podía verlos en ese momento tan desesperado y tampoco se acercaría al cortijo, el dolor que sentía era quizá mayor. Clarisa había pasado por la misma situación y, sintió mucha pena por todos ellos. A

pesar del sufrimiento de Joaquina le preguntó.

-¿Quieres ver a tus hijos?.

-Sí, pero no sé si voy a poder resistirlo.

-¿En qué sitio llevaste a cabo el suicidio?.

-Fuera del cortijo en un árbol alto mientras que mis hijos merendaban y, mi marido se había ido a dormir.

-¡Prefieres verlos o no!. Te advierto que también vas a ver tu cuerpo sin vida terrenal como tú lo dejaste.

Joaquina retrocedió unos pasos insegura de no saber qué hacer. No estaba preparada para asumir tanto dolor.

-¡He sido cobarde y lo sigo siendo ahora!-dijo sin poder retener las lagrimas.

-¿As pensado qué vas hacer ahora?-preguntó Clarisa.

-Me voy a quedar dónde estoy, otra cosa no se me ocurre. ¡Ahora me arrepiento de lo que he hecho, sobre todo por mis dos hijos!.

-¿Qué va a ser de ellos solos con su padre?.

-Los tendrá como esclavos para que trabajen en la tierra igual que hizo conmigo.

-¿No van a la escuela?.

-Algunas veces cuando el padre quería llevarlos con la furgoneta pero, cuando los necesitaba para cuidar de los animales no iban, tan pequeños y ya conocen el trabajo rudo del campo.

Clarisa sentía mucha pena por Joaquina pero no podía quedarse más tiempo a su lado. Cada una tenía un diferente camino para hacer, y, se despidió.

-Te deseo suerte aunque yo también la necesito hasta llegar dónde me he propuesto y, espero no tardar.

Joaquina se quedó donde estaba viendo cómo Clarisa se alejaba en la oscuridad de la noche.

CAPITULO -17 -

La luz del día había llegado. Clarisa se paró en un monte para descansar. No lejos había un hombre y una mujer conversando, por lo que decían tenía que ser gracioso, los dos reían como una pareja feliz, aunque los dos eran ancianos. Ella se fijó en Clarisa que acababa de llegar y, le llamó la atención diciéndole sin perder la sonrisa.

-¡Joven! Voy hacerte una pregunta. ¿Los desencarnados sueñan?.

-Estoy segura que sí. Todos soñamos tanto en el mundo

Terrenal como en éste.

-Ahora cuando te acercabas comentábamos lo que tú estabas soñando-dijo la anciana.

-¿Qué soñaba?-preguntó Clarisa sonriendo.

-Con una niña y con su padre.

-Eso no es un sueño, es un pensamiento que deseo cumplir lo más pronto posible.

-¡Querida, eso que dices también es soñar!. Toda la eternidad la pasamos soñando, unos sueños se cumplen y otros no.

-En el mundo terrenal cuando se duerme y soñamos, eso es soñar y, cuando se está despierto y pensamos un acto que sale del pensamiento es pensar. No es lo mismo soñar y pensar.

La anciana no estaba de acuerdo y le dijo.

-Todo lo que se piensa es un sueño, si se tiene temores por algo, se sueña pesadillas que van unidas a los temores. Si son alegrías, se tiene bonitos sueños. Todo son penas y alegrías que se vive tanto despiertos como dormidos.

Clarisa lo había entendido cómo la anciana lo explicó,

Pero para ella, los sueños que se hacen dormidos, muchos tienen otro significado. Dejó eso a un lado y preguntó.

-¿Hace mucho tiempo que estáis aquí?.

-¿A qué te refieres?-dijo la anciana.

-¡Qué cuanto hace que habéis desencarnado!.

-Un año. Mi esposo que es el que ve aquí, dos meses antes que yo. Me llamaba sin cesar día y noche para que me uniera a él, y aquí estamos juntos.

-¿Cómo se llama éste lugar repleto de olivos?.

-¿No sabes en qué sitio estamos?.

-No. Y me gustaría saberlo.

-¿Eres un espíritu perdido?.

-Sí. Necesito salir de éste agujero dónde no encuentro la salida.

-¿Qué hiciste en tu vida terrenal para que vayas perdida?. ¿Te la quitaste?.

Clarisa negaba, luego dijo.

-Fue un accidente, todo ocurrió contra mi voluntad.

-¡Lo siento mucho!-dijo la anciana- ¿Por dónde has vagado?.

-Por infinidad de sitios perdidos. Tengo que llegar al gran templo sagrado.

-El gran templo sagrado está en todos sitios, lo puedes encontrar en todos los lugares, cada espíritu tiene un sitio para encontrarlo.

-No me estoy refiriendo a ese templo es, al divino con bóvedas doradas y plateadas y con aromas a inciensos perfumados. Allí reciben con luz divina a los espíritus que ya cansados de buscar, lo han encontrado y, son recompensados por la perseverancia.

-Sí eres un espíritu perdido ¿Cómo sabes todo eso?.

-Cuatro santos pero, que ellos no quieren que se les llamen a sí, me lo dijeron.

La anciana asintió. Luego le preguntó.

-¿Tienes un nombre en éste mundo de los desencarnados.

-Aquí me llamo Engracia pero, mi nombre en el mundo terrenal era Clarisa.

La anciana se rió haciéndole gracia, y le preguntó.

-¿Quién te puso el nombre de Engracia?.

-Me raptaron y me hicieron prisionera, la guardiana

que cuidaba de mí, me lo puso para ser reconocida por los jefes superiores que venían a interrogarme el motivo de mi des encarnación.

-Nosotros no hemos pasado por todo ese calvario, también nos raptaron pero de otra manera. Era para que demos testimonio de éste mundo del más allá cuando reencarnemos en el mundo terrenal.

-¿Qué os hicieron?-preguntó Clarisa.

-Fuimos absorbidos sin saber cómo y, de pronto vimos que estábamos tendidos en camillas. Sé que nos tocaban en el cerebro con un aparato que no sé el nombre. No sentimos ningún dolor, al contrario, era una sensación de bienestar y tranquilidad. Igual que nos absorbieron nos dejaron libres.

-Por último, quiero hacer una pregunta. Tengo que seguir el sonido de la campana ¿saben lo que significa?.

-¿Quién te ha hablado de ese bendito sonido? ¡Pocas almas conocer el sonido celestial y armonioso de ese instrumento en el más allá!.

-Exactamente fue Juana, una santa pero que ella no quiere que se le otorgue tal título, porque dice que santo sólo es dios.

-¡Es cierto! Santo y bendito, sólo es dios. ¿Dónde está esa alma de nombre Juana?. Tendrá otro nombre ¿no?.

-Juana de Arco-dijo Clarisa.

-¡Hija! ¿te estás refiriendo a santa Juana de Arco?.

-Sí, pero ella no quiere que la llamen santa, sólo Juana.

-¿A dónde la has conocido?.

-En el Mont Sant Michel.

-Es la primera vez que oigo ese nombre ¿dónde está?.

-En Francia-contestó Clarisa-En un monte muy alto que el arcángel Miguel construyó con la ayuda de otros ángeles, junto al mar.

-¿Por qué no quiere Juana que la llamen santa?-preguntó la anciana.

-Dice que fue una pecadora, que pecó mucho de orgullo, también de vanidad y desobediencia a sus superiores y al mismo rey de Francia, y, porque luchó con la espada para matar a otros soldados. Es por esa razón que no quiere que la consideren santa, a pesar de ser una maestra universal que trabaja con mentes de personas especiales para que den testimonio de la verdad del universo.

-Por lo que me dices, si es santa-dijo la anciana.

-También yo lo creo, pero ella no quiere que se utilice ese término cómo santa, dice que santo sólo es dios.

-¡Es santa y muy santa!-dijo la anciana-Si no lo fuera, ella misma se pondría ese título pero, ya ve cómo no lo hace, no tiene vanidad ni orgullo, como son los santos.

-Tengo que seguir mi camino-dijo Clarisa-Es el sonido de la campana que me llevará hasta el santo templo.

-¡Hija, ese sonido son melodías creadas por ángeles celestiales. Cada sonido es una nota musical, quién tiene el privilegio de oírlas, puede llamarse hijo de la creación.

-¿Ustedes oyeron ese sonido?.

-Sí, mi esposo y, yo. Lo seguimos y nos condujo al santo gran templo sagrado. Cada espíritu tiene que encontrarlo por sí sólo y porque se lo merece.

Clarisa comprendió que a ella todavía le faltaba llegar hasta encontrarlo y tenía que seguir buscando.

-Tengo que marcharme, necesito hacer asuntos que todavía no he arreglado en el mundo terrenal.

-¡Hija, te deseo suerte!-dijo la anciana-Ten cuidado con los espíritus que te vayas encontrando.

-Sí, lo tendré en cuenta. ¡Hasta pronto quizá!.

CAPITULO -18 –

Clarisa había llegado a una gran explanada. En medio de esa llanura solitaria, un niño de aproximadamente ocho años lloraba a gritos llamando a su madre entre llanto y suspiro. Clarisa se fijó en el espíritu infantil de la criatura. En ese instante recordó con nostalgia a su hija. Ahora no sabía la edad que podría tener, había pasado mucho tiempo desde la última vez que la vio. El niño miraba con cara de llanto cómo se iba aproximando Clarisa, y cuando estuvo a su lado le preguntó.

-¿Por qué estás llorando?.

El niño no paraba de llorar con una pena muy grande que tenía.

-Deja de llorar niño precioso y dime qué te pasa- preguntó de nuevo Clarisa.

El niño más tranquilo pero dando suspiros, dijo.

-¡No encuentro a mi madre, quiero que venga!.

-¿Qué te ha ocurrido?.

-No lo sé. Me disponía para irme al colegio y sentí que la tierra se movía a mis pies. La casa se derrumbo encima de mí, después de esto no recuerdo nada más.

-¿Sabes dónde está tu madre?.

-Estaba trabajando cuando sucedió esto. Me había dejado encima de la mesa un tazón con leche caliente y pan, para que desayunara. No sé cómo ha podido suceder qué de pronto me he visto en esta explanada solitaria. ¿Se habrá olvidado mi madre de mí?.

-¡No digas eso!.Tú madre tiene que estar sufriendo mucho pensando en ti.

-¡Quiero estar con ella!-dijo el niño llorando.

-Cuando ella desencarne estaréis los dos juntos.

-No entiendo lo que quieres decir con eso, tus palabras no las comprendo-dijo el niño.

-¿Recuerdas cuando estabas en tu casa tomándote el tazón de leche?

-Sí, respondió el niño con gesto de sorpresa.

-En ese momento estabas viviendo en el mundo terrenal y, ahora vives en el mundo de los desencarnados.

-¡Soy un niño y no sé qué quieres decir!.

-¿Dónde está tu padre?-le preguntó Clarisa.

-Murió cuando yo tenía dos años, no recuerdo nada de él, sólo lo que mi madre me ha contado.

Clarisa tenía que decírselo pero, de manera que no provocara en el niño un efecto grande y empezó a decirle.

-¿Cómo te llamas?.

-Serafín.

-Pues ahora Serafín, ya no vives con tu madre en aquél mundo. Has muerto igual que tu padre lo está.

-No es verdad-dijo el niño llorando-Da me tu mano para que yo la sienta.

-La puedes tocar pero no sentir.

Clarisa extendió sus manos para que el niño las cogiera. Él, hizo el gesto de querer tocarlas y vio que no podía.

-¿Cómo te llamas?-preguntó el niño.

-Mi nombre es Clarisa.

-¿De dónde eres?-la interrogó.

Ella sonrió aceptando la interrogación.

-Nací en Paris-respondió con risa siguiéndole el juego.

-¿Tu también estás muerta?.

Clarisa quiso arreglar el mal entendido y dijo.

-Ni tú, ni yo estamos muertos, vivimos en el mundo de los desencarnados y, para que veas que es verdad lo que

te digo, tú naciste en un país y yo en otro y, ahora estamos hablando el mismo idioma.

-Soy un niño, y me estás engañando-dijo seguro.

-No, y tampoco eres ahora un niño.

-¿Qué soy?.

-Un espíritu desencarnado. Estamos en el más allá, aquí se habla un solo idioma que todos los des encarnados conocemos, no hablamos con la boca si no con la mente que es el alma.

-¡Yo estoy oyendo tus palabras!-dijo el niño.

-Yo también las tuyas. Son nuestras almas que se están comunicando con el pensamiento y, lo que pensamos, se hace eco.

Clarisa tenía que marcharse, pero no podía dejar a ese espíritu infantil solo y errante sin conocer nada y, expuesto a que otros espíritus se apoderaran de él, decidió que se fueran juntos.

Serafín iba contento y en volandas junto a Clarisa. La pena le había desaparecido, ya no nombraba a su madre, ahora era ella la que ocupaba su lugar. No le preocupaba dónde iban, se sentía feliz junto a Clarisa pero aún con eso, le preguntó.

-¿Dónde vamos?.

-Al Mont Sant Michel.

-¿Es por éste camino que hemos cogido?.

-No estoy segura, pero nos llevará a algún lugar.

Serafín sintió curiosidad por preguntarle.

-Clarisa, ¿tienes miedo de algo que pueda pasarnos?.

Ella lo miró con ternura como si se tratara de su hija.

-Tengo mucho miedo, pero hay que afrontarlo.

-Yo no tengo estando a tu lado.

Clarisa y Serafín volaban contentos y felices. Él, la observaba sonriente y agradecido por dejarlo ir con ella.

-¿Qué ocurre en tu dulce rostro infantil para que me mires de ese modo?-preguntó ella.

Serafín reía igual que un niño lo hace cuando está alegre y contento, y respondió.

-¡Me gusta mirarte, eres guapa!.

Clarisa levantó la mirada y gritó diciendo llena de alegría.

-¡Ya hemos llegado al Mont Sant Michel!.

-¿Te estás refiriendo a esa gran cúpula de iglesia que se ve lejos?.

-¡Sí, pronto llegamos, en tres minutos-dijo Clarisa.

-¿Nos vamos a quedar ahí para siempre?-preguntó Serafín.

-¡Yo sí-dijo Clarisa-Éste es mi lugar elegido. Cuando tú hayas aprendido todo lo que tienes que saber, puedes elegir quedarte o marcharte a otros lugares, cada espíritu es diferente a otro.

-Quiero quedarme a tu lado para siempre-dijo Serafín.

-Eso que dices puede suceder por un tiempo, pero no para siempre, has olvidado que tenemos que volver de nuevo al mundo terrenal?. Nacer en el vientre de una mujer, crecer, para más tarde hacer una familia cómo antes la teníamos.

-Eso para ti es fácil pero no para mí que hace poco he desencarnado y, no entiendo nada de éste mundo. Necesito seguir a tu lado.

-Estarás el tiempo que quieras hasta que te canses y te vayas. Yo tengo que encontrar el gran templo sagrado.

-Por lo que voy aprendiendo de ti, también yo tengo que encontrarlo-dijo Serafín muy convencido.

-Es cierto, pero antes te tienen que someter a unas pruebas como a todos los que hemos dejado el mundo terrenal por accidente o suicidio.

-¡Lo tuyo y lo mío fue accidente! ¿no es cierto?.

-Sí, lo fue, pero ellos quieren oírlo decir de tu boca, para que puedas volar libremente por dónde quieras.

CAPITULO -19 -

Clarisa y Serafín se habían quedado suspendidos por encima del Mont Sant Michel. Al fin había llegado a lograr lo que tanto tiempo estuvo buscando. El rostro de ella se iluminó de alegría.

Se habían quedado sentados en un cerrillo, dónde en otros tiempos Clarisa se sentaba a esperar.

-¿Sigues pensando en tu hija?-preguntó Serafín.

-Sí, mucho.

-Dijiste que irías a verla por última vez.

-Tengo que ir, y cumplir con mi promesa para que mi alma quede en paz.

La noche había llegado y se quedaron allí hasta que amaneciera.

En el silencio de la noche, se oyó el galopar de un caballo que se acercaba. Por el brío que llevaba, se movían las hojas de los árboles y algunas caían al suelo.

-¿Qué está sucediendo?-preguntó Serafín asustado.

-Es Juana que se está acercando-respondió Clarisa contenta al tiempo que se ponía en pie para recibirla.

-¿Quién es Juana?-preguntó Serafín.

-Un ángel que siempre va cabalgando. No te asuste cuando llegue aquí.

-¿Produce miedo?.

-La primera vez puede que sí pero, cuando se le conoce es, imposible tenerle miedo por la bondad tan grande que tiene y que regala a los demás espíritus que la conocen. Es única, también su caballo blanco.

-¡Ya está aquí!-dijo Serafín ansioso por conocerla.

El caballo blanco, digno y elegante cómo un dios, se paró delante de Clarisa y de Serafín. Juana los miraba desde su montura, mantenía una sonrisa por volver a encontrarse con Clarisa. Echó la mirada hacía Serafín que la observaba con la boca abierta. Juana dio un salto y bajó del caballo. Saludó a Clarisa diciéndole.

-¡Me alegro que hayas salido triunfante de todas las pruebas! ¿cómo te encuentras ahora?.

-Mucho mejor, gracias.

Juana desvió la mirada hacía Serafín y pregunto.

-¿Quién es ésta pequeña alma que te a compañía?.

Serafín se puso de pie y se presentó él, diciendo.

-En el mundo terrenal me llamo Serafín.

-¡Muchacho, me gusta cómo eres!-dijo Juana. Se dirigió a Clarisa y le pregunto.

-¿Has podido realizar todo lo que querías?.

-Casi todo, pero aún me queda por hacer. Necesito saber, como está mi hija, sé que es un pensamiento fijo que tengo es, por esa razón que es necesario que lo termine.

-Sí no te despegas totalmente del mundo terrenal, va a ser difícil que encuentres lo que vas buscando. Aquel es un mundo y éste otro, en los dos no puedes estar, la ley universal lo prohíbe y dice, ¡vive, y deja vivir!.

-¡Sólo esto por favor!-dijo Clarisa con las manos juntas cómo pidiendo perdón.

-¡Por parte mía tienes el consentimiento, pero sólo esto!.

-¡Gracias Juana por tanta bondad!. Te prometo, que es lo último que voy hacer en el mundo terrenal.

-¡Estoy segura que lo vas a cumplir!. Ahora llevas a tu cargo un espíritu sin experiencia, tienes que enseñarlo. ¡Y recuerda! tienes que encontrar el gran templo sagrado, de lo contrario, tu alma vagará por dónde vaya.

Serafín se puso a temblar al oír decir esto. Había algo que guardaba y que no lo había dicho, era qué llevaba años desencarnado en la explanada donde Clarisa lo encontró llamando a su madre. Temblaba también de ver el espíritu de Juana brillando e iluminando todos aquellos alrededores en esa noche oscura. Lo que Serafín pensaba era como estar hablando. Juana lo miró y le preguntó.

-¿Recuerdas el tiempo que estás desencarnado?.

-Años, pero no sé cuántos son. He reaccionado de esta manera por miedo, pido perdón.

-Cuando te recate la nave de la verdad, di cómo fue tu des encarnación, aunque ellos lo saben, necesitan oírlo decir de ti. Porque la mentira es la peor rastrera que un espíritu puede llevar tanto en el mundo terrenal como en este, no se puede admitir.

Serafín afirmaba convencido y seguro que diría la

Vedad aunque pasara miedo. En Juana vio un alma excepcionalmente brillante, quería preguntarle.

-Es la primera vez que veo un alma tan bella y verdadera como la tuya, ¿Cómo lo has conseguido?.

-¿Quieres saberlo?-respondió con una sonrisa.

-¡Sí por favor!-dijo cómo un ruego.

Juana sacó su espada de la funda, y la dejó con cuidado sobre el lomo de su caballo blanco, y, dijo.

-¡vamos a sentarnos!-seguidamente dijo-La espada la conseguí siendo yo guerrera en el mundo terrenal.

-¿Fuiste guerrera? ¿luchaste con hombres?.

Juana sonrió ante esta pregunta inocente, y dijo.

-Yo iba al comando de un gran regimiento.

-¿Eras tú la jefa?-preguntó Serafín con la misma inocencia que antes.

-Sí, pero yo también tenía un jefe a quien yo escuchaba y me decía lo que tenía que hacer y cómo tenía que mandar a mi regimiento.

-¿Qué edad tenías?-preguntó Serafín muy interesado en el relato.

-Muy joven, quizá diecisiete años Pero, cuando llegamos aquí, encontramos la respuesta del por qué de todo.

Serafín se quedó con la duda y dijo.

-Todavía no sé por qué estoy aquí viviendo una aventura contigo y con Clarisa, gracias a ella, me sacó de la explanada dónde vivía hacía años. Después no sé qué va a pasar con mi alma solitaria.

-De esa manera estamos todas las almas al principio, tanto en el mundo terrenal cómo en este. Todo se vasa en la búsqueda del espíritu con el alma, desde que el universo creó los mundos.

Serafín tenía más preguntas para hacerle a Juana.

-¿Por qué llevas la armadura de guerrera?.

-Es mi herencia cósmica, también mi caballo blanco y, por supuesto, mi espada. Me lo otorgó el universo.

Clarisa hacía rato que escuchaba sin hacer preguntas, y dijo.

-¿Has visto a dios?.

-No. Dios es una esencia de mezcla con muchos colores, infinidad de colores brillantes, eléctricos, es el rayo que se comunica con todo el universo. Nadie puede acceder a él.

Estaba amaneciendo, el sol salía por el horizonte del mar. Juana y los demás habían pasado toda la noche juntos. Clarisa iba a dedicar ese día para buscar a su hija y verla por última vez, ese deseo tenía que cumplirlo para la elevación de su alma.

-¡Te deseo suerte!-le deseó Juana.

Los tres se pusieron de pie. Juana subió en su caballo blanco, le sonrió a Serafín, lo saludó con la mano diciéndole adiós. Luego miró a Clarisa, y le dijo.

-¡Hasta pronto!.

-¡Eso espero!.

Juana se fue a galope como si de un rayo se tratara.

CAPITULO -20 –

Era el momento que Clarisa y Serafín marcharan a Paris.

Ella estaba ansiosa por encontrar a su hija, recordaba el domicilio que siempre habían tenido, si es que, seguían en el mismo.

Al pasar los años, Mario y Marta se fueron a vivir a una casa con jardín y algunos árboles frutales. Era a las afueras de la ciudad. Mario se había vuelto a casar, tenía dos hijos

Varones, uno de catorce años y otro de doce.

Clarisa y Serafín habían llegado al antiguo piso que habían tenido en Paris. Se quedaron suspendidos en el balcón. La sorpresa de Clarisa fue enorme al descubrir que en el interior del piso vivían una pareja de ancianos. No le dio importancia puesto que se lo esperaba pero, su olfato de espíritu desencarnado la llevaría hasta la vivienda actual que ellos ocuparan.

-¡Nos vamos de aquí!-dijo Clarisa.

-¿No es éste el apartamento dónde vive tu hija?-
preguntó Serafín.

-¡Ya no!. Pero la encontraré.

-¿´Como sabrás que se trata de tu hija?.

-¡Por el olfato!.

-Tenía yo un perro en el mundo terrenal que buscaba lo se proponía con el olfato.

-Los desencarnados tenemos abierto el septo sentido igual que los animales, es por esa razón que ellos nos pueden ver.

-¿Cómo lo sabes?.

-Conocí en el mundo terrenal a una persona muy

Especial que sabía mucho sobre animales, ella me lo dijo y, también que un animal cuando desencarna, va derecho al reino que le pertenece, en el camino, no tiene pruebas de otros animales superiores, puesto que ellos son todo inocencia, no conocen el pecado.

Clarisa hizo un alto para olfatear y dijo.

-¡Ya estamos llegando, el aroma de mi hija lo tengo frente a mí!.

-¿Qué aroma tiene?-preguntó Serafín por curiosidad.

-Huele a la flor de azahar.

-¿Qué flor es?.

-La de naranjo.

-¡Sí, estoy sintiendo el aroma!.

Se pararon en una casa de dos pisos. Las ventanas del primero como los balcones del segundo estaban abiertas.

Había mucha gente en la puerta vestidos para una fiesta, también una fila de coches adornados con lazos blancos y, uno en particular decorado con rosas, orquídeas, jazmines y otras flores blancas.

Clarisa y Serafín se posaron en uno de los balcones del segundo piso, para ella no era una sorpresa lo que estaba

Viendo. Dos mujeres vestían a Marta con un vestido de novia, se casaba ese día. Estaba segura que se trataba de su hija, el parecido con ella era grade cómo dos gotas de agua. Sobre la cómoda reposaba el ramo de novia. Clarisa recordó el día que se casó con Mario, fue un día especial y maravilloso para los dos, sobre todo por el amor que sentía el uno hacía el otro. Lloraba sin que se diera cuenta que por sus mejillas caían lagrimas. Era extraordinario poder asistir a la boda de su hija. Había estado perdida en el más allá muchos años.

Serafín también estaba emocionado. Miró a Clarisa con un sentimiento de amor muy profundo, le dijo.

-¡Has tenido suerte de venir un día cómo éste!.

-No digas nada, mi hija capta lo que pensamos y, sabe que yo estoy aquí. Éste día tiene que disfrutarlo.

Marta sintió un ligero mareo. Su tía y una de sus primas que eran las que la estaban vistiendo, advirtieron el color blanco de cara que se le había puesto, le preguntó su tía.

-¿Qué te ocurre?.

-Estoy bien, he notado que me mareaba.

-Pronto acabamos. ¡Recuerda, que en una hora te casas!.

-No os preocupéis.

La prima fue a decirle a Mario que Marta se encontraba algo mal. Rápidamente subió al piso de arriba y entró en el dormitorio. Iba vestido con chaqué negro, los años habían pasado por él. Las canas lo hacía un hombre atractivo pero, menos que cuando era más joven. Se acercó a su hija y le preguntó.

-¿Cómo te encuentras?.

-¡Estoy bien papá!.

Marta no iba a decirle que su pensamiento ese día lo tenía puesto en su madre. Hacía muchos años y para el bien de ella, había decidido no hablar de Clarisa para que la niña no sufriera siempre que la llamaba llorando. Recordaba ese día del lance fatal aunque Marta no se lo dijera. Mario se percató de lo que había pero, tampoco le iba a mencionar nada. Era un caso que tenía totalmente cerrado para no hablarlo con su hija. Sufrieron mucho los dos al encontrarse solos sin Clarisa. La vida para ellos fue un empezar de nuevo.

-¡Necesito estar sola unos minutos!-dijo Marta.

-¡Hija, la boda se celebre en una hora!-dijo Mario.

-¡Lo sé papá!. ¡Sólo pido unos minutos!.

Cuando Marta se quedó sola, miró por toda la

Habitación buscando a su madre, sabía que estaba ese día con ella, no podía fallarle. Clarisa rebosaba de alegría, no era en vano todo el trayecto que hizo de no sabía dónde, hasta Paris y en tantos años cómo habían pasado.

Clarisa se acercó a su hija, con las manos abierta quería acariciarle el rostro.

-¡Mamá, se que estás cerca de mí!-dijo Marta-Hoy me hubiese gustado que fueras tú quien me hubieras vestido de novia.

-En un día tan especial cómo hoy, deseo que seas muy feliz al lado de tu padre.

-Mamá, hace veinte años que te fuiste, en todo ese tiempo, no he parado de pensar en ti.

-Yo tampoco hija, he vagado sin saber donde iba con él sólo deseo de volver a verte. ¡Eres mi propio retrato!. Estoy muy orgullosa de ti.

En esos instante llamaron a la puerta del dormitorio, la voz de Mario se oyó que decía.

-Marta, vamos a entrar, no puedes estar por más tiempo con la puerta cerrada, tenemos que irnos.

-¡Gracias madre, por éste regalo que me has hecho!-dijo Marta despidiéndose.

Clarisa y Serafín salieron del dormitorio, ella sabía que no debía seguir allí, Marta lo sabría y no estaría tranquila.

-¿A dónde vamos ahora?-preguntó Serafín.

Clarisa acarició la cabeza del niño, sentía mucha alegría, rebosaba de amor por el día tan hermoso que había vivido cerca de su hija.

-¿Eres feliz?-le preguntó Serafín aunque sabía que sí.

-¡Mucho!.

-¡Antes te he preguntado que a dónde vamos!.

-¡Es cierto mi pequeño, estoy muy emocionada, perdóname!. Ahora es el momento de ir en busca del gran templo sagrado, vamos a volar cogidos de la mano.

Mientras iban volando, Clarisa confesó a Serafín.

-Mi deseo es reencarnarme pronto y volver al mundo terrenal, lo echo mucho de menos.

-¿Has elegido el lugar dónde quieres nacer?.

-Sí, en Paris-respondió Clarisa muy segura.

-¿También en la familia que quieres nacer?.

-Sí.

Serafín sonrió, la miraba, y le preguntó.

-¿Tú deseo es que tu hija Marta sea ahora tu madre?.

-¿Cómo lo sabes?.

-¡Es que estoy aprendiendo!-dijo Serafín sonriendo.

-Eres un alma pura y bella, es por eso que todo lo entiendes.

CAPITULO -21 –

Clarisa y Serafín habían llegado al Mont Sant Michel. En el mar había una barca y dentro iba Damián. Hacía mucho tiempo que no se veían, él, la llamó.

-¡Clarisa, te invito a que demos un paseo en mi barca!.

-¡Enseguida estoy ahí!-respondió ella.

-¿Quién es?-preguntó Serafín.

-Un alma santa que conocí hace muchos años.

-¿Es el hombre que va en la barca?.

-Sí, estará contento en conocerte.

Clarisa y Serafín levantaron el vuelo y pronto se posaron en la barca.

La alegría de Damián fue grande al ver que un espíritu de niño acompañaba a Clarisa. Él, guardaba de ella un

grato recuerdo. Ahora parecía una madre que llevaba a su hijo cogido de la mano.

Damián se puso a un lado de la barca para dejar sitio a los recién llegados. Miró al niño lo sonriente y agradable que era, lo estaba saludando sólo con su sonrisa infantil.

-Se llama Serafín en el mundo terrenal-dijo Clarisa.

Damián acarició la cabeza del niño, en ese contacto que tubo de un instante, dijo Damián a Serafín.

-No es necesario que mantengas el miedo, todos lo tenemos desde un principio. Cuando nacemos tenemos miedo a salir del vientre de nuestra madre y ver la realidad que nos espera fuera, también lo tenemos en todas las pruebas que el mundo terrenal nos tiene preparadas y, también tenemos miedo a desencarnar. No hace falta que guardes en tu mente ninguna clase de temor a nada, porque desde el principio hasta el final, todo se desvanece.

Serafín también esta vez se quedó con la boca abierta escuchando las palabras sabias de un espíritu de luz.

Damián se dirigió a Clarisa diciéndole.

-¿Cómo te ha ido durante todo éste tiempo que no nos hemos visto?.

-No muy bien, he estado vagando y perdida, he encontrado espíritus errantes sin que tuvieran deseos de buscar la luz. Me raptó la nave de la verdad y me tuvo prisionera, tenía miedo de ellos, me escondía para que no me cogieran, eso fue en contra mía, y, se alargó más el proceso. ¡Pero hoy ha sido un día feliz para mí, por fin he visto y he hablado con mi hija!

-¡Me alegro mucho por esto último!. Sabía que tus deseos eran esos. ¿Es médium tu hija?.

-Tiene facilidad para entrar en la mente de los espíritus y saber lo que pensamos-dijo Clarisa con orgullo.

Damián la miraba con verdadera ternura. La primera vez que la vio, se quedó prendado de ella, sentía por esa alma mucha compasión y un verdadero sentimiento de amor espiritual. Él, le hizo una pregunta, sentía la necesidad de ayudarla en todo, y le dijo.

-¿Sigues creyendo que Marta es tu hija?.

-Para mí siempre lo será.

-No es de la manera que tú piensas-dijo Damián.

-Recuerdo con exactitud el día que ella vino al mundo terrenal, fue mi mejor regalo.

-Fue ella quien quiso formarse en tu vientre y, nacer

de ti, te eligió cómo madre. Ahora ya no os une nada, sólo el recuerdo. Cuando tú des encarnaste, el cordón plateado que os unía, se rompió para siempre pero, la genética sigue su curso por haberse alimentado de tú simiente y también de la simiente de su padre, así irá de generación en generación.

Damián advirtió que Clarisa estaba llorando. Se arrepintió de haber sido tan claro y justo con ella. La verdad era la que él, le dijo, habían dos mundos muy diferentes que las separaban, sólo quedaba el recuerdo.

-Sí el cordón plateado que nos unía está roto, ¿Por qué la sigo queriendo y adorando cómo cuando estábamos juntas?.

-Porque lo tuyo era y sigue siendo dominio y obsesión por ser tú quien la habías parido.

-¿Eso no es amor?-preguntó Clarisa secándose las lagrimas.

-Es amor mezclado con egoísmo y posesión. Aún crees que tu hija te pertenece, ¿estoy en lo cierto?.

Clarisa rompió en sollozos. Éste gesto otorgaba que Damián tenía razón. Secó de nuevo las lagrimas, miró a Damián, sonrió y luego le dijo.

-¡Tengo que darte una noticia!. Me estoy apresurando por encontrar el gran templo sagrado, necesito y quiero nacer en el vientre de mí hija.

-Desde el principio qué te conocí, sabía que lo ibas hacer. Me gusta que lo pienses pero tienes que darte prisa a encontrar el gran templo sagrado, tienes que entrar y salir triunfante de las pruebas que te pongan para nacer en el mundo terrenal.

-¿Cuánto tiempo puedo estar dentro con las pruebas?.

Damián se encogió de hombros, y luego dijo.

-Todo depende de ti y de cómo aprendas y, también cómo asumas tus errores vividos en el mundo terrenal, no todas las almas aceptan que han cometido tal, o tal error. Cuanto más vueltas le des a los errores cometidos, más tiempo pasarás en el gran templo sagrado que, puede llevarse muchos años, incluso hay almas que están dentro, miles de años.

Clarisa había aprendido la lección, y dijo.

-Gracias Damián por todo lo que me has enseñado, lo tendré en cuenta y, estoy segura que no voy a fallar en nada.

-¡Recuerda, que el orgullo no es un buen compañero!.

Serafín seguía atento a los consejos de Damián, también le iban a servir a él, aunque tenía miedo de perder a Clarisa, ella era su liberadora, después no sabía qué pasaría con él, cuando ella se marchara y, dijo.

-¿Qué va a pasar conmigo?.

Damián sonrió, acarició la cabeza del niño, y dijo.

-Eso no debe preocuparte. Los espíritus nos ayudamos entre nosotros, esta es otra prueba que tienes que asumir. Antes te he hablado del miedo, no hay que tenerlo en ningún momento, porque todo tiene solución.

Serafín cambió de tema y preguntó.

-¿Es tuya esta barca?.

-Sí, y también tuya-dijo Damián. ¿Te gusta?.

-¡Mucho!. ¿Puedo quedarme contigo?.

-¿No quieres seguir con Clarisa?.

-No quiero volver a reencarnarme, me gusta éste lugar y, también el mar. Siempre pensaba en el mundo terrenal que, quería ser marinero cuando fuera mayor.

-Sí decides quedarte conmigo, marinero no vas a ser pero, si te prometo que daremos largos paseos en la barca. ¿Acepta quedarte?.

-Sí. Éste mundo es el que me gusta y, estar a tu lado también. Sabes apreciar la compañía de un niño.

Clarisa estaba contenta que Serafín se quedara con Damián, de esa manera no estarían solos, y dijo.

-Es buena la decisión que ha tomado. Yo empezaba a preocuparme por él.

Serafín estaba entusiasmado por quedarse con Damián, le preguntó.

-¿Estaremos siempre en el mar?.

-La mayoría de tiempo sí, la otra parte la paso en mi cueva instruyendo a mentes del mundo terrenal para la espiritualidad universal.

Clarisa se preparó para marcharse. La nostalgia que sentía en dejar para siempre a Damián, era grande, la admiración también, sé sentía dichosa al haberlo conocido.

Por Serafín sentía amor maternal, su carita de ángel la hacía sentirse bien a su lado. Lo acarició antes de irse y le dijo con voz tierna que guardaba en su pensamiento.

-Te quedas al cuidado de unas manos santas, de una

Alma que amó a los niños, vive ésta dicha a su lado y, si quisieras volver al mundo terrenal, antes tienes que encontrar el gran templo sagrado.

Damián asentía mientras la oía darle consejos a Serafín.

-Siempre tienes palabras tiernas, sencillas y amables con todas las almas-dijo Damián-Yo quiero desearte todo lo mejor de un mundo y de otro. Cuando esté en el terrenal, no recordarás que me has conocido pero, yo siempre estaré pensando en ti.

Clarisa tenía lagrimas fáciles, y, no pudo retenerlas, era un adiós definitivo o quizá no. Damián estaría por los tiempos paseando con su barca en el mar, era posible que en muchos años después, volverían a verse.

Serafín se quedó junto a Damián, viendo como Clarisa se ponía de pie para volar. Ella los miró por última vez, y, dirigiéndose a Damián le dijo.

-¡No me olvides!.

-¡Nunca!-contestó él.

CAPITULO -22 -

Era de noche. Clarisa iba por la bahía paseando con

él pensamiento puesto en Bernadett y en Teresa. Tenía que verlas y despedirse de ellas, también aprendió mucho de las dos, todo lo que sabía se lo habían enseñado los cuatro santos del Mont Sant Michel. Juana sabía que pronto se marcharía para reencarnarse, y, de todas maneras, era difícil encontrarla en un lugar fijo, ella se presentaba en cualquier momento con su caballo blanco.

Clarisa volaba por el claustro del Mont Sant Michel. Desde arriba visualizó la silueta inconfundible de Teresa, estaba igual que la primera vez que la vio, leyendo el libro de las leyes universales, era el momento de bajar y hablar con ella, se alegraría de verla. Teresa levantó la mirada esperando que Clarisa se pusiera frente a ella, ya hacía rato sabía que estaba allí, y, cuando se acercó la saludó diciendo.

-¡Me alegro de volver a verte!.

-¡El mismo placer siento yo y alegría en mi ser de poder estar conversando contigo!-respondió Clarisa.

-Me doy cuenta que todavía no has ido en busca del gran templo sagrado.

-Estoy en ello, sólo queda un poco de tiempo para

Seguir ese hermoso camino que lleva a él.

-Veo tristeza en tu ser-dijo Teresa.

-Es cierto, sólo he visto miseria y mucha desolación en los espíritus que he ido encontrando.

-Cuando entres en el gran templo sagrado, todo lo que has visto en todas esas almas, lo olvidarás, se borrará de tu mente, también el encuentro conmigo y con los demás pero, nosotros no te olvidaremos.

-¿Por qué no puedo recordaros cuando esté en el mundo terrenal?.

-Tu mente puede guardar sentimientos de otras vidas pero, a trozos, no un seguimiento paso a paso. Debes recordar que espíritus superiores van a limpiar los recuerdos pasados, y, cuando nazcas en el mundo terrenal, tu mente de bebé será inocente de todo mal y de todo pensamiento que pueda perturbarte.

-Siempre os estaré agradecida por todo lo que me habéis enseñado-dijo Clarisa.

Era el momento que Teresa se tenía que marchar por la hora que era. También hay un horario que los espíritus tienen que respetar.

-Te deseo suerte-dijo Teresa.

-Gracias, la necesito sobre todo viniendo de ti.

Clarisa vio a Teresa como se iba elevando, cada vez se hacía más pequeña hasta quedarse en un punto de luz.

CAPITULO -23 -

El rumor del oleaje relajaba la noche. Clarisa se había sentado sobre la arena, mirando el intenso mar iluminado por la luna llena. En la lejanía buscaba la barca de Damián, él, sólo salía de día, la noche la pasaba en su cueva transmitiendo mensajes de amor universal a mentes preparadas para recibirlos. Esa era la razón por la que Teresa se había ido al lugar dónde vivía.

Clarisa no quería volar de noche, en esa hora salían los espíritus errantes para cometer sus travesuras. Se distraía mirando las olas como iban y venían. Pronto apuntarían los rayos del día y seguiría su caminar.

Clarisa iba entre árboles y matorrales buscando una señal dónde hallar a Bernadett, no se iría si despedirse de ella, también estaba agradecida por lo mucho que le enseñó. No lejos había un gran jardín que daba a una casa, reconoció la vivienda de ella. La entrada

era en forma de arco recubierto de rosas de diferentes colores dando un aroma agradable. Clarisa iba por la larga galería, a la derecha estaba Bernadett sentada en una piedra blanca de mármol, sonrió al verla y se puso de pie para recibirla.

-¡Te doy la bienvenida, sabía que ibas a venir!.

-No se puede esperar menos de ti-dijo Clarisa-¿Sabías que vendría a verte por última vez?.

-¡Claro que sí!. Un alma cómo la tuya siempre agradece el bien que le hacen-dijo Bernadett- ¿Sabes que llevas luz?.

Clarisa quedó sorprendida al oír decir esto con tanta exactitud, no había hecho nada para merecerlo. Hacía veinte años que estaba desencarnada, vivió todo ese tiempo perdida yendo de un lado a otro sin entender qué le sucedía, había sufrido mucho, ¿sería por esa razón que su alma ya rendida de padecer había creado esa luz?.

-¡Soy feliz al saberlo!. ¿De parte de quien viene esa gracia que me han otorgados?-preguntó Clarisa.

-Eres un espíritu inteligente dotado de entendimiento, has sabido recibir de Juana su fuerza, de Damián, la paz que lo acompaña, de Teresa su bondad, de mí la

Paciencia y el deseo de amar. Toda esa luz has sabido absorberla e introducirla en tu alma.

Por las mejillas de Clarisa caían lágrimas de felicidad. Le vino un pensamiento y lo dijo.

-Bernadett, eres tú la primera en decírmelo, me he despedido de todos los demás, y, se lo han reservado, ¿es que ellos no lo han visto?.

-¡Claro que sí!. Quedamos entre nosotros que fuera yo quien te lo dijera.

Clarisa quedó sorprendida ante esta declaración, no podía imaginarse el concilio que entre ellos había.

-¿Os habéis comunicado referente a mi alma?-preguntó muy emocionada.

-Sí, desde la primera vez que te vimos llegar supimos que necesitabas nuestra ayuda espiritual para reencarnarte, puesto que ese es tu gran deseo, vivir en el mundo terrenal junto a tu hija.

Clarisa iba de sorpresa en sorpresa, habían cosas que se le escapaban, y, para estar segura, preguntó.

-La noche que encontré a Teresa leyendo en el claustro ¿no fue casualidad?. ¿Ni a Damián en su barca en el mar

tampoco?. ¿Ni a Juana, ni a ti?.

Bernadett sonreía disfrutando de la inocencia de Clarisa.

-¡No hay casualidades, todo tiene un por qué!. No fuiste tú la primera en vernos, fuimos nosotros que arreglamos el encuentro.

-¿Por qué decidisteis abrirme vuestras puertas?- preguntó Clarisa con la misma emoción de antes.

-¿Crees que hemos sido nosotros?.

-¿Quién si no?.

-La providencia te lo otorgó por ser un alma limpia y por amar cómo amas.

Clarisa cayó a los pies de Bernadett llorando por tan sublime regalo venido de los dioses, y, siguió entendiendo más el por qué de seguir con fuerza después de las luchas que tuvo en el más allá con espíritus errantes que buscaban su alma para destruirla o para quedársela ellos.

Clarisa antes de emprender su camino tenía más preguntas que hacerle a Bernadett sobre lo divino.

-Cuándo dices providencia, ¿a quién te está refiriendo?.

Bernadett sonrió y respondió con amabilidad.

-Me refiero a la gran energía divina que va trabajando

Sin que ningún alma se dé cuenta que camina de tras de ella, cuidando que ningún percance le haga daño.

-¿Te estás refiriendo a una divinidad invisible?.

-Todas las divinidades lo son.

-¿Hay muchas?-preguntó Clarisa.

-Es imposible saberlo. El universo no se sabe dónde empieza ni dónde acaba. Hay mucho creado por las grandes energía universales, y, mucho más por crear.

-¿Todavía queda por crear?-preguntó Clarisa.

-¡Casi todo!. El universo no tiene edad, puede que sea joven o puede que no, pero, aún así, sigue creando.

-¿Qué trabajo hicieron los dioses con las almas humanas?.

-Un alma humana está creada de muchos dioses menores que viven dentro de ella cómo su propia personalidad, pensamientos y acciones distintas, hay muchos dioses en el carácter y comportamiento. Los hay simpáticos, alegres y siempre de buen humor viviendo en alma humanas. Otros dioses menores son tristes, aburridos, pesimistas, también viven en otras almas que tienen estas características. No es culpa del alma humana que sea de esa manera, si no de los dioses que viven

dentro de ella. Cada alma sea humana, animal o vegetal, están hechas de diferentes dioses.

Clarisa escuchaba con el semblante estremecido. No sabía qué decir, veía todo eso cómo dioses erróneos e infiltrados dentro de los cuerpos de todo ser viviente.

Bernadett sonreía al verla reaccionar de esa manera y, le preguntó.

-¿Estás asustada?.

-Estoy impresionada por todo lo que has relatado. Jamás pude pensar que un alma triste o alegre pudiera estar poseída por dioses diferentes.

Bernadett siguió diciendo para terminal con la creación de los cuerpos.

-En la parte de fecundación masculina y femenina, participaron todos los dioses menores. Cada uno ponía su semilla, esto también incluye el cerebro de cada cuerpo.

Clarisa por el miedo qué sentía preguntó.

-¿Al reencarnarse de nuevo el cuerpo humano lo habitan otros dioses diferentes de los que tenía antes?.

-El alma al ser la misma, en la reencarnación sigue siendo igual, alegre o triste. Ahora ya estás preparada para ir en

busca del gran templo sagrado. ¡No tengas miedo de nada, y afronta lo que te venga con valentía!.

-Estaré eternamente agradecida a todas tus enseñanzas y buenos consejos. Ahora después de veinte años de estar desencarnada, siento amor, mucho amor por este mundo, y, con nostalgia lo voy a dejar.

-¡Te deseo mucha felicidad al llegar al mundo terrenal!- dijo Bernadett para despedirse.

Clarisa le echó un beso con la mano, y, le dijo adiós.

CAPITULO -24 -

La luz del sol brillaba en el bosque habitado de varias especies de animales. Los pájaros volaban en bandadas trinando y bailando en el cielo azul del Mont Sant Michel.

Clarisa los seguía jugueteando con ellos y silbando sus melodías tempranas. Ellos también eran espíritus pero dentro del mundo terrenal.

Ella tenía una misión, la de encontrar el gran templo sagrado, no podía desviarse del camino, el tiempo lo llevaba justo para sus cálculos. Frente a ella había un árbol alto y fuerte repleto de flores grandes de color naranja. Le chocó al verlo, ningún árbol era como ese.

Al llegar se detuvo delante, había una puerta que se comunicaba con el interior, quedó indecisa sin saber qué hacer, si entrar o quedarse dónde estaba, todo eso era desconocido para ella, con el valor de un alma valiente cómo la suya, decidió traspasar el umbral. Dentro estaba oscuro, quiso retroceder pero ya no podía, la puerta se había cerrado, y, una fuerza oculta la empujaba hacía dentro. De súbito se encontró con unas escaleras que subían, las iba subiendo lentamente con miedo a lo que encontrara. En ese instante recordó lo que Bernadett le dijo, qué la providencia iba detrás para sacarla de todos los peligros.

Salió a un camino de hierba, estaba segura que era por ahí dónde tenía que ir. La luz del día brillaba dando esperanza a que todo iba a salir bien. La meta dónde quería ir la llevaba en mente, pedía a la providencia que encontrara pronto lo que buscaba. El silencio se hacía eco, no se oía ni el mínimo movimiento de una hoja de árbol de tantos cómo habían a lo largo del ancho camino de hierba. Al llegar al final se encontró con una puerta blanca de mármol que daba entrada a muchos pasillos, unos iban rectos, otros de lado, se dio cuenta que se trataba de un laberinto. Esta vez también sintió que estaba perdida. Tan fácil cómo se lo habían puesto todo para encontrar el

gran templo sagrado, ahora todo volvía a empezar. Las fuerzas las iba perdiendo del agotamiento que iba arrastrando por dónde pasaba. Hizo un alto para descansar y meditar por qué camino del laberinto tenía que seguir. Miró hacía arriba pidiendo clemencia al cielo y pensó- ¿Tantos esfuerzos para que luego no sirvan para nada?. De pronto le vino una idea era, correr incluso volar por todas aquellas calles sin salida a ninguna parte y lo hizo. Salía de una calle y se metía en otra, volvía a entrar y, a salir, entró en una que era la más larga que había encontrado hasta el momento, volaba con gana de saber lo que le aguardaba al final. De pronto llegó a un bosque, miró hacia atrás, comprobó que el laberinto se había quedaba lejos, sonrió de alegría, levantó las manos al cielo dando las gracias. El bosque era rocoso y con grandes árboles en medio de las zanjas para separar una roca de la otra. Se paró delante de una gran roca de piedra color caña, estaba resguardada por las ramas de los árboles que habían a los dos laterales, sin que ella lo esperara, oyó el sonido de una campana. Recordó lo que Juana le dijo, que siguiera el sonido de la campana. Su alegría aumentó, ahora estaba segura que pronto vería el lugar indicado que con tantas ansias iba buscando. Aquel lugar le parecía el paraíso, delante de ella pasaba una fila de pavos reales de maravillosos colores. Mariposas de

una gran belleza, aves de diferentes especies volaban a su alrededor. El sonido de la campana estaba cada vez más cerca de ella. Lo iba siguiendo, se sorprendió al comprobar que venía del interior de la gran roca recubierta de árboles, se acercó y entre las ramas pudo ver que delante había una puerta y un pasadizo. Estaba en la incógnita de no saber si ese lugar se trataba del gran templo sagrado. Clarisa esperaba que fuera un monumento más grande que una catedral pero, por lo que parecía no era así y, ahora estaba segura que se trataba del gran templo sagrado, el sonido de la campana salía del interior, cada vez se oía más fuerte, le daba la impresión que ese repicar la estaba llamando, invitándola para que entrara. Aunque la puerta de la roca estaba abierta tenía que llamar, no se atrevía pasarla sin dar una señal. Todo su ser temblaba, ahora estaba delante de la verdad que la esperaba dentro. Se disponía a llamar y al momento de hacerlo, la puerta se abrió, delante había una mujer que representaba cuarenta años, sonriente, amable y vestida con elegancia. Clarisa creyó por un momento que estaba en el mundo terrenal cuando iba a casa de una amiga y le abría la puerta con una sonrisa.

-Te estaba esperando-dijo la señora sin dejar de sonreír.

Clarisa estaba muy sorprendida ante tal recibimiento,

no se esperaba que fuera de esa manera. Entró tímidamente cómo el que no quiere hacer ruido. La señora le señaló una galería larga color celeste para que la siguiera. Iba de tras temblando cómo hojas en un árbol en día de tempestad sin saber qué le esperaba. Clarisa no estaba muy convencida de ese recibimiento tan especial que le estaba dando esa señora, con todo lo que había padecido hasta encontrar ese lugar, no lo veía normal y decidió preguntarle.

-¿Es a mí a quien esperaba?.

-¡Sí querida!-dijo muy convencida.

-Mí nombre en el mundo terrenal es Clarisa y en éste, Engracia-dijo para que no hubiera confusiones.

-A mí me sirve el nombre último, Engracia.

Clarisa sonrió tranquila, se trataba de ella.

Iban por la mitad de la galería, la señora se paró, señaló el lado derecho y dijo.

-Éste es tu sitio.

Clarisa no entendía nada de lo que estaba pasando, no era eso lo que ella esperaba encontrarse, y, preguntó.

-¿Estoy en el gran templo sagrado?.

La señora sonrió con amabilidad, como si estuviera acostumbrada a que le hicieran a menudo esa pregunta.

-No es ese lugar, todavía no has llegado. Antes hay que pasar por aquí es, el último reconocimiento que te tienen que hacer y, si todo sale positivo, sigues el camino hasta el gran templo sagrado.

-¿Para qué he venido aquí?-preguntó decepcionada.

-Este es el lugar de los pilares de limpieza, si haces todo lo que dicen los superiores y lo acepta, seguirás el camino, de lo contrario, puedes regresar de dónde vienes, tú eliges, a ninguna alma se le esfuerza a que haga algo que no quiere.

-Quiero seguir-dijo Clarisa-Aré caso a los superiores, necesito reencarnarme. ¿Puedo pedir un deseo?.

-Por supuesto que sí.

-Quiero nacer en la familia que dejé.

-Tú deseo ya está oído.

-¿Cuánto tiempo estaré aquí?-preguntó Clarisa.

-Eso depende de cómo aprendas, es una escuela de limpieza del alma.

Clarisa manifestó su temor y preguntó.

-¿Qué voy a encontrar detrás de esa pared celeste?.

-Tienes que entrar para descubrirlo, cada alma es un efecto diferente, no todas han llevado la misma vida en el mundo terrenal.

Clarisa miró a la señora con una leve sonrisa y dijo.

-¡Pronto volveremos a vernos!.

-Eso espero-respondió la señora con la misma amabilidad.

Clarisa traspasó la pared celeste de la galería. Sentía temor por lo que se pudiera encontrar pero, al mismo tiempo se alzó de valor y se dejó llevar sin saber dónde iba. Tenía que tener confianza en los superiores y en ella misma.

Estaba en un recinto color gris oscuro. Habían asientos en losas del mismo color, cada asiento estaba separado por velos oscuros, ningún alma se podía ver ni reconocer. Sé sentó en una losa que estaba vacía, estaba preparada para ella, sabía que todo lo largo de los asientos estaban ocupados por otras almas que hacía tiempo estaban allí.

La oscuridad y el silencio era lo que hacía presencia en ese lugar de recogimiento, porque eso es lo que era. Sólo hacía un instante que estaba allí, y, se quedó dormida.

CAPITULO -25 -

Clarisa estaba soñando, las primeras imágenes que le llegaron fueron dentro del vientre de su madre. Veía cuando era un feto en la placenta. Sonreía oyendo la voz de su madre cuando hablaba con las demás personas. Las voces de los demás, le estorbaban y hacía gestos de no estar a gusto. Sentía grandes deseos de salir fuera y de expresar sus sentimientos con risas o con llantos, también poder conocer a sus padres, conocía la voz de los dos y de un hermano tres años mayor que ella.

El día de su nacimiento fue espectacular, sonría alegremente viendo cómo salía por la vagina de su madre. No fue un parto dificultoso, todo fue rápido. Sus padres estaban contentos en recibirla, ella se daba cuenta de todo lo que pasaba a su alrededor.

Estaba viendo como crecía con mucho amor familiar y sin carencias de nada a pesar de ser su padre un carpintero de categoría. Estaba viendo su paso por el colegio y más tarde en la universidad. Sonría feliz el día que conoció a Mario, y, cuando se casaron. Se entristeció con el nacimiento de su hija Marta. ¿Cuánto hubiera dado por tenerla en esos momentos en sus brazos?. El sueño seguía viendo a su hija crecer. Un temblor se apoderó de ella, sabía lo que venía después, se negaba a verlo.

Luchaba para despertarse, quería levantarse para irse pero, las fuerzas no la dejaban que hiciera el intento. Movía la cabeza de un lado a otro negándose a seguir. No estaba preparada para presenciar lo ocurrido en el Mont Sant Michel. Quería gritar pero no podía, era una voz sin voz. Lloraba desconsoladamente pidiendo perdón y compasión por su pobre alma afligida.

Una voz potente y masculina, le dijo.

-¡Sigue mirando y no pares!.

Miraba con mucho sufrimiento y dolor, la llegada al hotel del Mont Sant Michel. Las lagrimas inundaban su rostro cansado y débil, puesto que minutos después ocurriría la desgracia.

-¿Quieres reencarnarte?-preguntó la voz de antes.

-¡Ese es mi gran deseo!-respondió entre lagrimas.

-Fuiste valiente al tirarte al agua para salvar a tu hija. ¿Por qué no lo eres ahora?.

Clarisa en esos instantes se sintió culpable y admitió su error, y, pidió llorando.

-¡Perdón, perdón para mi desconsolada alma!.

-Sigue soñando hasta el final, sólo quedan unos instantes

Hasta llegar al final-dijo la voz.

Clarisa se resigno y siguió durmiendo. Sacó valor por el amor que sentía hacía su hija y, por que pronto estuviera junto a ella.

Fueron horribles esos instantes cuando ella se tiró desde la terraza con Rita para salvar a su hija. Lloraba desconsoladamente por todo lo sucedido, por todo el mal que pudo hacerles con su buena intención.

Clarisa iba despertando despacio. Abrió los ojos llenos de lagrimas, todo estaba oscuro, sólo podía ver los velos que había en los laterales tapando a las demás almas que como ella estaban viendo pasar toda su vida en el mundo terrenal, también querían reencarnarse.

Clarisa sintió unas manos que sostenían las suyas suaves cómo una caricia, sabía que no estaba sola. Le estaban dando ánimos por haber sido valiente y llegar hasta el final. Sintió dentro de su ser un amor inmenso que la bañaba y la dejaba tranquila. La ayudaron a ponerse de pie sin ver quien lo hacía. Subía por unas escaleras ayudada por las mismas manos que la sostenía, no veía nada era como si se hubiera quedado ciega.

-Pronto llegamos-dijo una voz femenina animándola.

No tardó en ver la luz. Miró para ver quien la estaba conduciendo, no vio a nadie a su derecha ni a su izquierda. Había llegado a una gran sala parecida a otras que ella había coincidido en el mundo terrenal. Los dos mundos eran muy semejantes en casi todas las cosas. En esa gran sala habían asientos que iban en fila, de piedra fina y color de perla. Estos asientos estaban ocupados por almas en masculino y femenino. Delante de ellos había un maestro y una maestra, y, detrás, una pantalla como tres veces grade de un cine.

La maestra dejó de hablar lo que iba enseñando a los alumnos y alumnas para recibir a la recién llegada, y, dirigiéndose a todos les dijo.

-¡Vamos a darle la bienvenida a ésta alma!

Todos sonrieron en muestra de acogida.

La maestra vestía túnica blanca cubriéndole los pies. Era de aproximadamente sesenta años, cabello blanco bien cuidado y reposando sobre sus hombros. El maestro vestía igual, cabellos también largos y blancos.

Clarisa fue a sentarse dónde la maestra le indicó. En esta escuela, las almas que habían estaban para aprender de sus errores, también para amar sin condiciones y respeto. Al momento qué Clarisa sé sentó, se dio cuenta que su

Vestimenta había cambiado, era igual que las demás almas e idénticas al maestro y maestra, todos vestían iguales. Las enseñanzas también se basaban en el comportamiento y situación que cada alma pudiese encontrar al reencarnarse en el mundo terrenal, las estaban haciendo fuertes. En la pantalla salían unos dibujos, el maestro y la maestra iban diciendo lo que era y el poder de cada dibujo con el color que le pertenecía.

El maestro se dirigió a todas las almas diciéndoles.

-Todo lo que aquí aprendáis os va hacer falta cuando lleguéis al mundo terrenal. Recordar que todo se basa en ética sin excepción, sin este concepto de orden, no seréis aceptados en casi ninguna parte.

Una de las almas quería preguntar algo. El maestro le dio permiso para que hiciera su pregunta.

-En caso que una de las almas que estamos aquí no quisiera aprender, ¿qué sucedería?.

El maestro meneó la cabeza, y, contesto diciendo.

-Esa alma cuando llegue al mundo terrenal, no será bien recibida. Habrá sido concebida por violación, también de no ser deseada por sus padres y no tenerle afecto en su niñez ni adolescencia. Esa alma no tratará bien a los

Más, ni será bien tratada, porque le falta la esencia de la vida en los demás y, en la suya propia.

Otra alma quería hacer otra pregunta. El maestro la miró y le dio paso.

-Yo no sé definir lo que es ética y lo que no es.

-Está bien que pienses de esa manera, la mayoría de las almas, no saben que es pero preguntando aprenden. Hay muchas que tienen más parte de animal que de humano, estas almas se revelan a la hora de aprender comportamientos, modales, y, por supuesto, no saben que es ética. No son aceptadas en la sociedad en la que viven.

Otra alma quería hacer una pregunta. Esta vez fue la maestra que le dio paso.

-¿Es esto religión que nos están enseñando?.

-No es religión, sino una disciplina para que seáis felices y libres en el mundo terrenal. Aquí no se enseña religión, la ética ya lo es. La religión es un dogma todavía por descubrir. Se sabe que la enseñaron los hombres en el mundo terrenal para propio beneficio de ellos, pero el universo no la reconoce como enseñanza venida de sus energías divinas.

Eran mil almas que estaban aprendiendo en la escuela.

Otra alma quería hacer una pregunta pero no se atrevía cómo decirla. La maestra le dio paso para que empezara.

-¿Existe dios?-dijo medio cortada.

El maestro y la maestra se miraron y sonrieron. Esta vez fue el maestro quien respondió diciendo.

-En el mundo terrenal llaman dios al creador y dueño del universo sin saber qué significado tiene. Son las religiones que lo han creado de esa manera para dirigirse al todo poderoso, ellos tampoco saben que es. Si se les habla de una gran energía, lo rechazan, si se les dice que es creador del universo, no lo aceptan. Se plantan en que dios es una persona y que tiene forma humana. Estamos enseñando aquí desde hace siglos, porque nuestras almas nacieron para enseñar, no sabemos qué forma tiene dios, y, tampoco dejaría él, que lo supiéramos.

Otra alma quería hacer una pregunta, la maestra le dio paso para que empezara.

-¿El señor del universo es rico? ¿tiene muchos palacios y castillos?.

-El señor del universo es rico en bondad, en sabiduría, es dueño de la alegría, regala alegría a quien la pierde,

No se queda con nada, lo regala todo porque es rico en todas las concepciones. Regala almas a todos los planetas habitados del universo. Se hizo rico así mismo regalando parte de su conocimiento, de su entendimiento.

Clarisa había estado callada, necesitaba hacer una pregunta que le preocupaba desde que desencarnó. Fue el maestro quien le dio paso.

-Mi pregunta va dirigida al gran templo sagrado. ¿Es cierto que entraremos allí?.

El maestro afirmó al tiempo que sonreía y, preguntó.

-¿Quién te ha puesto al corriente del gran templo sagrado?.

Clarisa quedó callada, no sabía qué responder. El maestro la ayudó a que lo dijera.

-¿Han sido maestros o maestras que te han hablado de ese lugar?. Puedes decirlo, aquí somos todos una gran familia.

Clarisa empezó con timidez, por nada del mundo quisiera enturbiar las palabras y consejos de Juana. Como seguía callada, el maestro la ánimo diciéndole.

-No pasa nada porque digas el nombre del maestro o maestra que te ha mencionado ese lugar sagrado.

-Desencarne en el Mont Sant Michel. Allí conocí a Damián, un alma buena dónde las haya, a Teresa, no se puede decir menos, a Bernadett igual, y, a Juana, ella fue la que me puso al corriente del gran templo sagrado.

-¿Ellos dejaron que los conocieras?-preguntó el maestro-¿Te abrieron sus puertas?.

-Creí que fui yo quien los vio primero. ¡Soy una pobre alma ilusa!.

-No creas eso de ti, no lo eres. Tienes que tener grandes dotes como alma para que ellos que son maestros te dejaran entrar.

-No sabía que los conocieran-dijo Clarisa.

-Todos los maestros y maestras nos conocemos, ellos con muchos más, pidieron quedarse en el mundo terrenal para instruir a mentes dispuestas a recibir enseñanzas universales y distribuir las por el mundo terrenal.

El maestro hizo una pausa para después seguir preguntándole a Clarisa.

-¿Deseas reencarnarte de nuevo?.

-Sí. Afirmó Clarisa.

-¿Eso significa que fuiste feliz en el mundo terrenal?.

-¡Mucho!.

El maestro prosiguió diciendo a Clarisa.

-Para entrar en el gran templo sagrado, tienes que estar limpia de todo mal, haber aprendido de aquí toda ética y normas exigidas. Si eres un alma rebelde no se te permite la entrada.

-¿No podré reencarnar-me si no entro?.

-Si puedes porque ese, es tu deseo pero, la vida que vivas en el mundo terrenal no será buena, estará llena de sufrimientos.

-¡Quiero saber toda clase de ética y entrar en el gran templo sagrado!-dijo Clarisa-Cuando reencarne quiero ser feliz cómo la última vez en los pocos años que viví junto a mi esposo y, a mí hija. Es por ella que estoy haciendo todo éste gran esfuerzo.

-Entiendo-dijo el maestro-¿Quieres reencarnarte en la misma familia que tuviste antes?.

-Sí.-respondió Clarisa con decisión.

-Lo dejamos anotado-dijo el maestro-¿Qué quieres nacer, niño o niña?.

-¡Niña!-dijo con alegría.

-Tú decisión está tomada. En el gran templo sagrado recibirás instrucciones de tu nacimiento en el mundo terrenal.

Otra alma quería hacer una pregunta. La maestra le dio paso para que empezara.

-Deseo introducir dentro de mi ser armonía. ¿Cómo puedo hacerlo?.

-Vas muy a prisa-dijo la maestra-Para eso, también tienes que saber lo que es, desarmonía. Son dos puntos opuestos, uno tiene que entender al otro. Los dos quieren que se les comprenda del porqué uno es armónico y el otro no. Son línea a seguir, una es recta y la otra vertical.

-No es fácil para mí aprenderlo-dijo esa alma con tristeza.

Otra alma quería hacer una pregunta. El maestro le dio paso para que empezara.

-Mi alma no puede conllevar tanta responsabilidad, lo confieso con tristeza.

El maestro y la maestra se miraron bastante afligidos por esa alma que inevitablemente, pedía abandonar la sala. La maestra se dirigió a ella diciéndole.

-Aún es pronto para que pienses de esa manera. Todas las almas podéis conseguirlo poniendo un poco de vuestra parte. ¡Todo sin excepción tanto en éste mundo cómo en el terrenal, se puede conseguir!.

Ésta alma lloraba por la impotencia que sentía al sentirse más débil que las demás, y, dijo.

-Soy un alma rebelde y tozuda, mi gran ego no me deja aprender y doblegarme hacía las demás almas, sean superiores o no.

El maestro y la maestra quedaron desolados ante tal decisión tomada por esa alma frágil y sin voluntad. Al venir una alma superior a llevársela, sintieron mucha compasión. A la maestra le brillaron los ojos por las lagrimas.

Otra alma quería hacer una pregunta. El maestro le dio paso para que la hiciera.

-Lo que voy a preguntar es un suponer. ¿Sí aquí aprendo ética y luego en el mundo terrenal no la aplico porque quiero vivir a mi manera? ¿qué pasará con mi alma?.

-Un alma que haya aprendido aquí ética, nacerá en el mundo terrenal con esa virtud, es imposible que no la ejerza y la aplique también a los demás.

Otra alma quería hacer una pregunta. La maestra le dio paso para que empezara.

-Yo quiero admitir que no estoy preparada para seguir estas clase de enseñanzas. Soy un alma sin ética ni clase para comportarme con las demás almas. ¡Pido permiso para abandonar la sala!.

-Puedes marcharte-dijo la maestra con tristeza.

Un alma superior vino a por ella y se la llevó.

Tanto el maestro cómo la maestra estaban entristecidos por esas almas que sin piedad iban a nacer en el mundo terrenal para crear tragedias y mucho dolor por la tierra que pisaran.

-Éste suceso ocurrido se da con frecuencia-dijo la maestra- ¡Que estas almas no sean un espejo para miraros todas las demás!. Ellas no han aceptado ninguna clase de disciplina, el comportamiento por dónde vayan será erróneo y, deciden que sea de esa manera.

Otra alma quería hacer una pregunta. El maestro le dio paso para que empezara.

-Mis padres que fueron en el mundo terrenal, me están pidiendo que los ayude.

-¡Desconecta!-dijo el maestro-¿No sabes que estás en

una sala de aprendizaje?. Desde aquí no puedes ayudar, porque eres tú quien necesitas ayuda.

-¡Es que necesito ayudarlos!.La que fue mi madre en el mundo terrenal, está llorando y llamándome a gritos.

-Vuelvo a decirte que no puedes ayudarlos en esto que te están pidiendo. Volverías a lo que fue el pasado. ¿Quieres retroceder y quedarte atrás?.

Ésta alma lloraba en silencio recordando a los que fueron sus padres. Había dejado el mundo terrenal a la edad de veinte años, a causa de una larga enfermedad.

El maestro y la maestra la observaban con tristeza el daño que ella misma se estaba haciendo. Él se dirigió a esta alma y le preguntó.

-¿Quieres abandonar la sala?. ¡Eres libre de hacerlo!.

Ésta alma decidió irse para quedarse cerca de quien fueron sus padres y llorar junto a ellos.

Las demás almas quedaron tristes por esta, no podría nacer en la misma familia si lo hubiera pedido.

Otra alma quería hacer una pregunta. La maestra le dio paso.

-Pido permiso para abandonar la sala. El que fue mi

Padre en el mundo terrenal, está siendo intervenido en un quirófano. Necesito estar al lado de mi familia.

-¿Crees que va a desencarnar en esta operación?.

-Estoy viendo su espíritu saliendo de su cuerpo.

-Te va a llevar tiempo hasta encontrar el camino de ida-
dijo la maestra-Cuando hayas llegado al mundo terrenal,
abran trascurrido años. ¿Qué vas hacer entonces?.

-Ahora no lo sé, pero quiero abandonar la sala.

-Eres libre de hacerlo-dijo la maestra.

Cada vez iban quedando menos almas, para el maestro y la maestra no era ninguna sorpresa. Se compadecían de todas las que iban abandonado la escuela de enseñanza.

Clarisa estaba asombrada de ver tantas almas que pensaban, que aprender ética no costaba esfuerzo y, tampoco querían aprender, estaban a gusto de cómo eran. Ella sin embargo lo encontraba útil y necesario para llevar una vida ordenada y ser respetada en el mundo terrenal.

Pasado un tiempo, el examen de ética llegó. Sólo había quedado la mitad de la sala de almas, la otra mitad decidieron irse sin aprender nada. Clarisa dio positivo en el examen. Sé preparó bien para iniciar el camino al

gran templo sagrado. Dejó con nostalgia la escuela de enseñanza y, por supuesto al maestro, a la maestra que con tanta paciencia y amor les habían enseñado, también se despidió de las demás almas.

Había algo importante que Clarisa aprendió, era el recuerdo hacía su hija, ya no era tanta la constancia que tenía de estar cerca de ella. Su ser había recobrado la tranquilidad, sé sentía de otra manera.

Había dejado al maestro y, a la maestra porque así se lo pidieron cómo a las demás almas que se querían reencarnar, el nombre de su familia y el lugar donde residían. Todos estos datos quedaron escritos en la pantalla de enseñanzas. La pusieron al corriente de los años que iba a vivir en el mundo terrenal, quitando veintisiete que fueron los que vivió en la anterior vida al morir ahogada en el Mont Sant Michel. Ahora viviría sesenta años y, volvería a desencarnar y, empezar todo otra vez de nuevo. Es igual que el destino que llevan las estrellas en el cielo, su ciclo es dar la vuelta, siempre igual, ellas también mueren y vuelven a nacer en el mismo lugar o en otro que han elegido.¡ Lo mismo en el cielo como en la tierra!.

Clarisa había aprendido en todos esos años en la sala de enseñanzas, cómo amar y perdonar.

CAPITULO -26 –

Clarisa andaba lentamente por el bosque, iba pensando en el gran templo sagrado, el maestro ni la maestra la pusieron al corriente dónde podía dirigirse para encontrarlo. El maestro le dijo en una ocasión, que era ella quien lo tenía que buscar, nadie le podía dar ninguna pesquisa. Iba desolada mirando a todos lados. Un acantilado había frente a ella, sin muchas ganas se fue acercando y, cuando estaba en el borde, miró hacia abajo, con sorpresa vio que había un río con abundante agua clara y limpia. Por un borde iban muchos caballos blancos siguiendo la corriente del agua. Eran aproximadamente veinte caballos que iban a galope, se dirigían a algún lugar. Clarisa no lo pensó y voló al vacío. Ella había aprendido en la sala de enseñanzas, a tener respeto por todo. Se llenó de alegría al ver una bandada de mariposas grandes y de muchos colores que la seguían. Volaban en la misma dirección de los caballos. Ella estaba segura que el gran templo sagrado estaba allí, sólo tenía qué seguir a los caballos y, a las mariposas para encontrarlo. El rumor del agua del río se mezclaba con el galopar de los caballos blancos y esbeltos. Según iba bajando, el río se hacía más estrecho. Al fondo un gran palacio se alzaba, de color rosa malva y blanco. Las cinco torres de la entrada, eran

Doradas y brillaban como el sol. Cada torre daba a una entrada a palacio, estaban abiertas. Por la puerta de la derecha entraron la manada de caballos, por la puerta de la izquierda las mariposas, Clarisa se quedó en medio de las otras puertas restantes sin saber qué hacer. Sentía mucho miedo, todo su ser temblaba por no saber lo que se iba a encontrar. De las cinco puertas salía mucha luz, tanto que la encandilaba, tenía que ser valiente, había estado más de veinte años buscando el gran templo sagrado, ahora lo tenía delante de ella, majestuoso, como si de un cuento mágico saliera. Un coro de voces extraordinarias masculinas y femeninas, salían del interior, parecían ángeles cantando. No podía quedarse delante de la puerta toda la eternidad, tenía que ser rápida y decisiva. Ella intuía que el coro de ángeles la estaban invitando a que entrara. Muy lentamente iba entrando envuelta en esa luz dorada, la dejaba sin poder ver nada, ella seguía despacio pero segura. Advirtió que iba ayudada por una fuerza invisible que la introducía hacía dentro, su deseo por llegar era grande, y, por descubrir qué iba a encontrar. Llegó al final de la gran galería de luz, ahí habían unas escaleras muy altas de mármol color rosa, estaba obligada a subirlas para descubrir lo que había arriba. Seguía oyéndose el coro de ángeles cantar cada vez más cerca. Empezó a subir las

Escaleras, cada vez temblaba más, cada escalón aumentaba su emoción y sensación de no ir sola. Se paraba y miraba por su alrededor poder ver a alguien a su lado pero no era así, quien fuera, era invisible para ella, siguió subiendo escaleras, parecía que no se acabaran nunca o que estuvieran cerca del cielo. Había llegado al umbral de una doble puerta dorada, estaba abierta. La elección la tenía echada, tenía que entrar. Los pasos que dio la llevaron a un gran salón inmensamente grande, de mármol blanco brillante. Cuatro gruesas columnas a la derecha y otras cuatro a la izquierda lo sostenía, en cada extremo había un jarrón de bronce y dentro flores exóticas de diferentes especies y de distintos colores. El aroma que había era a incienso que perfumaba todo aquél lugar mágico. El coro de ángeles se oía por encima del templo. Sacerdotes y sacerdotisas vestidos todos de túnicas blancas y turbantes color escarlata cubrían la cabeza.

Clarisa miraba emocionada la consagración que hacían al universo. Sacerdotes y sacerdotisas también cantaban el mismo cántico que se oía de ángeles, era un conjunto de voces venidas del cielo, repetían en el canto la frase.

-¡Victoria!-¡Victoria!-¡Victoria!. Las demás frases, Clarisa no las entendía, estaban cantadas en el lenguaje

Universal. Uno de los sacerdotes rompió la fila, se acercó a Clarisa un instante para que ella repitiera la frase tres veces-¡Victoria!. Ella lo hizo al tiempo que sonreía y se sentía feliz. Los sacerdotes y sacerdotisas siguieron con su cántico y con su rito de elevación hacía lo supremo. Clarisa no sabía que al cantar la frase, victoria, su alma volvía al mundo terrenal para encarnarse cómo ella había decidido en el vientre de su hija Marta.

Una sacerdotisa se acercó a ella, la miró sonriente y le dijo con voz dulce.

-Ya estás preparada para regresar. ¡Que tu viaje sea feliz y tu estancia en el mundo terrenal también!.

Clarisa se despidió saludando, inclinando la cabeza y las manos juntas a la altura de la frente, de esa manera retrocedió hasta salir del templo de cánticos. Ya fuera del gran templo sagrado, se quedó en el río meditando en su trayectoria hacía su familia dónde iba a nacer. La última vez que vio a su hija era el día que contrajo matrimonio, si los cálculos no le fallaban, hacía veinticinco años. Era feliz por su regreso, estaba segura que su hija debía ser madre. Los maestros de la escuela de enseñanzas, le dijeron que viviría en el mundo terrenal, sesenta años, lo olvidaría y, también su paso por el más allá, todo quedaría borrado.

CAPITULO -27 -

Clarisa tenía que pasar la última prueba, era volver a ver a la señora de la gran roca, era ella quien tenía que darle paso al mundo terrenal. Se puso en marcha, estaba segura que pronto encontraría el lugar, ahora ya no podía perderse, sabía el camino. Volaba con la velocidad del aire atravesando el bosque durante la noche para llegar con los claros del día. Su alma no había tenido descanso desde que desencarnó, todo había sido un ir y venir con alegrías y también con penas que fueron muchas.

Estaba delante de la puerta de la gran roca. Se paró para relajarse del viaje tan rápido que había hecho. Respiró profundamente antes de llamar. No hizo falta, la puerta se abrió, delante estaba la señora elegantemente vestida con ropas diferentes de la primera vez que Clarisa la vio. Ella sonrió con alegría, se notaba que era enormemente feliz de hacer ese trabajo tan hermoso y de tanta bondad hacía las almas que habían decidido reencarnarse.

Clarisa mostró que estaba contenta de volver a verla. Todo lo último que le había sucedido era bueno, sentía mucho amor por el mundo del más allá, se hubiese quedado allí si no fuera por la decisión tomada de volver a encontrarse con su hija, después de haber conocido

ese mundo y encontrarse con almas tan bellas y hermosas como, Damián, Teresa, Bernadett y Juana. No podía olvidarse tampoco de Serafín, lo había llevado con ella un tiempo hasta que decidió quedarse con Damián. Los recuerdos que tenía del más allá eran muchos y la mayoría buenos, tanto era que ya no pensaba intensamente en su hija como lo hacía antes, que se había vuelto en una obsesión haciéndole mucho daño. Ahora se iba a reencarnar porque así lo había decidido desde siempre, todo el trayecto lo tenía ya hecho.

La señora inclinó la cabeza en señal de saludo, y dijo.

-¡Hija te recibo con alegría.

Clarisa se fijó en ella, estaba igual de joven y atractiva, por ella no pasaban los años y quizá los siglos. El perfume que llevaba tranquilizaba por la suavidad que transmitía.

Esta vez la señora condujo a Clarisa a un gran salón alfombrado de terciopelo color verde. Le hizo una señal para que se sentara en asientos empotrados del mismo tisú y color. Tímidamente Clarisa se sentó sin dejar de mirar a la señora, quería hacerlo todo sin equivocarse y de la mejor manera. La señora se quedó frente a ella sentada en un sillón que parecía un trono para reinas. Iban a pacta

él nacimiento de Clarisa en el mundo terrenal. A la derecha de la gran sala y en la pared, había una gran pantalla en blanco. La señora tenía todos los datos de la familia y el nombre, también el lugar dónde se iba a reencarnar. Ella señaló la pantalla para que Clarisa pusiera atención a lo que le iba a mostrar. En la pantalla salió escrito el nombre de una ciudad.

Lugar de nacimiento-Paris.

Nombre de la familia-Berger.

Nombre de la madre- Marta.

Nombre del padre-Marc.

Nombre del nacido-Clarisa.

Fecha de nacimiento-7-5-2001.

Clarisa miraba con atención todos los datos de la pantalla. Se llamaría de la misma manera, su hija le pondría el nombre de su madre en memoria de ella.

-¿Estás de a cuerdo?-preguntó la señora.

-¡Totalmente!-respondió Clarisa.

-¿Estás preparada para volver al mundo terrenal?.

-¡Lo estoy!-dijo con alegría por volver a su familia.

La señora fijó su mirada en la de Clarisa y de nuevo le preguntó.

-¿Quieres volver al mundo terrenal?.

-Sí-respondió llena de satisfacción.

-Prepárate para hacer un viaje largo.

-¿Puedo antes decir algo?-preguntó Clarisa.

-Por supuesto que sí.

-Quiero agradecer al más allá todo lo que me ha enseñado, y, a todos los maestros y superiores que me han ayudado, por supuesto a usted también, tan amables todos y correctos.

La señora asintió en agradecimiento con una sonrisa.

-Es nuestra labor-dijo ella.

Clarisa sabía que en unos instantes saldría de la gran roca y viajaría.

-¡Me despido de ti y te deseo mucha felicidad!-dijo la señora.

En esos instantes, Clarisa fue desapareciendo en el asiento, hasta que se transformó en un puntito de luz. Ella no sentía miedo alguno, había llegado hasta ahí por su propio deseo y, se había cumplido.

CAPITULO -28 –

El matrimonio Berger compuesto por Marc, Marta y su hijo Antoine de doce años, formaban una familia feliz. Vivían de un pequeño supermercado que les daban para vivir bien. Marc pasaba la mayor parte del día en el establecimiento, más tres obreros que se ocupaban del local. Marta iba a ratos cuando encontraba un poco de tiempo, últimamente sus visitas al establecimiento eran pocas, por la razón de estar embarazada de dos meses. Tenía mareos y vómitos, el embarazo no lo llevaba bien a la edad de treintaisiete años. No había sido buscado, vino por accidente. Los dolores de vientre eran continuos, tenía que estar mucho tiempo guardando cama por orden del médico. Antes que el ginecólogo le dijera el sexo del bebé, ella sabía que sería una niña. Los síntomas del embarazo eran distintos a los que tuvo con su hijo Antoine. Había decidido con su marido ponerle de nombre a la niña, Clarisa como su madre.

Mario al enterarse que Marta estaba embarazada se alegró mucho, iba a ser abuelo por cuarta vez.

Marc era una delicia de marido y de padre. Por la noche era él quien se encargaba de hacer la cena, Marta no podía estar mucho tiempo de pie, si lo hacía, los dolores de vientre con un poco de pérdida aparecían, tenía miedo

de perder al bebé, ahora que estaba segura de que era niña.

Mario y su mujer Naige, se presentaron una noche en casa de su hija Marta, por la hora que era se quedaron a cenar. Mario tenía sesenta años, el pelo blanco lo hacía atractivo, y su conversación también, siempre tenía una historia graciosa para contar. Miraba a Marta la cara de cansancio que tenía desde que se había quedado embarazada. Terminó de contar su chiste y dirigiéndose a ella le preguntó.

-¿Qué te ha dicho el médico de todos los trastornos que tienes?.

-Dice que dentro de todo es normal y, que la niña nacerá bien.

-¿Sabéis ya el nombre que le vais a poner?.

-Clarisa cómo mi madre.

Mario se quedó parado, no esperaba que Marta pusiera ese nombre a su hija, y, algo descontento le dijo.

-¡No creo que debe llamarse así!.

-Hay muchos más nombres bonitos-dijo Naige su esposa.

-Se llamará Clarisa-dijo Marc- Lo tenemos hablado Marta

y, yo. A ella le gusta y a mí, también.

Mario se limpió la boca con la servilleta, y, luego dijo.

-La madre de Marta que en paz descansa, murió ahogada, es difícil para mí tener que llamarla como su abuela, me va a costar mucho trabajo. ¿No podéis ponerle otro nombre?.

Marta comía lentamente como si no pudiera tragar.

-¡Está decidido que se llame Clarisa!-dijo Marc.

Naige miró a Mario para que dijera algo. En ese instante recordó el sufrimiento que él y Marta siendo niña pasaron con la muerte de su madre, tanto él, como ella tuvieron que tratarse por un sicólogo y un siquiatra por el trauma tan tremendo que los padecían, a Marta siempre le quedó secuelas, no podía borrar las imágenes de su mente. Era a menudo que decía, ver y oír a su madre llamándola y, llorando. Para Mario iba a ser difícil llamar a su nieta por el nombre de Clarisa.

-Marta cariño, hay muchos nombres para elegir- dijo Mario-Ahora podemos buscar uno que sea bonito para la niña, ¿Qué te parece María?, se aproxima mucho al tuyo.

Marta rompió a llorar, dejó el tenedor dentro del plato y se levanto de la mesa, fue a su dormitorio. Mario miró

A los presentes y dijo sorprendido.

-¡No he dicho nada grave para que se ponga a llorar!.

-El embarazo la ha puesto muy sensible-dijo Marc-Está decidido que la niña se llame Clarisa.

A los diez minutos, Marta volvió a la mesa, se sentó y bebió agua de su copa. Mario estaba frente a ella, le cogió la mano y se la acarició, le dijo.

-¡Perdóname hija!. Es el recuerdo tan amargo que pasamos cuando tu madre nos dejó de la manera que ocurrió todo y tan rápido.

-¡Papá, yo tenía cinco años, ahora a penas la recuerdo!. Las fotos de mi madre las quitaste todas de mi vista, no puedo saber qué físico tenía.

-Las quité porque eso fue lo que me dijo el sicólogo y el siquiatra, tú estabas peor que yo, llorando siempre y llamándola para que viniera. ¿Lo recuerdas?.

-Es normal que lo hiciera, una niña con cinco años que le quitan en un instante a su madre, la llama para que venga.

Mario no respondió y siguió comiendo. Naige y Marc se miraron, los dos menearon la cabeza algo contrariados por lo ocurrido.

-¡A mí me gusta el nombre que tengo!-dijo Naige para romper el hielo-Cuando Mario y yo nos casamos, Marta tenía siete años, prácticamente la crié yo, y la quiero cómo a mis hijos.

-Aunque me hayas criado, no eres mi madre. Yo la necesitaba a mi lado, y, hoy en día la sigo necesitando-dijo Marta mirándola de frente.

Naige no dijo nada y siguió comiendo. Mario la miró y dijo.

-Es cierto que no pudo reemplazar a su madre, pero le dio mucho cariño, el mismo que a nuestros otros hijos.

Por las mejillas de Marta caían dos lagrimas, tenía pesar por lo que había dicho. Lo dijo porque eso era lo que siempre había pensado. Naige hizo de madre y era cierto que la quería como a una hija pero, no había podido reemplazar en su corazón a su madre. Cuando era niña la soñaba muy a menudo, al principio se despertaba llorando y llamándola. Unas veces iba su padre al sucederle éste sueño, otras iba Naige, la consolaba cogiéndola entre sus brazos y besándola para tranquilizarla, se quedaba con ella hasta que se volvía a dormir, era cierto que hizo de madre pero el recuerdo hacía ella, seguía hasta que se hizo mayor.

CAPITULO -29 –

Había pasado una semana de ésta desaprobación de Marta con su padre y con Naige.

Ella no le comentó a Marc lo mal que se encontraba por dentro después de lo que le dijo a Naige en la mesa, no se lo merecía. A ese dolor le estaba dando vida en su mente. Cada día iba aumentando el pensamiento, si a ella le hubiese sucedido lo mismo, casarse con alguien que ya tenía un hijo y quererlo como a los suyos propios, y, que pasado un tiempo le dijera que no había reemplazado a su madre. Sentía hacía Naige lastima y compasión por todo lo que tuvo que soportar.

Una noche de madrugada, un intenso dolor en el vientre despertó a Marta, tan fuerte era que cogió a Marc por el brazo para que se despertara.

-¿Qué ocurre?-preguntó él.

-¡Tienes que llevarme a urgencias!.

Marc de un salto salió de la cama. Estaba asustado de ver a Marta retorciéndose de dolor sujetándose el vientre.

-¿Estás perdiendo sangre?-preguntó Marc mientras se ponía los pantalones.

-Creo que no, pero si éste dolor persiste es posible.

Rápidamente Marta se vistió y se preparó para salir lo más pronto posible, con el estrepito, Antoine se despertó y salió al salón.

-¿A dónde vais de esa manera?-preguntó frotándose los ojos aún dormido.

-Al hospital, vuelve a la cama-contestó Marta.

-¡Mamá, no voy a poder, quiero ir con vosotros!.

-Cariño, no puede ser, estaré más tranquila sabiendo que te queda en casa, pronto volvemos.

-¿Va a nacer mi hermana?-preguntó con inocencia.

-Todavía no-dijo Marta-Vuelve a la cama, papá está en la puerta esperando en el coche.

Antoine se abrazó a la cintura de su madre llorando y dijo.

-¡Mamá, no quiero que te pase nada!.

Marta le dio un beso en la frente y le dijo.

-No eres un niño pequeño para que pienses esas cosas. No tardaremos en volver.

Antoine se quedó llorando sentado en un sillón.

Al ser de madrugada no había circulación. Marc pudo

darle marcha al coche. Marta llevaba un miedo espantoso y un dolor tremendo en el vientre. En ese momento no quiso decirle nada a Marc para no preocuparlo, que iba perdiendo un poco de sangre, él, tenía mucha ilusión de que naciera su hija y la estaba esperando con mucha alegría.

Habían llegado al hospital. Marc bajó rápidamente del coche, pasó por delante y fue para ayudar a Marta bajar.

-¡Cariño, pronto estarás bien!-le dijo.

Marta no respondió, intentaba que él, no supiera que estaba perdiendo sangre. Sería un golpe fuerte, algo que no se esperaba ni querría que por nada del mundo sucediera.

Pronto vino un enfermero y se hizo cargo de marta, la entró en una silla de ruedas, a su lado iba Marc nervioso por lo que pudiera suceder.

Marta quedó ingresada, tenían que cortarle la pérdida de sangre que llevaba. Marc volvió a su casa triste. Lo necesitaba su hijo Antoine que se había quedado llorando. Lo encontró estirado en el sofá dormido y con la televisión encendida, se acercó y vio como dormía. Marc le acarició la cabeza y, al contacto de su mano, el niño despertó y, preguntó al ver a su padre solo.

-¿Dónde está mamá?.

-Se ha quedado ingresada, es posible que mañana ya esté en casa.

Antoine aunque era un niño bastante vulnerable y callado, no se le escapaba nada. Estaba seguro que a su madre le estaba pasando algo que no le querían decir.

-¿Qué le ocurre a mamá?. ¿Porqué no me lo quieres decir?-preguntó Antoine triste y lloroso.

-Hijo, mamá está bien, son cosas que les ocurren a algunas mujeres cuando están embarazadas. Son las cinco de la mañana, todavía tenemos unas horas para dormir.

Antoine se levantó del sofá y se fue para su dormitorio, Marc hizo lo mismo. No podía dormir, era imposible sin tener a Marta a su lado y aún menos estando en el hospital. Pensaba no decirle nada a Mario hasta ver qué pasaba. No quería alarmarlo y tampoco a Naige, quería a Marta como a una hija. Estaba seguro que todo iba a quedar en un susto y nada más.

A los ocho de la mañana Marc se levantó, preparó el desayuno. Antoine tenía que irse al colegio, le puso un plato de cereales con leche y un zumo de naranja. Lo iba comiendo sin gana. Marc se sentó frente a él,

para hacerle compañía con un vaso de naranjada que iba bebiendo a pequeños sorbos.

-¿Has podido dormir aunque sea un poco?.

-No mucho-respondió Antoine-Pienso en mamá, quiero verla para estar más tranquilo de que está bien.

-Esta tarde cuando vuelvas del colegio vamos al hospital, ahora tengo que irme al supermercado, hay cosas que me esperan e instrucciones que dar a los obreros.

Antoine ese día apenas pudo estudiar en el colegio, estaba esperando a que llegara la hora para marcharse a su casa. Sentía un gran deseo en ver a su madre. Marc lo estaba esperando para irse.

En el pasillo de la planta dónde Marta había quedado ingresada, se cruzaron con el Doctor que la noche anterior la había reconocido y la dejó ingresada.

-¡Buenas tardes Doctor!. Soy el marido de la señora Berger que ésta madrugada a quedado ingresada.

-Buenas tardes señor Berger. Vengo de visitar a su esposa, mañana podrá dejar el hospital pero, tendrá que guardar cama los seis meses que le quedan de gestación.

Es un embarazo que tiene un poco de dificultad, pero si hace reposo, todo irá bien.

-Doctor. ¿Sabe porqué ha tenido esa pérdida de sangre?.

El Doctor meneó la cabeza, seguidamente preguntó.

-¿Su esposa ha hecho algún esfuerzo o está muy cansada?.

-Que yo sepa no, pero últimamente se quedaba mucho en la cama, decía que le dolía el vientre.

-Bueno, eso es normal en los tres primeros meses, la maternidad sigue siendo un misterio que los médicos todavía no entendemos y, no sé si algún día llegaremos a entenderlo.

-Muchas gracias Doctor. ¿mañana puedo llevarme a mi esposa a casa?-dijo Marc contento.

-¡Exacto!. Que tengan un buen día.

Antoine saltó de alegría, se la manifestó a su padre diciendo.

-¡Mañana viene mamá a casa!.

-Sí, hijo, se va a poner contenta cuando lo sepa.

Se pararon en la habitación 232. La puerta estaba abierta, de entrar y salir las visitas para la enferma que ocupaba la otra cama.

En un instante Antoine llegó a la cama de su madre.

Rápidamente le dio la noticia de que al día siguiente se iría, Marta lo besó. Marc le dio un beso en la frente y le preguntó.

-¿Estás mejor?. ¡Ya sabes, mañana a casa!.

-Sí mi amor. Aunque no haga mucho, hago falta.

CAPITULO -30 –

El mes de las flores había llegado. Marta salía de cuentas el día nueve de Mayo, para ella en cualquier día daría a luz. La canastilla la tenía preparada para cuando se pusiera de parto.

Marta con éste embarazo se había puesto guapa, su semblante todavía lozano resplandecía por el deseo de ver a su hija nacer y de tenerla entre sus brazos. Marc estaba preparado para cuando llegara el momento. Él era el que más ganas tenía por conocer a su hija, iba contando los días que faltaban, a Marta nunca le dijo nada para no contrariarla pero, no le gustaba la idea que su hija se llamara Clarisa igual que su abuela, sobre todo por las circunstancias en las que murió. Sabía que Marta lo iba a tomar muy mal, por el deseo que ella tenía que se llamara como su madre. De todas maneras era su hija y la quería

antes de nacer. Lo que le sucedía a Marc es que era supersticioso, tenía miedo que a su hija le sucediera algo malo. Durante los meses de embarazo, estuvo quitándose esa idea de la cabeza, lo hacía en silencio para que Marta no se diera cuenta de nada y que más tarde no le hiciera algún reproche.

A las diez de la noche del día seis de Mayo, Marta empezó con las contracciones. Rápidamente Marc la llevó a maternidad. Estuvieron toda la noche en la sala de parto. A las ocho de la mañana del día siete, nacía Clarisa. Había vuelto al mundo terrenal. No recordaría nada de lo vivido en el mundo de los desencarnados, y, tampoco que fue ella quien decidió nacer en la misma familia que había tenido antes, ni que su madre había sido su hija y, que su abuelo Mario había sido su esposo. Una cosa era muy importante que ella tampoco recordaría, que había conocido en el Mont Sant Michel a Damián, Teresa, Juana y Bernadett, cada uno le habían dejado sus conocimientos espirituales y sus enseñanzas del universo. Toda esta sabiduría la llevaba dentro de ella y, más tarde cuando fuera mayor la daría a conocer a las demás personas. Sería su alma la que hablaría de todos estos conocimientos.

CAPITULO -31 –

Clarisa había cumplido tres años. Era una niña deliciosamente bonita, cariñosa y muy dispuesta en todo lo que hacía. Marta se la comía a besos, para Marc era su trocito de cielo. Antoine se pasaba mucho tiempo jugando con ella, parecía que él, tuviera la edad de su hermana. Mario y Naige le hacían muchos regalos, los padres de Marc y sus hermanas también. Era una niña que había llegado con un pan bajo el brazo.

Marta trató durante años olvidar el percance que tuvo su madre en el Mont Sant Michel, aunque la seguía recordando con mucho cariño no dejó desde que se casó con Marc, ir de vacaciones a ese lugar tan misterioso.

Era el mes de Julio, en Paris hacía mucha calor. Desde hacía meses habían reservado dos habitaciones en un hotel de categoría en el centro del pueblo.

La playa estaba llena de turistas que se bañaban y se divertían con sus juegos. Tanto Marta como Marc hacían todo lo posible para que ellos y sus hijo lo pasaran lo mejor posible. Marta llevaba de la mano a Clarisa dentro del agua, la estaba enseñando a nadar, las dos se zambullían con juegos y risas. Marc y Antoine se bañaban por otro lado y luego se iban a la arena para hablar cosas

de hombres puesto que Antoine ya tenía diecisiete años. Salía con una muchacha pero nada serio, le preguntaba a su padre que lo pusiera al corriente de cómo conquistar a una chica que le gustara. Marc era un padre moderno y quería lo mejor para sus hijos.

Marta y Clarisa seguían dentro del agua. En un instante la niña señaló con el dedito a lo lejos del mar y, dijo.

-¡Mamá, aquel hombre de la barca me está saludando!.

Marta miró, no vio a nadie donde su hija le señalaba.

-Cariño, en el mar no hay ninguna barca. Será el reflejo del sol que da en el agua-dijo Marta.

-Sí, mamá, en medio del mar hay un hombre y un niño en una barca, me están saludando.

Marta no le dio importancia y pensó que era cosa de niños. Aunque no dejaba de observarla, era raro que mirara con tanta intensidad donde le había señalado. No se quedó tranquila y volvió a preguntarle.

-¡Cariño!. ¿Dónde dices que está el hombre y el niño en la barca?.

-En medio del mar-contestó muy segura.

-¡No hay ninguna barca, está todo limpio!-dijo Marta.

De pronto, Clarisa levantó su mano y la agitó en señal de saludo, al tiempo que gritaba diciendo.

-¡Hola!.

-¡Cariño, no hagas eso, no hay nadie en medio del mar en una barca!. ¿Estás jugando a un nuevo juego?.

-No mamá, estoy saludando al hombre de la barca.

-¿Cómo es ese hombre?-preguntó Marta inquieta.

-Es guapo y viste de blanco. El niño me está sonriendo.

-Cariño, haz una señal a ese hombre para que venga aquí.

-Mamá, me ha hecho una señal con la mano diciéndome, que vendrá más tarde.

Marta se asustó, sabía que eso no se lo estaba inventando su hija, era muy pequeña para decir algo tan exacto, pero aún así le preguntó.

-¿Conoces a ese hombre?.

-No, mamá.

-¡Vámonos de aquí!. ¡ Papá nos estará buscando!.

Marta salió del agua con la mano cogida de su hija. Clarisa se iba girando y saludando con la mano y, dijo en

Voz alta al hombre de la barca.

-¡Más tarde volveremos!.

Marta iba blanca cómo el papel. Al llegar a la arena, Marc notó que le ocurría algo, y le preguntó.

-¿Cariño, qué pasa?.

-¡Tenemos que hablar!-dijo Marta.

-¿Sobre qué?-respondió Marc extrañado.

-¡Nos volvemos hoy mismo a Paris!.

-¿Qué estás diciendo?. ¡Sólo hace tres días que hemos llegado aquí!.

-¡Se trata de Clarisa!. Está saludando a un hombre que dice estar en una barca en medio del mar.

Marc respiró y sonrió al tiempo que decía.

-¿Estás asustada por eso?. ¿No sabes cómo son los niños que se inventan historias?.

-¡Esto no se trata de eso!. ¡La niña ha saludado un hombre de verdad, y, si te fijas, en el mar no hay ninguna barca!. ¡Echa un vistazo y mira!.

Marc siguió el consejo, era cierto, el mar estaba limpio de pasajeros que fueran en barca. Y dijo.

-No tienes que darle importancia a lo que Clarisa ha dicho. ¿Has olvidado que sólo tiene tres años?.

-¡No quiero seguir aquí ni un día más, ahora nos volvemos a Paris!.¡Recoge las toallas, vamos al hotel para hacer las maletas!.

-¡Qué mosca te ha picado de pronto!-dijo Marc enfadado!.¡Piensa un poco!. ¡Tenemos quince días pagados!.

-¡Me da igual!-contestó Marta también enfadada-¡ Mi madre murió aquí en circunstancias raras!.

-¡Murió ahogada para salvarte a ti!. ¿No fue eso lo que me dijiste?.

-¡Sí, y no quiero que la historia se repita!.

-¿Qué tontería estás diciendo?. ¡Estamos las veinticuatro horas al lado de nuestros hijos-dijo Marc.

-¡Sí no quieres venirme tú, te quedas con Antoine, yo me voy con la niña a Paris!.

Marc meneó la cabeza por el incidente que estaba ocurriendo. Se puso en cuclillas, cogió las manecitas de su hija y le preguntó.

-¿Sigue el hombre de la barca en el mar?.

-Sí, papá- dijo Clarisa señalando con el dedito.

-Cariño, ¿qué está haciendo?-seguía Marc preguntando.

-Está remando, y me sonrío.

-¿Te das cuenta ahora?-dijo Marta-¿A caso sabe la niña lo es remar?.

-¡Lo habrá visto en la televisión en lo dibujos animados!.

Marc siguió preguntando a su hija.

-¿Conoces al hombre de la barca?.

-No sé quién es. Es la primera vez que lo veo.

-¿Sabes por qué te está saludando?.

-No papá.

-¿Por qué lo saludas tú?.

Clarisa se echó a reír como haciéndole gracia algo y dijo.

-Porque él, me saluda y se ríe.

-¡Sigues todavía sin creerla!-dijo Marta.

-No sé qué pensar, creo que está jugando con nosotros.

Marta cogió a Clarisa de la mano y dijo.

-¡Nosotras volvemos a Paris.

-¡Es una tontería lo que quieres hacer!-dijo Marc-Estabas

contenta volver de vacaciones al Mont Sant Michel, y, ahora quieres irte a los tres días de llegar.

-¡Tengo miedo por la niña!-dijo Marta casi llorando.

-¡Venga, no se hable más y vámonos!-dijo Marc enfadado- ¡Ya se han ido las vacaciones al garete!.

Antoine permanecía callado sentado en la arena, no podía esperar más y dijo.

-Vosotros marchaos, yo me quedo aquí.

-¡De eso nada!-dijo Marc-¡Nos vamos todos!.

Antoine estaba muy enfadado, pegó una patada a la arena levantándola. Los bañistas lo miraron molestos. Marc pidió disculpas.

De regreso al hotel, ninguno hablaba mientras hacían las maletas, todo eran malas caras.

CAPITULO -32 –

De regreso a Paris, Antoine iba sentado al lado de su hermana en el asiento de atrás del coche con el ceño fruncido, mal humorado y con la cabeza baja. Cuando se enfadaba no hablaba a nadie. Clarisa lo buscaba para hablar con él, cómo siempre hacía en casa o cuando

viajaban. Le daba con su manecita para que le prestara atención. Antoine seguía en sus trece, era por culpa de ella que se habían quedado todos sin vacaciones. Marc conducía prestando atención mostrando también su enfado. Marta estaba segura de haber hecho lo correcto. Prefería que estuvieran todos en París a que le hubiera ocurrido algo a su hija.

-¡Mamá!-llamó Clarisa a su madre.

-¿Qué quieres?-dijo Marta volviendo la cabeza.

-Me gustaría tener una perrita.

Marc respondió rápidamente diciendo.

-¡En casa no quiero animales, lo ensucian todo!.

-¡Es a mamá a quien se lo estoy diciendo!-dijo Clarisa.

-¡Da igual!-respondió Marc con seguridad.

Marta lo miró con reproche, no debía haber respondido de esa manera. Los niños o niñas la mayoría quieren tener un perrito.

-¡Mamá!, ¿me vas a comprar una perrita?-siguió insistiendo Clarisa.

-¿Para qué la quieres?-preguntó Marta.

-Para jugar con ella y que me haga compañía.

-¡No quiero repetirlo más, quítate la idea de la cabeza!-
dijo Marc-Eres pequeña para que te hagas cargo de un
animal.

-¡Cariño, ya está bien, deja que la niña diga lo que
quiera!-dijo Marta algo molesta-Yo también tenía ganas
de tener una perrita pero nunca te lo he dicho porque sé
que a ti no te gustan los animales.

Marc no dijo nada, seguía conduciendo con la mirada
puesta en la carretera.

-Cariño, creo que papá va aceptar que tengamos una
perrita. ¿Qué nombre le quieres poner?.

-¡Rita!-contestó Clarisa muy segura.

-¡Dios mío!-exclamó Marta.

-¿Qué ocurre?-pregunto Marc.

-¡Rita era el nombre de la parrita que teníamos!.

-¿Pasa algo por eso?-preguntó Marc sin entender nada.

-Cuando yo nací, Rita tenía seis meses, mi madre la
quería mucho, cuidaba de mí, siempre estaba conmigo
para lo bueno y para lo malo. Cuando Rita murió yo tenía
quince años, lo pasé muy mal, la estuve llorando mucho
tiempo. Ahora me apetece que tengamos otra.

-¡Hoy te has propuesto, dame el día! ¿sabes una cosa?
¡lo has conseguido!.

Marta y Clarisa reían. Antoine seguía haciendo morros no importándole nada de lo que estaban hablando.

Marc miró por el retrovisor a su hijo y le dijo.

-¡No sigas con esa cara, que no es el fin del mundo!.

Marta acercó su cara a la de Marc y le dio un beso en la mejilla, diciéndole.

-Cariño, sabía que lo ibas a entender.

-¡Qué remedio me queda, siempre eres tú quien sale ganando!.

Ese mes de Julio en Paris tuvo días calurosos y otros con lluvia, esa clase de verano es la que hay en esa región de Francia prácticamente todos los años. El sol brilla poco y el agua es abundante.

Las vacaciones para Marc y Marta habían terminado. Él volvió al trabajo del supermercado con las obligaciones de propietario en el puesto de observador. Marta con las tareas de la casa y obligaciones que los hijos dan. En el mes de Agosto, Antoine fue una semana de vacaciones con unos amigos a Inglaterra. Vino más tranquilo.

CAPITULO -33 –

Había llegado el mes de Septiembre. Todo el país de Francia ya se había puesto a trabajar, los comercios abiertos y esperando los propietarios que la caja de caudales subiera para recuperar los meses de ausencia de los obreros.

Una de las hermanas de Marc, hacía mucho bien a los animales. Vivía en una granja con su marido y sus cuatro hijos, dos varones y dos hembras, casaderos pero nunca se iban de la casa. Había gente que les llevaban perros abandonados, los habían cachorros y de más edad. Nicole la hermana de Marc los acogía a todos. Trataba buscarles una familia que los quisiera y los tratara bien. Un día le llevaron un cachorro Labrador color crema, era una perrita cariñosa y juguetona. Nicole sabía que Marta y Clarisa estaban buscando una perrita de estas características, cogió el teléfono y llamó a su cuñada.

-¡Hola! Marta, ya tengo la perrita que estabais esperando, es preciosa. Cuando podáis venís a por ella.

Marta dio un grito de alegría y rápido se lo comunicó a Clarisa que jugaba con su perrito de peluche.

-¡Ya tenemos perrita!.

-¡Mamá, se llama Rita!-dijo Clarisa recalcando.

Marc no recibió la noticia con tanta alegría pero tuvo que asumir la responsabilidad y fueron a buscar a Rita. Él puso reglas diciendo dónde y dónde no podía estar en lugares de la casa Rita. Durante el día Marc estaba en el supermercado. Clarisa llevaba a Rita con ella por toda la casa, incluso dormían la siesta juntas en la cama de la niña. Rita dormía por la noche en la galería dentro de su cama rellana de cojines. Una noche la perrita empezó a llorar y arañar la puerta de la galería. Marc se levantó de la cama y fue para ver qué sucedía, al abrir la puerta, la perrita se escapó y fue directamente a la cama de Clarisa, dio un salto y subió. Sé acostó junto a ella. Marc parecía que estaba viendo visiones, se enfadó, cogió a la perrita y la llevó a la galería, la dejó en su cama. Clarisa empezó a llorar pidiendo que Rita volviera con ella. Marta quiso intervenir para que a Rita no la separaran de la niña. Ella estaba de acuerdo que Rita y Clarisa estuvieran juntas, igual que ella estuvo cuando era niña. Marc no dijo nada a esto, sabía que su mujer siempre ganaba la partida.

Había noches que Clarisa se despertaba con pesadillas, cuando iba Marta para ver qué le pasaba, la encontraba abrazada a Rita. Por mucho que le preguntaba el por qué se había despertado llorando, no decía nada. La pena se

Iba abrazada a su madre y, a la perrita. Llevaba una temporada de esta manera. Marta la llevó al Pediatra. Él no le dio importancia diciendo que, a muchos niños y niñas les sucedía lo mismo y que se les iban al cumplir los siete años.

El tiempo había pasado, Clarisa se había convertido en una jovencita graciosa y guapa de quince años. En el instituto dónde estudiaba habían dos chicos que se discutían por ella, pero Clarisa no le prestaba atención, con el hombre que ella soñaba para que fuera su esposo y padre de sus hijos, tenía que ser de otra manera. Alto, guapo y que llevara barba y también una barca para dar paseos por el mar. Cuando decía esto a sus padres, Marc se reía y le decía a Marta en broma.

-La niña ha salido tan romántica cómo tú.

Una noche Clarisa se despertó muy agitada, tanto que llamó a su madre. Marta estaba acostumbrada a que estos percances le sucedieran a menudo.

-¿Qué te ocurre?-le preguntó.

-¡He soñado con una mujer muy desaliñada, me ha dicho que ella era mi madre y me quería llevar!.

-Cariño, se trata de un sueño, no tienes que darle importancia. Rita está contigo, no va a permitir que nada de esto te ocurra. Los sueños son imágenes que se forman en la mente pero nada es real.

Marta volvió a la cama, Marc la esperaba despierto.

-¿Qué le ocurre ahora a la niña?-preguntó él.

-Las dichosas pesadillas que no se les van-dijo Marta preocupada.

CAPITULO -34 –

Antoine iba a contraer matrimonio con una joven que hacía tres años se conocían. Tanto él, cómo su futura esposa eran abogados, los dos trabajaban juntos pero en diferentes despachos. La vida les sonreía haciéndolos felices.

El día de la boda había llegado. Marta estaba nerviosa por miedo a que algo no saliera bien, referente al restaurante y a los invitados que eran muchos. Por parte de ellos eran cincuenta entre familiares y amigos. Por el de la novia sesenta. Se casaban por lo civil, lo celebraban en un restaurante de categoría.

Marc vestía de chaqué negro, camisa blanca y pajarita

negra. Marta vestido largo verde trigo, sombrero color caña y zapatos de mismo color. Clarisa iba más informal con vestido color rosa pálido hasta las rodillas, los cabellos recogidos por una diadema de florecitas, zapato medio tacón.

Los invitados no cabían todos en la sala de casamiento, habían muchos que tuvieron que quedarse fuera. En la primera fila estaban sentados Marc, Marta y Clarisa, en la fila de la derecha, los padres de la novia, sus hermanos y hermanas. Clarisa miró en la tercera fila de los familiares de la novia, quedó sorprendida al ver a un joven de aproximadamente treinta años, era alto, guapo y con barba, vestía con un traje color caña. No podía separar su mirada de la de él, le sonreía de una manera distinguida. Era la clase de hombre que a ella le gustaba. Marta se dio cuenta y preguntó.

-¿A quién estás mirando?.

Clarisa no oía a su madre, su mirada la tenía puesta en ese joven que había despertado la pasión en ella. En ese instante le vinieron muchas imágenes a su mente, rostros y formas que no comprendía pero, eso no tenía importancia, lo real era que él, estaba allí.

Acabada la ceremonia, todos salieron al jardín para

felicitar a los recién casados. Clarisa entre tantos invitados buscaba el rostro del joven, también él hacía lo mismo. Ya cerca uno del otro, se miraron con una sonrisa. Marta había sospechado algo y fue al encuentro de su hija, se quedó a su lado derecha cómo una vela, sonreía a los dos.

-¿Os conocéis ya?-dijo Marta sabiendo que no era así.

-No mamá, acabamos de conocernos ahora-dijo Clarisa con la inocencia de una joven de dieciocho años recién cumplidos.

El joven no había dicho nada, fue Marta quien le preguntó.

-¿Eres amigo de la novia?.

-Del hermano de ella, hemos estudiado juntos la carrera de Doctorado. ¡Perdone que no me haya presentado!. Mi nombre es Damián.

-¡Yo me llamo Clarisa!-dijo muy contenta y con la sonrisa en la boca.

-Me doy cuenta que tú y mi hija vais a ser buenos amigos.

-Yo así lo creo-dijo él, mirando a Clarisa.

-¿Vienes sólo?-preguntó Marta.

-¡Por raro que le parezca sí!

Marta empezó a hacerle un análisis de preguntas.

-De Paris no eres ¿verdad?.

-Soy nacido y criado en Bélgica, mi familia vive allí. Yo vine a Paris para hacer mis estudios y me quedé aquí.

Marc se incorporo en la presentación y preguntó.

-¿Me estoy perdiendo algo?.

-Es mi marido, se llama Marc-dijo Marta.

-¡Eso lo podía haber dicho yo!-dijo Marc bromeando.

El joven extendió su mano a Marc y dijo.

-Me llamo Damián.

Clarisa sólo tenía ojos para el guapo Damián. En su mente tenía un pensamiento- ¡Él será mi esposo!.

CLARA EISMAN PATÓN.